



# Inmersión

J. M. Ledgard

DESTINO

# Índice

[Portada](#)

[Sinopsis](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[Inmersión](#)

[Agradecimientos](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



## Sinopsis

James More es un ingeniero hidráulico que ha sido tomado como rehén en Somalia por los terroristas yihadistas, que sospechan que es un espía británico. Danielle Danny Flinders es una biomatemática que trabaja en un proyecto de inmersión en las aguas más profundas de los océanos para demostrar su teoría sobre el origen de la vida en el planeta. Ambos se conocen en un aislado hotel de la costa atlántica francesa, donde preparan sus peligrosas misiones, y encuentran, el uno en el otro, al amor de sus vidas. Ahora, separados, Danny inicia su peligrosa inmersión al fondo del océano sin saber si James sigue vivo.

*Para Hamish Tadeáš*

*Descendit ad inferna*: dicho de otro modo,  
descendió a los lugares más bajos, para los que  
la lengua inglesa todavía no había empleado  
la palabra *infierno*.

TOMÁS MORO

Era el cuarto de baño de una casa inacabada, en Somalia. El año, 2012. En la pared había un agujero por donde se suponía que debía entrar la cañería, y el suelo se inclinaba hacia un sumidero adonde debía fluir el agua enjabonada de la ducha para verterse a la tierra del exterior a través de una zanja. En algún momento del futuro, tal vez instalasen la ducha. En algún momento del futuro, aquél quizá se convirtiese en un lugar trivial. Pero para él no lo era. Para él era un rincón muy oscuro y específico.

No se movía de los rincones adonde no solían llegar los olores nocivos ni las criaturas. El suelo estaba hecho de cemento arenoso; cuando lo rascaba, se desmenuzaba. Había un agujero tapado con un pedazo de cartón donde orinaba y cagaba líquido. Él intentaba hacerlo con cuidado, pero el cartón había acabado manchado y salpicado, cubierto de moscas y escarabajos.

La zanja dominaba la habitación. Intentaba no fijarse en ella, pero acababa controlándolo. Una pendiente baja, casi imperceptible que, aun así, escapaba hacia la luz...

Se imaginó con un disparo en la cabeza. Se veía caer; se veía dándole una patada al cartón, destapando el agujero sin querer; las piernas le colgaban sobre la inmundicia; el torso y la cabeza en la zanja; la sangre corría por ella y se coagulaba en toda su extensión.

Era el río Estigia, y el mundo exterior, fuego. Pensó que Kismayo se había acercado demasiado al sol. En su mente, el agujero de la cañería ardía. Metió un brazo por el desagüe, resistió hasta que le quemaba la piel y entonces hizo lo mismo con el otro. Todas las mañanas, sus secuestradores le llevaban comida a la habitación. A veces los alimentos tocaban las manchas del cartón. Abrió una pieza de fruta con el pulgar y en el centro había una pulpa gris de huevos. La llevó hasta el agujero del desagüe y vio que un gusano se abría paso y se le subía al dedo. Era blanco, con la boca negra. Le recordó a los pañuelos de cuadros blancos y negros de los soldados. Se lo metió en la boca y se lo comió.

Por las mañanas, la sensación de encarcelamiento era violenta. Oía la proximidad del océano Índico y su sonido le recordaba a las vacaciones y a los viajes de trabajo que había hecho por la costa keniana. Despertar en un hotel anticuado, de esos de lavamanos desportillados y aparatos de aire acondicionado con goteras. Hacer largos estilo mariposa en piscinas grandes de agua caliente, hasta que ya no era capaz de pasar los brazos por encima de los hombros; correr por la playa del hotel y cruzarse con jóvenes haciendo ejercicio, llegar hasta las rocas, flotar un rato en la zona más somera y después pasear sin prisa de regreso al hotel, deleitándose en el aire quedo de los trópicos al amanecer, cuando no hay ni un soplo de brisa que agite las hojas de palma y los charranes planean sin moverse. En el baño inacabado, se sentó en un rincón y rememoró la ducha helada de después, sacar la camisa de lino planchada del armario, pagarle al capitán de botones los ejemplares del *Daily Nation* y el *Standard* con chelines, y sentarse en la galería a tomar un desayuno de papaya y huevos revueltos, tostadas y té keniano.

Había empapado de sudor la camiseta que le habían dado. La publicidad decía: «Biggie Burgers», y se le había estirado de tanta humedad, grasa y suciedad. Él rascaba el suelo, dibujaba formas, narrativas, y después se hacía marcas en la piel.

Una noche, una rata subió corriendo desde el desagüe por la zanja. Lo oyó respirar en un rincón y se detuvo sobre el cartón. Reflejaba la luz. Tomó bocanadas de aire, más pequeñas que las de él, y se apresuró a salir al mundo exterior.

Otra noche, la luna entró por el agujero de la cañería —un rayo plateado—, y él recordó con claridad tumbarse a dormir en un bosque invernal, limpio, cristalino e inacabable. Estaba de maniobras en Finnmark con el ejército británico y, mirando entre las ramas de un abeto, había visto la luna. La nieve crujía debajo de su cuerpo. Se convenció de que de nuevo podía afilarse como los abetos hasta desaparecer y pensó que, si dentro de aquel baño soplase el viento, uno de los árboles se doblaría y dejaría caer algo de nieve.

Cuando no había luna, se hundía en la negrura que Danny veía al explorar la profundidad abisal. Esas noches se alzaba contra la oscuridad con una mano apoyada en la pared y se masturbaba. Durante esos minutos no pensaba en ella. Trataba de hacerlo de forma mecánica, concentrándose sólo en el tacto, sin rostro ni cuerpo, en silencio, sin olores. Quería contaminar el cuarto.



El quid de la cuestión es que hay otro mundo dentro del nuestro, pero debemos vivir en éste hasta que las llamas del juicio final enciendan las profundidades.



De todas las estancias sin iluminar, la Kaaba de La Meca es la que te hace pensar con más detenimiento en el aire de su interior. La estructura mide trece metros de alto, y los lados, once y trece respectivamente. *Kaaba*, *caaba*, que significa «cubo». Es anterior al islam y, según la tradición, la construyó Abraham guiándose por los puntos cardinales de la brújula. Incrustada en una de las esquinas está la piedra negra al-Hayar-ul-Aswad, que todos los peregrinos anhelan besar en su circunvalación levógira del lugar sagrado. Las paredes del interior tienen versos coránicos grabados y se lavan con perfume. Durante cientos —tal vez miles— de años, en la estancia descansaron ídolos paganos, uno por cada día de los doce meses; algunos con rostros gentiles y otros no, pero todos fueron destruidos en tiempos del profeta Mahoma.

El verdadero valor del oro es la densidad con la que ocupa el espacio. Es lo opuesto del vacío del interior de la Kaaba, hacia el que todos los musulmanes dirigen sus oraciones y que, casi con total seguridad, resuena más que cualquier otro punto del planeta.

La Piedra Negra no puede someterse a ese análisis. Hace mucho tiempo que está en pedazos, pulida por los besos y, ahora, engastada en un marco de plata que la mantiene unida con un alambre del mismo metal. Es por aclamación el objeto más valioso del mundo, pero no pesa nada. Las pruebas demuestran que se trata de arena del desierto que se derritió en la antigüedad por la acción de un meteorito que cayó en Rub al-Jali. Tiene incrustaciones de hierro y níquel y de materia estelar, y en su interior hay huecos de color amarillento y blanquecino que le impiden hundirse. Los musulmanes creen que, cuando Alá se la entregó a Adán y Eva, era blanca; que desde entonces la ha mancillado el pecado. También que se perdió durante el diluvio universal y que la encontraron flotando en las aguas.

El subsuelo de la Gran Mezquita de La Meca, donde descansa la Kaaba, es un panal de cuevas de lava. Fue a esas cuevas adonde se retiraron los radicales

religiosos que se hicieron con la mezquita en 1979. Esos hombres estaban convencidos de que el Mahdi había acudido a gobernar durante los últimos días del mundo. Y luchaban por él.

En algunos lugares, las cuevas son profundas, y en sus paredes hay una película formada por la vida microbiana de la que más tarde hablaremos. Los mahdi lucharon con determinación y no los derrotaron hasta que el gobierno saudí convirtió a los comandos franceses al islam. Estos hombres supervisaron la inyección de gases tóxicos y el lanzamiento de granadas, disparos y bengalas en el interior de las cuevas. Las mujeres mahdi, que se escondían justo debajo del suelo de la Kaaba, les cortaron la cara a sus hombres para dificultar la identificación. Muchos de ellos lucharon hasta la muerte. Aquellos que se rindieron fueron juzgados en secreto y decapitados en público en cuatro ciudades saudíes distintas.



Estar a oscuras con ese calor, vomitando tan a menudo y a merced de las picaduras de los mosquitos y de los mordiscos de los roedores, recibiendo apariciones de luz, le desestabilizaba la mente. Lo carcomía una incertidumbre según la cual las ejecuciones con hacha en la Inglaterra Tudor y las ejecuciones con espadas curvas en Arabia Saudí o con una daga en la cara en Somalia se asemejaban, y la sangre que cada una de ellas derramaba se unía.

Estaba en régimen de aislamiento. Hablaba árabe, pero no tenía intérprete de somalí. No le habían permitido hacer una llamada. No hablaban de pedir un rescate. Sus secuestradores no se parecían en nada a las bandas de piratas de Haradheere y de Hobyó, ni a las facciones talibanes con y contra las que había trabajado en Afganistán, que vendían a cualquier cautivo a cambio de dinero.

Corría sin moverse del sitio. Hacía el pino. Elaboró una lista de los libros que pensaba cargar en el lector electrónico cuando lo liberasen. Se llamaba James More y era descendiente de Tomás Moro, por eso supuso que releería *Utopía*. Recopiló todos los datos que había averiguado y todas sus conjeturas sobre el grupo que lo tenía retenido, con el fin de entregarlos en persona cuando lo llamasen a dar parte en el edificio del servicio secreto de inteligencia en Londres. Legoland. Mientras hacía ese trabajo, su mente no tenía ningún problema. Memorizó los rostros de los soldados que no eran somalíes, sus destrezas y lo que se decían en árabe al hablar entre ellos.

Algunos rehenes pierden los recuerdos de su vida anterior, o bien tienen una

sensación de suspensión, como la que aparece durante una hospitalización por enfermedad grave. En su caso, era como si algunas caras fuesen más seguras que otras, y algunos recuerdos, más importantes. Había muchos detalles íntimos en los que no era capaz de entretenerse y, sin embargo, otros eran más insistentes. Su subconsciente trataba de encontrarle sentido a un todo que giraba, ardía con luz tenue y mudaba la piel como un planeta infante. A veces pensaba sobre cosas a las que jamás había prestado atención, como empresas cuyos anuncios antes estaban por todas partes, pero ya habían desaparecido. ¿Qué había sido de Agfa, por ejemplo?

Se preguntaba por qué motivo los quioscos de África no habían creado su propia línea de productos. ¿Por qué no se le podía comprar un halago a un vendedor de los suburbios, igual que comprabas un chicle o un cigarrillo? Con la moneda de menor valor se podría conseguir un pedazo de papel doblado con una nota escrita a mano: «Eres amable», «Eres preciosa», o «Los logros que conseguirás en el futuro harán sombra a los del pasado».

En otros momentos, se aplicaba a la tarea de reproducir los sonidos e imágenes que había almacenado en la mente. Eso lo ayudaba a ser paciente. Se ubicó de nuevo en el bosque invernal, soltó aire y alzó la vista. Los copos de nieve caían con pausa. Al cabo de un rato empezó a oír música. Pop, punk, fragmentos de sinfonías y de sesiones de jazz. Al final, películas y programas de televisión, acontecimientos deportivos; un *match point*, un ensayo de rugby. Se había convertido en su propio reproductor multimedia, a pesar de que no tenía nada de automático. Era biológico, movimientos en la arcilla roja con estrofas de menos; las imágenes cinematográficas eran frágiles; parpadeaban y desaparecían.

Durante el día, el rayo de luz del agujero de la cañería se desplazaba por toda la pared. Él lo seguía, y sólo lo veía tocar el tabique si se volvía hacia él. Pero así no lo veía entrar. Eso lo inquietaba. Todos los seres humanos miran al frente. Caminan hacia delante. Corren hacia delante. Miran con ojos hundidos en las cuencas. El tiempo corre hacia delante. Un día se suma al anterior. Suma y resta. Danny decía que la resta era la parte menos importante de las matemáticas, porque significa quitar lo que existe. Él se golpeó la parte trasera de la cabeza contra la pared. Pelo, nada más. Piel sobre hueso. Apartó la vista de los mosquitos que danzaban en el rayo de luz. Colocó bien el cartón. La caridad y el amor existían, se dijo, y por eso uno no debería permitir que la muerte dominase sus pensamientos.

Se agachó en un rincón y se reconcilió con el volumen del cuarto. Antes identificaba cada estancia con los muebles y la decoración que contenía, y con la luz que entraba por las ventanas o que emitían las bombillas eléctricas. Pero, allí, el vacío se abría a su alrededor. El aire era nauseabundo, aceitoso, perlado; se había hundido hasta el fondo, hasta un suelo cubierto de excrementos, y el techo era la parte inferior de la superficie de un mar extraño.



*La caída de los ángeles rebeldes*, del pintor Pieter Brueghel el Viejo, nos muestra que la resta tiene fuerza propia: coges un ángel y le vas sustrayendo cosas hasta que acaba siendo un demonio. Si descargas una imagen del cuadro o, mejor aún, si lo ves en el Museo Real de Bellas Artes de Amberes, te percatarás de que los ángeles rebeldes caen desde el cielo, en la parte superior del lienzo, hacia el infierno, en la inferior. Lo primero que les restan son las alas, que les cambian por otras de menor valía, de dragones y murciélagos. Los que ya se acercan a la tierra se ven reducidos a polillas, ranas y otros seres blandos. Los ángeles dorados del cielo los arlean, armados con discos refulgentes, lanzas y espadas; su tarea es sanear nuestro mundo. Verás que los ángeles rebeldes siguen cambiando de forma mientras los conducen a un mar cuya abertura es un desagüe oscuro. Pierden las piernas, las alas, toda esperanza de salir a la superficie, y se convierten en peces, calamares, huevas y semillas de árboles que jamás serán plantados. Bajo el agua, siguen siendo sustraídos de sus antiguos seres, hasta que, al final, acaban siendo incorpóreos y transparentes, y descansan en el fondo.

Sería interesante compartir una lámina de esta pintura con un soldado yihadista —que tal vez nunca haya visto algo tan plástico e imaginativo— para ver si se horroriza o aplaude a los ángeles que arponean y pinchan a las criaturas hinchadas.



Danny tomó un tren de alta velocidad desde París y, en una pequeña ciudad del campo, cambió a otro de un único vagón que fue traqueteando por vías que parecían estrecharse, pero eso no le resultó del todo desagradable. Sin embargo, el traqueteo le impedía continuar trabajando con el ordenador portátil, así que lo cerró y dio las vacaciones por comenzadas. Echó un vistazo a sus compañeros de viaje, las típicas esposas de pescador e hijos de granjero de tez rubicunda, y

contempló el paisaje. Esa parte de Francia estaba paralizándose. Era la semana antes de Navidad, tiempo de fuertes heladas godas y de las primeras nieves que cuajaban. El viento había arrancado todas las hojas de los árboles, los riachuelos y los arroyos tenían una capa fina de hielo, y el agua de las roderas se había congelado con gruesas bolsas de aire, como batida por las zarpas y los mitones de animales despavoridos. Ella reconocía la belleza austera de todo aquello, pero también las matemáticas que encerraba. De pronto, el mar apareció entre dos colinas uniformes con forma de pechos. Sonrió: siempre estaba de regreso al mar.

Más que una estación, la suya era un apeadero. Ayudó a una jubilada a bajar y regresó a por su bolsa. El andén era de esos que tienen una pendiente a ambos extremos. En el centro había una marquesina de plástico, como de autobuses. Se refugió del viento en su interior. Había un horario pegado en la pared; también un cartel de la parroquia, otro del club de ciclismo, y un anuncio escrito a mano de hígado de oca. Alguien había pintado un *graffiti* en uno de los lados: cuatro firmas hechas con *spray* de un solo color. Todo era simple, pero se alegraba de estar en mitad de aquella calma y no sumida en el ruido de Londres.

Muchos de sus conocidos no tenían claro a qué país pertenecía la catedrática Danielle Flinders, ni si era la clase de mujer que en algún momento de su vida encontraría suficiente espacio para una relación a largo plazo. Danny tenía algo oscuro, decían, cierta dureza, cierta estriación. Esa opinión no faltaba a la verdad, sobre todo porque, siendo tan deslumbrante, disfrutaba del sexo a su manera y tendía a considerar a sus parejas sexuales como algo reemplazable, como las parejas de squash. No obstante, pensando en el asunto de la pertenencia desde un punto de vista más amplio, es justo decir que, como la titular más joven de una cátedra del Imperial College de Londres y como profesora visitante en la Escuela Politécnica Federal de Zúrich, Danny representaba a esos prodigios modernos que han vivido en tantos lugares que no pueden llamar *hogar* a ninguno de ellos. Puede decirse, además, que cualquier amigo a quien ella le resultase inconstante no era amigo en absoluto, pues una de las características que inspiraba era lealtad. Su movilidad no era en ningún caso cuestión de huir del pasado ni de abandonar una infancia inadecuada, no era cuestión de falta de estabilidad emocional ni nada por el estilo. Todo lo contrario. Fueron sus padres quienes la pusieron en movimiento. Su padre era australiano; su madre, martiniquesa. Tenía hermanos. Eran una familia feliz y bien avenida. Ella había crecido en Londres, en la Costa Azul de Francia y en Sídney, y todos esos lugares la habían moldeado. Su tez, su vestimenta, sus hábitos y sus modales

tenían algo de los orígenes criollos de su madre. El idioma era importante para ella. Escoger el inglés antes que el francés por cuestiones de conveniencia le habría parecido una traición. A grandes rasgos, su pensamiento era de carácter científico, en el mismo sentido en que la Ilustración requería un toque de las humanidades. Sus detractores no debían de haberla visto trabajar, pues su vocación compensaba con creces el arraigo del que carecía. Muchos individuos tienen problemas para saber cómo aplicar sus mentes a la existencia, pero Danny se dedicaba a una rama de las matemáticas llamada *biomatemáticas*. Que sirva a modo de resumen decir que intentaba comprender la ingente cantidad de vida que poblaba las partes oscuras del planeta en un momento en el que, en la superficie, la humanidad se volvía numerosa y empezaba a describir círculos de factura cada vez más ingeniosa, pero a la vez más pequeños y de manera más mecánica. Es posible que Danny admitiese que el panorama que pretendía revelar era demasiado complicado y amenazador para interesar a un público amplio, pero no allí, en un andén de trenes el primer día de sus vacaciones de Navidad.

Un carro tirado por un caballo entró en el aparcamiento que había detrás del andén. Un joven bajó del vehículo y la saludó. Ella se acercó. Él le cogió el equipaje, la ayudó a subir y le colocó una manta sobre el regazo. Tenía el aliento lechoso, las mejillas marcadas por la viruela. Danny no recordaba haberlo visto el año anterior.

—Viajaremos despacio —le dijo el muchacho—. Venga, vamos.

Ella tomó una bocanada de aire. Era más suave, más terroso.

—Me alegro de estar aquí de nuevo.

—Si hubiese sido cualquier otro, el director habría enviado un taxi. Pero dijo que no, que «a madame Flinders le gustará ir en carro». Llevo la compra ahí atrás y todo.

Ella se volvió y echó un vistazo. Había faisanes, un jabalí, sacos de carbón y el correo. Salieron a la carretera principal. El joven sostenía las riendas sin tensarlas. Danny resolvió que sí lo conocía, sólo que no recordaba su nombre. Ella era huésped habitual del hotel Atlantic: llegaba después de la fiesta navideña del departamento y el día de Nochebuena regresaba a Londres en el Eurostar. Apenas había pasado la hora de comer, pero el cielo ya estaba oscuro. Empezó a caer aguanieve. Un Renault con faros amarillos se acercó a ellos y, al pasar de largo, dejó surcos en la nieve medio derretida. Pensó que los limpiaparabrisas iban a demasiada velocidad.

Giraron hacia una carretera de tierra y roderas congeladas que discurría

entre dos campos. Los surcos estaban llenos de nieve y, después de avanzar un buen rato en silencio, cruzaron una carretera de gravilla y dejaron atrás un cartel donde se leía el nombre del hotel. Entraron por un camino flanqueado por ovejas en grandes praderas valladas al estilo rural inglés, robles y un muro de piedra seca que penetraba el bosque como una daga. Se había asentado una niebla que ocultaba el mar. Danny soltó un «hurra» al llegar al establecimiento, bajó del carro y vaciló. La primera decisión de las vacaciones era importante. En Londres todo se pagaba con tiempo, además de con dinero; en Londres se conformaba con ducharse, pero allí, con las manos y la cara entumecidas a causa del frío, decidió dar un paseo hasta la playa. Ya se registraría a la vuelta, antes de subir a la habitación y darse un baño caliente. Nada de trabajo. «No», se dijo. Después de bañarse, vería una película y cenaría pronto en el comedor.

—¿Te importaría entrar mi equipaje, Phillipe? —le pidió al recordar su nombre—. Voy a caminar un rato.

—¿Encendemos la chimenea de su dormitorio?

—Sí, por favor. Y me gustaría tomar un té... —miró el reloj—, ¿dentro de una hora?

—Por supuesto, madame. Estaremos atentos a su regreso.



Se ató la bufanda, se subió la cremallera del abrigo impermeable hasta el cuello y bajó por la pradera hasta el pinar. Los pinos formaban una arboleda poco densa, más hermosa y vulnerable que el año anterior, por el cambio climático, las tormentas, la sal en la resina. Le gustaba la sensación de notar cómo cedía la nieve bajo sus botas al caminar entre las sombras. Al otro extremo había dunas altas de tonos amarillos. Trepó por una de ellas y vio la curva de la playa, que desaparecía hacia un lado. Un sable de color ocre. En el centro había una losa de roca oscura que Danny adoraba. Corrió cuesta abajo y la recorrió entera; para ella era un altar, o los labios de la playa. Se hizo un tajo en la goma de las botas de agua con el borde de la roca. «Lo había olvidado», se dijo. Recordaba los remolinos de alrededor, pero no lo afilada que estaba, la forma en que cortaba y definía. Dio medio paso hacia su infancia e intentó ver las pozas con ojos de niña. Vio estrellas de mar y cangrejos, y se negó a nombrarlos. Sus conocimientos de biología marina eran tan grandes que debía procurar no pensar en los detalles: la forma en que las sanguijuelas de mar articulaban la cabeza sobre la cola, o los colores que indicaban la innumerable vida microbiana que albergaba cada pliegue de las rocas.

La arena que la rodeaba era azúcar sin refinar, y las huellas que dejó en la

orilla, azúcar moreno. El agua estaba turbia, con remolinos de gravilla, conchas y algas. Supuso que había habido tormenta. Sintió la necesidad de tocar el Atlántico una vez más. Se quitó los guantes, se agachó y metió las manos dentro hasta que perdió la sensibilidad. Cuando trabajaba, la profundidad de los océanos ocupaba su mente; en cambio, en ese instante estaba decidida a fijarse tan sólo en el juego del viento en la superficie y en el vuelo de las gaviotas. Había ido a ver el mar, no el océano.

En la chimenea de la recepción ardía un fuego vivo. Detrás del mostrador había un ordenador muy antiguo con el logo de un albaricque; estaba sin usar, expuesto como un tesoro, un recordatorio de la época en que las computadoras eran de constitución robusta y mente torpe, y nadie las subestimaba. También era una declaración: el establecimiento se había mantenido en pie a lo largo de las revoluciones tecnológicas. Más allá de la recepción, un árbol de Navidad decorado al estilo local con flores secas, ornamentos relucientes y velas doradas llenaba el vestíbulo. Mientras se ocupaban de las formalidades, ella bebía té caliente y claro. Firmó el libro de entradas con una pluma y le entregaron una llave de latón. Un mozo la guio por el pasillo y a través del salón de fumadores hasta un viejo ascensor con la palabra inglesa «UP» iluminada sobre la puerta del camarín. Prefirió subir por la escalera. Su suite de la segunda planta daba a la parte trasera, tal como ella había solicitado, y tenía un dormitorio y un salón con una alfombra de seda de Turkmenistán. Estaba en la parte del hotel que databa de los días en que era una casa solariega, el ala cuyas vigas habían remojado en leche durante todo un año para endurecerlas. Tenía vistas a la pradera, los pinos y la playa. Por la noche se veía el faro. En la cama había una nota escrita a mano que decía que era el tercer domingo de Adviento y, siguiendo la tradición del hotel, los huéspedes estaban invitados a servirse todo el *bisque* de bogavante y la comida que les apeteciese directamente de la cocina, sin cargo adicional. La sopa se ofrecía en una sopera de porcelana de Meissen de color azul y blanco, y la cubertería del comedor era de oro. Danny dejó la nota en la mesilla de noche y se desvistió.

La bañera era antigua y muy profunda. Los aceites de cortesía, caros y aromáticos. Medio sumergida en agua calentísima, se adormeció varias veces. Tenía pensado llamar a su madre, pero de pronto le sobrevino un leve mareo. Se quedó dormida sobre la cama con el albornoz puesto y despertó en la oscuridad, iluminada sólo por el fuego vivo de la chimenea. Encendió la luz, se arregló el

pelo y se puso un vestido. Antes de subirse la cremallera, cambió de opinión; se lo quitó y se enfundó el pantalón del pijama, una camiseta y un jersey de cachemira. Llamó al servicio de habitaciones y pidió la sopa de bogavante, ensalada de patata y una botella de vino blanco. Su amigo y ayudante de investigación Tom Maxwell, o *Thumbs*, le había grabado varias películas. Metió el cedé en el reproductor y se puso a ver *Cazafantasmas*. Thumbs le había dicho que le gustaría por la conexión sumeria. Cuando llegó la cena, se sirvió una copa de vino, apagó la película y salió a fumar un cigarrillo al balcón. Había empezado a nevar.



A lo largo de su vida de viajero se habían sucedido muchos lugares de espera. Pero su niñez había sido distinta. Asentada. Había crecido en el norte de Inglaterra, junto a la desembocadura de un río en el mar del Norte. Cuando la marea estaba en su punto más bajo, se podía vadear el río. Competían. Hacía falta aplomo: unos cuantos pasos y estabas del todo sumergido en el agua.

Su familia vivía en una casa de estilo Regencia en un extremo del parque. Desde su habitación, divisaba un molino negro cuyas aspas giraban tan sólo en los días de más viento. Lo llamaban *el molino satánico*. Los cementerios que rodeaban las iglesias del pueblo estaban llenos de gaviotas, y cuando soplaba el viento de Dinamarca, el ambiente era salino. Si te encaramabas a la torre de la iglesia en invierno, alcanzabas a ver el hielo de las marismas y, más allá, la furia del mar del Norte.

Para él, los caballos eran auténticos. Salir a cabalgar significaba no sentir ningún tipo de confinamiento, salvo en la necesidad de mirar al frente. Durante las vacaciones escolares, atravesaba el parque del pueblo a lomos de un caballo, llegaba hasta el mar y recorría la costa. Se había alistado en el ejército por ellos, aunque había acabado en el regimiento de paracaidistas, en lugar de en el de los húsares. Y ahora, por mucho que se esforzase, el recuerdo del tacto y del olor de los caballos se le escapaba. La posibilidad de subirse a uno en la apestosa oscuridad somalí y ocupar todo el cuarto se le antojaba más fabulosa que si uno de los ángeles dorados hubiera aparecido y le hubiese dejado tocar sus alas y su vestimenta.

No estaba hecho para lo doméstico, para la estrechez de un apartamento francés, un diván para aprovechar el sol de la tarde, ceniceros caros y mesas con pilas de revistas de papel satinado. Vivía en una buena casa del distrito de Muthaiga en

Nairobi, pero se sentía más a gusto en el jardín. Unos escalones conducían a la piscina y a una terraza con una mesa larga donde los suimangas se posaban antes de elevarse para alimentarse de las flores acampanadas que colgaban encima. El césped se inclinaba hacia un barranco donde había sembrado hierbas silvestres, así que por las noches el sonido de las cigarras era abrumador. En el fondo, las hierbas daban paso a euforbias, a grandes telas de araña y a tierra desnuda. Sombra. Apenas bajaba a esa parte. Había una valla electrificada que de vez en cuando soltaba alguna chispa; al otro lado, un riachuelo que los maleantes de Nairobi vadeaban de noche cargados con cizallas, barras de acero y pistolas. Durante el día, en el bosque del otro lado del arroyo se alzaban volutas de humo. Se oía el runrún del tráfico de la carretera de Thika. Por algún motivo, el humo de los innumerables minibuses que llevaban a los nairobiños a o desde el trabajo aclaraba las flores y les confería la fragancia de la vulnerabilidad: he aquí un jardín que podría destruirse en un día.

Durante la estación lluviosa, regresaba tarde a casa desde Upper Hill y en el coche se cruzaba con los últimos trabajadores que, de camino a sus hogares, atravesaban a pie los campos de basura que hay tras el distrito financiero central. En los controles policiales, rodeaba las cadenas de pinchos amarillos que colocaban en la carretera; los agentes llevaban linternas baratas y paraguas. La lluvia caía en cascada, los agentes le apuntaban a la cara con la luz, y se le hacía difícil concebir que fuesen a soltar el paraguas para levantar la ametralladora. Y la linterna ¿qué?

La lluvia era otra de las cortinas que separaba a los ricos de los pobres. Durante esas noches de frío y de lluvia tan intensos, en las barriadas de Nairobi no se movía ni un alma. El lodo y los residuos entraban por debajo de las puertas de estaño. El caudal de los arroyos aumentaba. Los maleantes estaban hundidos hasta el cuello. Al llegar a casa descubría que el ama de llaves se había quedado hasta tarde. Cenaba siempre solo; tomaba algo delante de la chimenea encendida y trabajaba con el portátil junto a la ventana, o se tumbaba en el sofá a escuchar música.

Después de las tormentas, por la mañana le gustaba salir a correr por las largas avenidas flanqueadas por jacarandas. Pasaba por delante de la sede chilena, de la de los Países Bajos, de la Liga Árabe, y continuaba hasta rodear el club de golf de Muthaiga. Los *green* estaban inundados; se le empapaban las zapatillas y se salpicaba las piernas. Una carrera de *cross*, campo a traviesa, liebres y sabuesos, sólo que sin perros. Fue casualidad que al regresar de una de esas carreras se diese cuenta de que durante la noche unos delincuentes habían

abierto un hueco entre los setos. En la valla electrificada había trapos donde habían sujetado el alambre con palos. Durante las noches siguientes cerró la puerta de la galería con llave. Los guardias cubrieron el agujero con ramas y lo enfocaron con las linternas. Daba la sensación de ser un portal.

Al salir otra mañana, encontró una hiena muerta en una zanja, junto a la verja de la entrada. No la había atropellado ningún coche. No tenía marcas. Sólo cuando estaba prisionero en Somalia comprendió que la máscara mortuoria de la bestia hablaba de límites y de encontrar la manera de salir o de entrar. Nairobi se le había echado encima a la hiena, como las paredes móviles de las novelas de aventuras seriadas que aplastaban al personaje secundario.



El Atlántico es el océano que el hombre más ha cruzado y sopesado. Cubre una quinta parte del planeta. La tierra con la que limita es más extensa que la que rodea el Pacífico. A pesar de que el Amazonas y el Congo y numerosos ríos de menor tamaño vierten en él su agua dulce, el Atlántico es más salado que los demás océanos. Su profundidad media es de tres mil novecientos veintiséis metros, y a pesar de que su llanura abisal es bastante uniforme, en ella hay grietas. La más profunda es la fosa de Puerto Rico, de ocho mil seiscientos cinco metros. El accidente más llamativo es la dorsal Mesoatlántica, que se extiende desde el mar de Groenlandia hasta el océano Antártico. El cable de telégrafos que la Atlantic Telegraph Company de Cyrus Field instaló en 1858 no redujo la cantidad de agua contenida en el Atlántico, pero sí redujo el tiempo y el espacio mediante pulsaciones de sonido y, más tarde, de luz. El Atlántico pasó de tener una inmensidad vikinga a ser un mar que los barcos de vapor tardaban días en cruzar de forma rutinaria; más adelante, los aviones tardarían sólo horas.

El hotel Atlantic, en cambio, es una finca antigua en la costa atlántica de Francia cuya mansión César Ritz, decimotercer hijo de un pastor suizo y hotelero de reyes, amplió y convirtió en un hotel. Tiene un hermano en los Alpes Marítimos, en las primeras montañas nevadas con que uno topa al conducir desde Niza, pero para Ritz el Atlantic era la joya de la corona. Que lo bautizaran en inglés, Atlantic en lugar de Atlantique, debía sugerir tanto pedigrí como modernidad. Se acercaba mucho a lo que Ritz consideraba el perfecto hotel rural, y contrastaba con el estilo *Belle époque* de sus hoteles de ciudad. Era todo un éxito: no hacía falta anunciarlo. Con sus tradiciones y su ubicación apartada, se recomienda reservar más de tres noches.

Hasta Nabokov predijo un futuro al estilo de «Los Supersónicos», con aviones silenciosos y elegantes aerociclos y un sistema universal de carreteras subterráneas acolchadas. No obstante, tratándose de Nabokov y siendo él lepidopterólogo, contaba con una perspectiva algo flotante. «En cuanto al pasado —escribió—, no me molestaría recobrar desde diversos rincones del tiempo-espacio algunas comodidades perdidas, como los pantalones holgados y las bañeras largas y hondas.»[\[1\]](#)



Estaba hasta arriba de su trabajo y de Nairobbery, como llamaban algunos a Nairobi por su alto índice de criminalidad. El trayecto matutino entre Muthaiga y Upper Hill lo agotaba, y se alegraba de estar lejos de todo eso. Había volado en clase *business* desde Nairobi a París con Kenya Airways y a la mañana siguiente había tomado el tren a La Roche-sur-Yon. Allí había perdido la conexión y por eso había esperado una hora. En el andén hacía un frío cortante, pero en la sala de espera se estaba bien. Había una estufa de leña. De las paredes colgaban las cabezas de varios ciervos pequeños, los bancos estaban barnizados. En un rincón había una cafetería de barra estrecha y curva en la que servían café, coñac, sopa recién hecha, estofado y flan. En esa época del año, predominaba la alegría. Hasta cierto punto, eso lo entristecía: la vida era mucho más serena que en África.

Cogió un tren regional. Su único faro iluminaba como el ojo de un cíclope. En su destino lo recibió un Mercedes con el cartel de taxi en el techo; era un coche nuevo con asientos de cuero negro que aún olía a recién comprado. Junto al cambio de marchas había un paquete de cigarrillos sin abrir, y del espejo colgaba un cedé de versos del Corán que daba vueltas. El taxista era argelino, así que James entabló conversación en árabe. El conductor se volvió en el asiento, se frotó la barba y lo miró: era como si el cliente hubiese aparecido de la nada en el asiento de atrás. Al salir de la estación pasaron por delante de una marquesina y enseguida entraron en carreteras secundarias bordeadas por hayas y después en una zona de arboledas y grandes praderas, troncos retorcidos, verjas metálicas, ovejas. Estaba despejado. Vio las dunas a lo lejos, el mar, barcos en el agua, la espuma de las olas. El paisaje tenía algo de Biarritz, algo de la isla de Mull, el cielo, el mar, y cuando entró en el hotel Atlantic, la calidad de los tapices, los uniformes y el cuidado y la minuciosidad de las flores y las demás decoraciones le recordaron al hotel Bernini de la piazza Barberini de Roma.

Fue directo a cenar. Estaban celebrando algo, y los huéspedes podían entrar en la cocina y servirse *bisque*. Allí fue. Las baldosas del suelo formaban rombos negros y blancos, y las ventanas altas estaban empañadas: se notaba que fuera caía una nevada fuerte, pero no la veía. Por encima de los fogones de gas colgaban numerosas ollas con el fondo de cobre. Un chef vestido de uniforme blanco cortaba y picaba sin prisa.

En el comedor había ocho huéspedes más. Percibió sus siluetas y sus conversaciones con la misma vaguedad que al cocinero. Tenía tendencia a bajar la guardia en cuanto pisaba un lugar seguro, a cerrarse a todo lo periférico, a recuperarse a sí mismo. Además de la sopa de bogavante, había faisán, oca, callos, lubina a la sal, verduras, púdines, tartas con *fondant*, fruta y quesos. Las mesas estaban vestidas con manteles blancos de lino, velas y cubertería de oro. De los paneles de madera de manzano colgaban fotografías de huéspedes famosos. Entre ellos se encontraban Mozaffareddín Shah Qayar, sah de Persia, lanzando monedas a los niños de la zona, y Henrik Ibsen comiéndose una oca el día de Navidad de 1899. Una década después, fotografiaron a Mark Twain en ese mismo comedor. Allí estaba también la mezzosoprano Giulietta Simionato con la boca abierta y el pecho hinchido, y una foto en color del presidente François Mitterrand en su suite, contemplando la noche y el mar que delimitaba Francia.

Estaba inquieto. Tenía un defecto que lo obligaba a catalogar en lugar de disfrutar. Levantó un tenedor. Mira lo que es de verdad. Está bañado en oro, sin más.

Su dormitorio estaba en la tercera planta y daba a una colina que conducía a los bosques y praderas. Al abrir la ventana, oyó el griterío de las gaviotas. Contempló la idea de pedir una habitación más grande, quizá por la mañana. En Europa siempre eran más pequeñas de lo que uno esperaba; al principio decepcionaban, pero pensabas «¿Qué más da? Así es la vida», y cuanto más tiempo pasabas en ella, más cómoda te resultaba. Lo que te disgustaba era lo que la distinguía. James tenía la impresión de que quizá fuese la tolerancia hacia lo distintivo lo que separaba Europa de América. En Estados Unidos se hablaba de individualidad, pero lo que ofrecían era uniforme y repetido. Según su experiencia, allí los hoteles estaban prefabricados y tenían hilo musical, pasillos mal ventilados, ventanas de cristales tintados que no se abrían, un circuito cerrado de aire que no se podía apagar, bañeras pequeñas de plástico, agua clorada —templada, nunca caliente—, vasos de plástico con envoltorio. ¿Quién

iba a beberse eso? En cambio, en África siempre había una botella de agua y un vaso en la mesilla de noche, y a menudo el pasillo se abría a un jardín. En los mejores hoteles tenían piscinas en las que podías bañarte a la luz de la luna y donde el único límite era la valla electrificada que rodeaba el complejo, así que flotabas en la parte más profunda, por encima de la profusión de luces de la ciudad africana que descansaba en el valle: racimos desordenados de belleza desacertada, como el escáner de un cerebro dañado.

Por otro lado, a la habitación que le habían asignado no le pasaba nada. Tenía dos escritorios, un balcón, una chimenea, una cama cara, una serie de grabados del regimiento de Aquitania dispuestos con muy buen gusto. El baño tenía ventanas, una bañera de hierro con pies de león y una ducha de cromo que ocultaba las tuberías de modo ingenioso.

Después de deshacer las maletas, bajó al bar y pidió un whisky doble. El camarero —Marcel, según averiguó— era primo del chef. Tenía el rostro joven y unas orejas de coliflor que delataban su afición al rugby. Irradiaba una profesionalidad que invitaba a sincerarse, cosa que a James lo ponía en guardia.

—Juegas al rugby, ¿verdad?

—Sí, antes jugaba.

—¿Por qué lo dejaste?

—Bueno, esas cosas, ya sabes... Me partí el cuello.

Charlaron durante un rato sobre el estado de Francia, distintos whiskys, el rugby keniano, y después James se disculpó y se sentó a una mesa vieja delante de una gran chimenea de ladrillo. Justo encima, había un televisor enorme de pantalla plana atornillado a la pared. Estaba apagado. Lo miró.

—Sólo para la fiesta nacional y para los deportes, amigo —dijo Marcel, que le traía otro whisky.

Leyó los periódicos en la tableta. Viajaba sin mucho equipaje, con precisión. Tenía un reloj IWC de correa metálica, una bolsa, nada de libros impresos, sino docenas en la tableta: era el año 2011 y las obras de las que no se separaba eran unas cuantas novelas, recopilaciones de poesía y publicaciones periódicas que le habían recomendado. Todo cabía en un dispositivo que pesaba menos que una revista. La rapidez con la que se había acostumbrado a la tinta electrónica lo sorprendía. Las palabras eran formas. Entrabas en ellas, ellas en ti. Era cierto que el dispositivo electrónico ponía fin a la relación entre el libro y el lector, pero eso no era nada en comparación con tener una biblioteca a tu disposición y con la capacidad de esconder códigos en su interior.

Cuando se acostó algo más tarde, la tableta era la única luz en una habitación a oscuras. Fuera caía una nevada intensa. En la oscuridad, sin que los huéspedes se dieran cuenta, la blancura conquistaba el edificio. Había espectros. Se oía el sonido tenue de las gaviotas a través de los pliegues de la cortina. Arrastrando el dedo por la pantalla, destacó unas líneas de *Pedro el labriego*, de William Langland, que tenían más de setecientos años de vida, y con otro movimiento las guardó en una carpeta del aparato:

Así pues, viajé a lo largo y ancho, y atravesé a pie y sin compañía una región salvaje sin arar ni cultivar, siguiendo el borde de un bosque. Me entretuve con el canto jubiloso de los pájaros y me tumbé debajo de un tilo a escuchar las alegres melodías de las aves. Los sonidos joviales que salían de sus gargantas hicieron efecto sobre mí, y me quedé dormido allí mismo.



Un sábado de julio en Londres. Todas las ventanas del apartamento abiertas de par en par. Danny se obligó a ver las noticias de las ocho. Incluso a esas horas de la tarde había gente tomando el sol en la plaza. Se dio una ducha fría y se sentó al escritorio con un café y un cigarrillo, junto a la ventana. Faltaba una semana para el viaje al mar de Groenlandia. Cogió la hoja de papel que Tomaszewski, un colega de la universidad polaco y desequilibrado, le había dejado en el casillero del despacho.

«Pensamiento del poeta nacional polaco Czesław Miłosz ante la caída del muro de Berlín», había garabateado Tomaszewski con boli azul.

A continuación, la cita en mayúsculas:

¿Qué ocurrirá ahora? [...] El fracaso de la visión de Marx ha generado la necesidad de una visión nueva, no la del rechazo de todas las demás. Lo que nos queda hoy en día es la idea de la responsabilidad (ahora que la noción decimonónica de progreso se ha extinguido), que lucha contra la soledad y la indiferencia del individuo que vive en el vientre de una ballena.

Tomaszewski había subrayado la palabra *ballena*.



Rememoró el paseo que Danny y él habían dado de la mano por la nieve. Después ella lo había mirado y le había explicado que en los océanos había gran cantidad de sálpidos y medusas cuya migración vertical equivalía, en escala, a que un ave echase a volar desde una duna y llegase al espacio.

—A escala planetaria, los pájaros sólo se arrastran —comentó.

«*Utrinque Paratus.*» Preparados para todo. Ése era el lema del regimiento de paracaidistas británico. ¿Qué orientación tenía él en el espacio? Como paracaidista, había saltado desde muchos aviones. Caía en picado. El aire estaba enrarecido. La tierra se acercaba aprisa. Jamás había encontrado el espacio interior en el que todas las formas se intensifican.



Ella era matemática y oceanógrafa. Se había educado en la escuela femenina Saint Paul's de Londres y en la Universidad de Saint Andrew's de Escocia. A continuación, había pasado un período en el CalTech de Pasadena, había ocupado un puesto de profesora universitaria durante el doctorado en la Escuela Politécnica Federal de Zúrich y la cátedra del Imperial College.

Su primer proyecto en el politécnico fue un seguimiento de los patrones de buceo del ballenato de Cuvier en el mar de Liguria. Le había resultado demasiado zoológico, demasiado macroscópico. Era el fondo del mar en sí mismo lo que la atraía. Al principio pensó en hacer un modelo de la circulación oceánica global, que mueve cantidades masivas de agua entre los océanos. Pero eso demostró ser demasiado mecánico. Se interesó por la biomatemática y se concentró en la estimación de la vida microbiana en la capa más profunda, la zona hadal.

Era londinense. En Londres podía vivir vidas distintas en un mismo día. Era la estrella del departamento de matemáticas, rica y sofisticada. La vida que llevaba con sus padres y hermanos era la de la *jet set*. Su apartamento estaba cerca de la universidad, en el mismo barrio de South Kensington. Llevaba un reloj de buceo de caballero; oro con la esfera negra. Le gustaba pensar que la conectaba con los primeros acuanautas de la marina francesa. El hecho de ser mujer no le había allanado el camino profesional; el glamur sí podría haberlo hecho. Cuando asistía a una fiesta, lo hacía con intención de que reparasen en ella. Por ejemplo, llevaba un vestido con la espalda abierta, pendientes de diamantes, un par de manoleínas italianas viejas y un bolso con motivos africanos.

Puede decirse que, durante un tiempo, el abismo la atormentó. El contraste entre lo que había en la superficie y lo que estaba abajo tal vez acrecentase su deseo innato por los reversos. Iba dando bandazos entre el trabajo y la autodestrucción. En un acontecimiento que tuvo lugar en la Royal Geographical Society vio a un hombre que le habían presentado en Zúrich. Se marcharon juntos. Se daban muchos encuentros de esa clase; iba sola a las discotecas. Si no estaba haciendo matemáticas, estaba tumbada. Pero cuando la hicieron

catedrática, se recluyó, o maduró. Dejó de tomar estimulantes. Construyó mamparos en su vida, dividió las amistades en amigos de trabajo y amigos amigos. Sus amantes ocupaban otro compartimento distinto. Los domingos en que visitaba a sus sobrinos y sobrinas en Holland Park, solía invitar a cualquier persona divertida, incluso al corredor de Bolsa con el que se acostaba, siempre y cuando él accediese a tomar té y pastas, y después a recorrer las salas de juegos. En cambio, si se trataba de una reunión de adultos, todo era hermético.

Thumbs era el único amigo del trabajo al que había abierto las puertas de su familia. Él les caía bien a sus hermanos, y no sólo porque fuese la excusa perfecta para jugar a los videojuegos. Se reía de un modo muy atrayente. Era torpe, incapaz de contener sus inseguridades. Su despacho estaba decorado con *pin-ups* de busto generoso posando de rodillas, mojadas, con el pelo azabache. Que ella supiese, nunca había tenido novia. Siempre que Danny se daba a decir obscenidades, él se sonrojaba y se ponía nervioso. Thumbs sacaba la hermana que ella llevaba dentro, más que los hombres de éxito que tenía por hermanos. Era depresivo, se lavaba poco; la clase de adulto que se pasaba el día toqueteando un dado de «Dragones y mazmorras» dentro del bolsillo. No toleraba el ejercicio más allá del trayecto en bicicleta al trabajo, con la melena pegada bajo el casco, y la travesía a pie de los veranos hasta la cabaña de montaña de Danny de Liguria, de donde regresaba más magro y menos pálido. Ella acudía a su casa con comida y vino. Él se encargaba de la cerveza, la marihuana y el chocolate. Ella atraía los fondos para las investigaciones, porque tenía ese saber hacer, pero los estudios que publicaban llevaban el nombre de ambos. La agilidad y la flexibilidad de sus respectivas mentes se complementaban; trabajaban juntos frente a la pizarra blanca, pasándose el rotulador. Su visión sobre la consiliencia del conocimiento era similar: decir que se sentían al borde de un descubrimiento que cambiaría para siempre la comprensión que tenemos de la dimensión de la vida en la Tierra no era ninguna exageración.

La rutina se había convertido en algo importante para ella. En la universidad jugaba en la liga de squash. Nadaba. Comía en la cantina. Muchos jueves iba al cine con sus compañeros, y antes cenaban en el mismo restaurante junto a la calle Old Brompton Road. Trataba de ver a sus amigas todas las semanas. Cocinaban juntas; hacían un club de lectura; iban a galerías de arte y al ballet. Ella respondía a sus preguntas sobre su trabajo, pero nunca embrollaba la respuesta con la teoría de las funciones de variable compleja ni la dinámica no lineal.

En el amor, era la historia de siempre: su cuerpo sentía atracción por hombres que no le hacían ningún servicio a su intelecto. Según su experiencia, los banqueros —ellos sobre todo— carecían de sentido de la proporción. Hubo uno en un vuelo a Nueva York que ni una sola vez miró el hielo ni las rocas de Groenlandia ni el cabo Farewell, Ummannarsuaq, y mucho menos el mar. Tampoco prestó atención a los comentarios que ella hacía sobre el viento de cara o la cantidad de oxígeno en el aire. Sin embargo, eso tampoco se reducía a los hombres que manejaban el dinero. También le pasaba con los abogados y en una ocasión con un historiador. Ellos metían la mano o el pie, y ella les cerraba la escotilla. Tal vez fuese cosa de hombres, la manera en que lo reducían todo a tiempo y poder. Tenían sus propias cronologías —no sé quién le hizo no sé qué a no sé quién más en no sé dónde—, sus propias instrucciones y nombres que mencionaban para darse importancia. Danny no era desagradable con ellos, al menos al principio. Sólo que... ella iba rumbo hacia otro lugar del que el cabo Farewell era apenas una leve insinuación. Ella estudiaba un tipo de vida que sobrepasaba toda cronología, que nunca se había estudiado y que aún ni siquiera tenía nombre. No era capaz de imaginar una profesión enfrascada en el momento. Ella se alzaba con todo su encanto a hombros de los gigantes que habían fundado la ciencia y sus leyes. Era consciente de ello, y tenía la suficiente arrogancia para plantearse convertirse en una gigante a la vanguardia del conocimiento, cuya obra sería valorada durante siglos.



Era un avión pequeño de hélices, y al principio del viaje los azotaron las corrientes termales. Al frente se alzaban nubes de tormenta, y la tierra que sobrevolaban parecía devastada, como un mar drenado. Las sombras de los cañones eran enormes. La tormenta se dispersó y él se quedó dormido. Cuando despertó, el piloto descendía hacia una pista de aterrizaje de la costa. La temperatura del interior de la cabina aumentó. Antes de tomar tierra, dieron vueltas para dispersar a los animales. Maleza seca hasta donde alcanzaba la vista y una franja cuidada de tierra cultivada junto a la costa. La ciudad parecía vieja, desperdigada y empobrecida. Junto a la playa, había palmeras y el mar era de un azul intenso, excepto la espuma blanca del arrecife. Podría ser un buen lugar para hacer surf; desde allí arriba, era difícil saberlo.

Él había llevado al director de una organización somalí de beneficencia a cenar a un restaurante italiano de Nairobi. El propietario estaba sentado junto a la puerta

con una camisa abotonada hasta el cuello. Como era de esperar, la carta estaba decorada con imágenes de Tirana, Trípoli, Asmara y Mogadiscio en tiempos de Il Duce: África, como Sudamérica, alimentaba los sueños modestos de los europeos.

Comió raviolis y bebió whisky. Dio la impresión de ser un ingeniero hidráulico que trabajaba en el sector privado y necesitaba viajar a la ciudad portuaria de Kismayo para conseguir la financiación de un proyecto que llevaría a cabo allí. Durante la cena acordaron que la organización recibiría una compensación generosa en concepto de consultoría por facilitar su visita.

Cuando aterrizaron en Kismayo, lo llevaron a una caseta que hacía las veces de área de llegadas y lo informaron de que el líder de la comunidad que debía alojarlo había sido ejecutado sumariamente esa misma mañana por su patente simpatía por el cristianismo. En boca de yihadistas, eso significaba que estaba espionando para Etiopía. James expresó que lamentaba la situación. Pidió regresar en el mismo avión, pero lo apalizaron y lo arrojaron a la oscuridad.

Era culpa suya. Se había reunido con sus homólogos de la CIA en el área de restauración del centro comercial Village Market de Nairobi, cerca de la nueva embajada de Estados Unidos. Pensó que los comentarios de los agentes estadounidenses generalizaban demasiado, que carecían de matices y no planteaban soluciones. La pareja le dijo que habían encontrado la mano de un terrorista suicida en Mogadiscio: «Creemos que la mano es de un árabe, ¿verdad, Bob?».

Había corrido el riesgo porque había reclutado a un hombre de negocios que tenía vínculos con las células somalíes de Al Qaeda y había accedido a suministrar información sobre soldados extranjeros a cambio de la ciudadanía británica. El pasaporte no formaba parte de la negociación, pero un permiso de residencia y dinero sí. Tenía que comprobar si la información era fidedigna.

Había mucho en juego: una unidad yihadista somalí operaba desde el distrito de Eastleigh de Nairobi y allí fabricaba bombas. Era cuestión de tiempo que hicieran explotar un dispositivo en el aeropuerto internacional Jomo Kenyatta o en el edificio de las Naciones Unidas. Lo que más les preocupaba en Legoland era que somalíes limpios —jóvenes cuyo historial no contenía nada que levantase sospechas— entrasen en la Unión Europea a cometer actos de terrorismo. En un informe confidencial al Ministerio del Interior británico, él había calificado la posibilidad de «entre probable y muy probable».

Se puso de cuclillas sobre el agujero. Se tambaleó. Desgranó su último viaje a Addis Abeba. Se había reunido con la inteligencia etíope, y ellos lo alertaron contra el viaje a Somalia; afirmaron no saber qué facción estaba al mando en Kismayo. Era demasiado peligroso. ¿Por qué no les había hecho caso?

Recordaba haberse citado junto a la piscina del Hilton con un confidente con quien negoció las condiciones y el modo seguro en que transmitirían la información. Se dieron la mano. Subió en ascensor a su habitación de la planta ejecutiva, donde las paredes de cristal ofrecían vistas a la colina en la que se alzaba una barriada pobre y a los bloques de oficinas de Josip Tito Road. Los eucaliptos de la cima ocultaban el viejo palacio. Se colocó a un extremo de la cortina y enfocó la piscina con los prismáticos; era cruciforme, a semejanza de las cruces etíopes. Las delicadas esposas del hombre más poderoso de Etiopía nadaban de un extremo a otro del aspa con la brazada característica de los graduados del Addis Lycée: codos en ángulo agudo, manos ahuecadas y un movimiento torácico que revela pechos pequeños. En la heladería había familias de expatriados disfrutando de una copa después del colegio. Ciudadanos italianos, estadounidenses y una familia de norcoreanos. El confidente seguía sentado allí, pero nadie se le acercó. Unas nubes cargadas de lluvia oscurecieron la estampa; empezó a soplar un viento fuerte y sólo los mecánicos rusos que se ocupaban del mantenimiento de los cazas MiG del ejército del aire etíope permanecieron en el agua. Vio a dos rusos más resguardados debajo de un toldo, uno de ellos con un chándal de color burdeos. El otro llevaba una camiseta y un bañador *slip* para fardar de muslos de Spetsnaz. ¿Por qué si no?

Se puso de pie en el baño que estaba sin acabar de construir, apagó Addis Abeba. No era nada. No había pistas, ni misterio ni cuento de espías. La cosa siempre acababa con los dos rusos, que no tenían nada que ver con él ni con Somalia. No eran más que otro par de gamberros eslavos arreglándose muy bien en África. No obstante, la imagen lo perseguía. Huesudos, cráneos rasurados, cigarrillo en la boca; cualquier servicio de inteligencia podría haberlos comprado. ¿Por qué no hacerlo? ¿Por qué no regalarles símbolos nacionales, iconos religiosos y agua bendita y dejarlos sueltos? ¿Por qué no convertirlos en cosacos del neoconservadurismo a los que recurrir cuando fallase todo lo demás? No le cabía duda de que serían capaces de matar a un joven yihadista y, después, estamparle la cara contra el parabrisas.

Aceptó que la posibilidad de escapar era casi inexistente. Somalia no era

Afganistán, donde uno podía dejarse crecer la barba, ponerse un *salwar kameez* y aprender alguna que otra palabra de darí para hacerse pasar por lugareño. No estaba en una novela de Kipling, no podía hacer que su piel blanca fuese negra. Y tampoco imitar el paso lánguido de un somalí. Por mucho que hubiese hablado su idioma, le habría sido imposible conocer las historias de todos los clanes y sus contiendas sobre el agua y el pasto para los camellos que les permitían averiguar la identidad de otro con un puñado de preguntas. Su única suerte era que no habían destapado el secreto: estaban convencidos de que era ingeniero hidráulico.

Sus informes no se habían leído en el ministerio. Downing Street sólo se interesaba por los piratas, y no había manera de hacerles ver que ése era un mal menor. La mitad de Somalia requería ayuda alimenticia para mantenerse con vida; cientos de miles de personas se habían visto forzadas a abandonar la ciudad y acampaban en refugios improvisados a lo largo de la carretera de Afgooye. Somalia necesitaba apoyo. Si se tomaba la decisión de abandonarla y contener la amenaza, también estarían desertando a otros países africanos. No cabía duda: Somalia era el futuro. Era el canario que cantaba para todo el mundo, pero nadie escuchaba.



El Che Guevara dijo de joven que su mayor sueño habría sido jugar al rugby en la selección argentina. Siendo ya un héroe de la revolución, el avión que lo llevaba de La Habana a Moscú hizo escala en Shannon, Irlanda, para repostar, y él insistió en ver un partido del Munster en Limerick y emborracharse con los hinchas. De haber llegado a vestir la albiceleste de los Pumas en una media melé, no se habría hecho revolucionario y hoy las camisetas lucirían otro rostro.

Cuando ves un partido internacional de rugby, te fijas en el movimiento y en la colisión, en los espacios que se abren y se cierran. Sin embargo, lo que recuerdas después, con lo que te quedas, es el *fluir* y el choque de los colores primarios. Rojo contra azul, verde contra blanco. En ese sentido, es pictórico.



Por debajo de la puerta veía los colores saturados de un televisor encendido en una habitación a oscuras. Como una raya de pintalabios. Imaginó a Osama bin Laden viendo el noticiario en una cueva, mucho antes de la mansión de Abbottabad. Un lugar primitivo, en lo alto de una montaña, con restos de nieve en el suelo incluso en verano. Osama comentando con su séquito algo

importante sobre una noticia, con el dedo estirado, sonriendo de vez en cuando, sin ironía, incapaz de ver la sección de deportes sin hacerse con el mando a distancia.



Le gustaba correr por Hyde Park antes de ir al trabajo, la dulzura del parque en primavera, el lavado otoñal de la humedad incontaminada de las hojas caídas, y las mujeres que la adelantaban a caballo, dando saltitos en la silla.

Cocinaba en su cocina enorme y comía disfrutando de *concertos* o concursos humorísticos en la radio. Trabajaba hasta tarde, con una copa de vino australiano al lado; siempre australiano, para complacer a su padre. Fumaba cigarrillos que sujetaba con el brazo estirado, al estilo francés, como si estuvieran hechos de plomo.

Los techos del apartamento eran altos; las puertas, las originales: pesadas y exactas. Ésa era su vida, tenía cierta solidez, aunque con esa ventana amable que se abría al jardín, a todo South Kensington, a una noche afable, era fácil imaginar a Peter Pan posándose en el alféizar.

A un lado del despacho tenía una estantería donde había colocado varias antigüedades sumerias iluminadas con focos: un sello, una tablilla de arcilla y un cuenco para extraer agua del pozo. En contadas ocasiones, sacaba el anillo de la caja de cristal y le daba vueltas en la mano.

Los sumerios la fascinaban porque, a su vez, a ellos los fascinaba el océano. Habían inventado la ciudad-estado, el gobierno representativo y la escritura (porque sus heraldos eran torpes de boca). El derecho griego y el romano tenían sus raíces en el sumerio, y fueron ellos quienes originaron la religión de la palabra divina, en la que un dios dice que algo es así, y es así. ¿Por qué se interesaban tanto por el agua del mar aquellos granjeros de las fértiles tierras de interior contenidas entre el Tigris y el Éufrates? ¿Por qué razón esa primera civilización urbana que se caracterizaba por su capacidad de dar forma al paisaje, de arar la tierra y construir en ella, sentía tanta atracción por la profundidad hadal?



Hace seis milenios, el dios del aire Enlil y el dios del mar Enki se acomodaron en el panteón de las deidades sumerias. Los sumerios creían que el mundo era algo parecido a una esfera de nieve. Enlil contenía el aire del mundo con *lil*, una atmósfera miscelánea que confería luminosidad al sol y a las estrellas que

decoraban el interior de la esfera de nieve. Más allá del firmamento había un mar profundo, y en el fondo estaba la casa de Enki: un lugar llamado Abzu. Era una casa hecha de colores que no podían verse, baldosas de lapislázuli e incrustaciones de piedras preciosas, en especial rubíes y cornalinas, que a esa profundidad no se destruían. Las puertas combadas de madera de cedro se enderezaban con oro que el agua salada era incapaz de corroer. Y en esa casa, Enki creó un hombre. Mezcló arcilla sobre el horno volcánico, le dio forma con agua pesada y lo llevó a nado hasta el mundo. Allí le insufló aire, pero el hombre fracasó. Su cuerpo era débil. Igual que su espíritu. Según la traducción de Samuel Kramer, de la Universidad de Pensilvania, Enki le ofreció al hombre un pedazo de pan: «No estira el brazo para cogerlo. No es capaz de sentarse ni de ponerse en pie ni de doblar las rodillas».

¿Cuál es la lección? Que una criatura humana creada en las profundidades debería permanecer allí: en una casa sin luz, sin fuego en el hogar.



La familia de James se había enriquecido con la pesca de ballenas, y cuando se detenía a pensar sobre el confinamiento, acababa revisitando la historia de su antepasado el capitán John More, que de joven sirvió con William Scoresby en el mar de Groenlandia, a bordo del ballenero *Resolution*. John era un Jonás viviente. Eso no significa que aguantase la tormenta con él hasta que el barco estuvo en calma ni que el buen capitán fuese un profeta castigado por Dios. Él no trajo ninguna suerte de infortunio a su tripulación, sino que les consiguió riquezas con su mezcla sensata de sobria fraternidad y nuevos métodos industriales. La mala suerte que John More sufrió era suya y de nadie más, y en su día le granjeó la fama. En el verano austral de 1828, el ballenero de John, el *Silver Star*, persiguió a un cachalote durante una tempestad frente a la isla Desolación de la Patagonia. El animal entró en una bahía de la que no había escapatoria, así que John se subió a una barca ballenera con el arponero y dos miembros más de la tripulación. Igual que en *Moby Dick*, pero años antes, el cachalote se alzó sobre el mar, destruyó el bote, y John y sus hombres acabaron en el agua. A los tripulantes los hallaron. John se había perdido, y se convencieron de que había fallecido. Dieron caza al cachalote y, una vez muerto, lo remolcaron junto al *Silver Star*, donde flotó durante todo un día y su noche mientras la tripulación lloraba la muerte de su capitán. No fue hasta que izaron el vientre del mamífero por encima de la cubierta cuando uno de los ronqueadores se fijó en que el animal palpitaba. Lo abrieron y dentro encontraron a John con unos ojos como platos y tosiendo, cubierto de jugos gástricos. El cachalote se lo

había tragado. Tenía mucosa por todo el cuerpo y por las manos, y uno de los pies, que había perdido el calcetín, estaba parcialmente digerido. Por lo demás, no estaba herido.

Estuvo loco una semana entera y empezó a sufrir claustrofobia. Como no quería dormir en el camarote, se tendía en el suelo de cubierta. No podía enfocar la mirada, su habla se había reducido a un lamento sobre la rapidez con la que se había alzado el cachalote y las hileras de dientes blancos. Cuando la niebla se tragó al *Silver Star*, cogió sus mantas y sus pieles de foca y se subió al mástil. El sol le evaporó la locura. Hacia el final de su vida, lo que él recordaba era: «La aparición breve del rostro de Leviatán, sí, que tenía surcado de cortes profundos como los tatuajes que los balleneros del mar del Sur llevan en la cara; el golpe contra los dientes, un túnel hecho de garganta, eso es. Del estómago puedo decir que era más una tumba de lo que jamás lo fue el vientre de mi madre».

Vivió hasta una edad venerable y jamás volvió a querer estar solo en un cuarto pequeño ni despertarse en mitad de la oscuridad. Los viajes de los balleneros estaban siempre bien alumbrados; había suficiente aceite y cera para que no faltase una iluminación tenue, y más conocimiento que en las naves modernas. De ahí en adelante, antes de acostarse, John encendía muchas lámparas. Hizo instalar una escalera que atravesaba el techo de su dormitorio de la casa estilo Regencia que tenía junto al mar del Norte y, pese a su debilidad, la usaba para retirarse al tejado siempre que se sentía confinado.

James no tenía una escalera como aquélla. Lo habría dado todo por una vela de espermaceti, a pesar de que le habría mostrado también los insectos, el cartón y la zanja. Sentía desesperación por algo lejano. Una liebre. Algo de color en el cielo. Todo como en un grabado. Los campos, los setos. La liebre corre hacia el campo contiguo, entre los árboles y colina arriba. Sigue y sigue. ¡Mira cómo corre!

De pronto, se abrió la puerta.



El frío extremo permite que ocurran cosas extrañas. Por ejemplo, en el laboratorio de baja temperatura de la Universidad Politécnica de Helsinki, en el año 2001, un condensado de Bose-Einstein enfriado hasta menos doscientos setenta y tres grados centígrados, casi el cero absoluto, detuvo un rayo de luz que viajaba a novecientos setenta y ocho millones de kilómetros por hora.



El viento había acumulado la nieve contra las paredes y las vallas, mientras que en otras partes el suelo estaba despejado y vidrioso como la obsidiana. Una película de escarcha gris cubría las dunas y la playa; las flores moradas del brezo sobresalían, igual que el tojo; el mar estaba embravecido. Un puñado de surfistas con trajes de neopreno de colores cabalgaban las olas. Danny caminaba con la cabeza gacha: era un viento frío que rebuscaba con los dedos hasta encontrar la podredumbre enterrada en la mandíbula. Le alcanzó un diente que ella se negaba a arreglar. Trieste. Había visitado la ciudad con sus padres, y el guía les habló de que el viento invernal le castigaba los dientes rotos e infectados a James Joyce cada vez que, durante su largo exilio en la ciudad, paseaba junto al mar. El guía había pronunciado *rotos* como «erotos».

El faro se alzaba en la distancia. Una criatura durmiente que, durante el día, no daba señales. A su alrededor había unos cuantos chalets cuyas ventanas tapadas con tablones los hacían parecer barcos de madera. En el siguiente promontorio, se erigía un hotel más moderno: el Ostende.

Un hombre pasó corriendo por su lado. Lo miró mientras se hacía cada vez más pequeño y desaparecía en la lejanía. Ella caminaba con brío en la misma dirección; quería despertarse el apetito. Estaba decidida a comer el menú de invierno del hotel, que era etrusco: grasa dulce y dorada de lechón a mediodía; rabo de buey, pan, vino y tarta por las noches, bajo la lámpara bruñida de araña.

El hombre se le acercaba ahora al trote, se hacía más grande, más posible. Ella iba siguiendo las huellas que había dejado, y él regresaba por el mismo camino. Se detuvo a unos pasos con los brazos en jarra y jadeó como si saliese a la superficie a por aire; el aliento blanco que le salía de la boca y de la nariz parecía el de un ternero. Cuando pasó por su lado, ella aprovechó: tal vez fuese tímido, y no quería quedarse sin conocerlo.

—Buenos días —lo saludó ella.

—Hola —respondió él.

—Eres inglés, ¿verdad?

—Sí, ¿y tú?

—De Londres —contestó ella en inglés.

Él se imaginaba quién era. Había visto su nombre y el título al firmar el libro de entradas. ¿Catedrática de qué?

Le ofreció la mano.

—James More.

Ella se la estrechó. Una mano grande, fría, la sangre oculta en lo más profundo, pero suave.

—Danielle... Danny Flinders.

—Danny la campeona del mundo.[2]

A pesar de tanta familiaridad, en ese momento ella le regaló una sonrisa radiante, sin querer. Para ella el asunto era fácil: un ermitaño encuentra su concha y se aloja en ella. Así se conocen los amantes.

Era antes de la hora del desayuno y el cielo parecía de pizarra, más oscuro que las dunas, lastrado con el peso de la previsión de tormentas de nieve. Las primeras palabras que se dijeron salieron arrastradas y redondeadas por el frío.

—Sólo un inglés se pondría pantalón corto con este tiempo —apuntó ella.

Él estaba más distraído.

—Tienes razón, hace frío —admitió—. Me voy para allá.

—¿Nos vemos luego?

Danny podría haber dicho algo más indefinido.

Él sonrió.

—Sí.

Entonces se marchó en un esprint hacia la cobertura que ofrecían los pinos.

Ella caminó hasta el hotel Ostende y, a su regreso, se encontró con él en el vestíbulo. Fue incómodo. Pero la vida nunca es perfecta: está hecha de puertas y trampillas. Avanzas por pasillos barrocos, e incluso cuando crees que sabes qué puerta abrir, necesitas suficiente valentía para escogerla.

—Tengo que trabajar un rato —se excusó ella con cierto atropello—. Voy a desayunar en la habitación.

—¿Comemos juntos? —propuso él.

Se había duchado y vestido. Su encanto era más evidente que en la playa.

—¿A la una y media te parece tarde?

Él se golpeó la pierna con una copia del *International Herald Tribune*.

—Nos vemos —respondió, y se marchó.

Lo primero que hizo ella al llegar a su habitación fue pedir el desayuno. Se metió en la bañera. Cuando salió del cuarto de baño, la comida la esperaba bajo una cúpula plateada. El servicio de habitaciones era una suerte de magia.

Había una camarera en la puerta.

—¿Me permite que prepare la chimenea, madame?

—Sí, por favor.

El fuego era importante para Danny. No sólo por la llegada de la nieve, que había ocultado el cielo y convertido la habitación en un lugar más valioso. Una

chimenea era un foco de atención. En el abismo, en realidad, no había foco. La casa de Enki no tenía hogar. En los lugares donde el magma fundido afloraba bajo el agua, lo hacía sin color ni distinción. Se trataba de un calor volcánico capaz de reducir cualquier cosa a cenizas, fundir roca; un manantial de vida, como ya veremos, pero no era fuego tal como lo conocemos en la superficie, donde, gracias al aire, las llamas tienen forma, volumen y matices cuyo color nos indica la temperatura.

Hizo que moviesen el escritorio para que quedase frente a los troncos que ardían en el hogar, en lugar de mirando a la tormenta. Se puso a resolver ecuaciones sobre la velocidad a la que se duplica la vida microbiana. Claro que trabajaba. Era una tarea fascinante, monumental. Apenas levantó la mirada del papel cuando le sirvieron el café, justo a la hora a la que lo había pedido, y tampoco pensó en el hombre con el que se había cruzado en la playa y en recepción. Hizo anotaciones y apuntó números en fichas con una estilográfica de tinta verde. Al cabo de la semana, tendría una pila de fichas que, una vez en Londres, pondría en orden. Transcribiría lo que fuese de interés y las guardaría en el cajón de un archivador de madera como los que se usaban antes en las bibliotecas. De vez en cuando, cogía un lápiz y hacía cálculos en hojas grandes de papel.

Él llamó a su puerta unos minutos antes de lo acordado; tal vez tuviese curiosidad por verla trabajar. Ella lo dejó pasar. Él esperó junto a la ventana a que ella acabase, sin decir nada.

Danny le pidió que cerrara la puerta y echó a caminar por delante de él. La moqueta que cubría el suelo de madera del pasillo era mullida. Notaba que la estaba mirando y agradecía la atención que le prestaba. El invierno era el momento de estar con hombres. Los días de verano eran más vaporosos, pero los hombres estaban henchidos, colmados de sí mismos y cubiertos de aceite. Un hombre era más interesante en invierno, más masculino y disponible, incluso estando menguado y melancólico. De pronto, tuvo otro sentimiento, más significativo. Lo percibió antes de llegar a la escalera. El tiempo tenía fuertes dobleces, estaba plegado como el origami y, sin embargo, tuvo la sensación de que aquello ya había ocurrido. Más concretamente, de que aquello debía ocurrir en aquel preciso instante.

Almorzaron en el salón de los espejos, cuya extensión estaba compuesta de cristaleras. En verano se abrían al jardín a modo de galería. La pared de enfrente

era de color crema y de ella colgaban grandes espejos de marco dorado. En el centro había una chimenea de mármol con un fuego vivo y velas encendidas en la repisa. También había un retrato de César Ritz con el personal del hotel en el año 1900. Los empleados pululaban por la playa sin presunción, los cocineros con el gorro puesto, y los jardineros con camisa y tirantes. El mar en movimiento los enmarcaba y captaba la posición de un hotel como aquél en la vida del patrón y de sus trabajadores y huéspedes. La frase que mejor lo describía era la manida expresión «un hogar lejos del hogar», pues durante unos días ofrecía a sus clientes una calidad de vida más alta de la que podían pedir en casa, porque la habían despojado de lo innecesario, igual que se hace con algunas novelas.

Aquel día en el hotel había muchas chimeneas encendidas. La tormenta hacía vibrar las cristaleras. La vista era lóbrega: se distinguían el pinar y las dunas, pero no el mar. La nevada se hizo más intensa y furiosa; cubrió las huellas del jardín y convirtió el paisaje en otro prístino, como no era posible en África. Las ventanas reflejaban la luz de las velas, al otro lado del cristal caían copos cada vez más gruesos, y dentro alimentaban el fuego con más leños. Todo a pedir de boca.

Ella estaba preciosa, con ese aire invernal de los peligros nuevos. James sintió que tal vez él tuviera un lugar en su vida, a pesar de que era domingo y el miércoles ya se habría marchado de allí. Un camarero se acercó para acompañarlos a una mesa. Danny notó una pequeña corriente de aire en la mano; venía de las cristaleras, como el aliento de una persona.

—Después de usted, catedrática —dijo él con cortesía.

Ella se volvió a mirarlo.

—¿Cómo lo sabes?

—Vi tu nombre en el libro de entradas. ¿De qué es la cátedra?

—Adivina.

James se sonrojó.

—¿Es necesario?

—Por curiosidad.

—Música.

—No.

—¿Antropología?

—Por favor...

—¿Derecho?

—Tampoco es la respuesta correcta.

—¿Entonces?

—Matemáticas. Aplico las matemáticas al estudio de la vida en los océanos.

Danny observó su expresión. No tenía aire académico, ni sombra de comicidad. Salvo que tenía la mandíbula cuadrada y unos fuertes músculos cigomáticos, el rostro bien afeitado, un aire imperial, los finos vasos sanguíneos de los pómulos. Cuando sonreía, era como si se le iluminase el rostro.

James sonrió.

—¡Eres oceanógrafa!

Ella ya estaba extendiendo mantequilla en un pedazo de pan y esgrimió el cuchillo romo.

—Ésa es una disciplina que no existe —protestó—. No es más que la aplicación de las ciencias a lo que hay en el mar.

—O bajo el mar.

Ella alzó la mirada. Le resultó extraño que dijera eso.

—Exacto.

—¿Cuál es tu océano?

—¿Perdona?

—¿Qué océano te gusta más?

—Ah, vale. Eso es fácil —contestó, y señaló las cristaleras—. Tiene que ser ése: el Atlántico.

—Y ¿por qué motivo?

—¿A nivel científico o en otro sentido?

—En otro, supongo —respondió él con cautela.

Intuyó que estaba evaluándolo.

—Bueno, el Atlántico une las dos mitades del mundo occidental. Es el océano del comercio de esclavos y también el del barco de vapor. Para los fenicios era el mar de la perpetua desgracia. Tiene la corriente del Golfo. Están sus colores, los grises y verdes. Las colonias de aves marinas. Además de todo eso, es una masa representativa de agua fría que llega hasta las cadenas de montañas submarinas.

—¿A qué profundidad?

—Tiene una media de tres mil seiscientos metros.

—¡La señorita Memoria!

—¿Los 39 escalones?[3]

—Lo que yo digo: la señorita Memoria.

Ella se rio con gusto.

—¿Y tú? ¿A qué te dedicas?

Él respondió al instante, no quería que lo adivinase.

—Soy consultor de proyectos hidráulicos, en África.

- Un hombre caritativo.
- Para el gobierno británico —añadió él.
- Entonces ¿vives en África?
- En Nairobi.
- ¿Te gusta?

Una de las primeras cosas que le habían enseñado en el servicio de inteligencia era a desviar la conversación de los aspectos concretos de su trabajo. No le dio detalles sobre el empleo de consultoría que usaba como tapadera, sólo su verdadera opinión sobre África. Le describió su jardín de Muthaiga: las flores colgantes, la piscina, le contó que después de la lluvia las hormigas hacían que los troncos de los árboles se tornasen de color bermellón, le habló de su ama de llaves, la cocinera, el jardinero anciano. Dejó claro que vivía solo. Después, ajustándose a la polaridad del día, le explicó la historia de cuando se adentró en la penumbra del bosque Ngong de Nairobi con un caballo de polo y vio un motor de coche robado izado con cadenas en lo alto de un árbol, un mono sentado encima haciendo rechinar las cadenas, el metal a modo de nido. Le contó el motivo por el que había tantas hienas en el bosque.

—Los más pobres de la barriada de Kibera no pueden pagarse un ataúd, así que por la noche llevan a sus muertos al bosque, los entierran junto al tocón de un árbol mugoma y hacen una pequeña ceremonia. Sin darse cuenta, alimentan a las hienas.

A continuación, explicó lo mejor que pudo que, a pesar de que los que enterraban a los suyos en ese bosque eran luo, originarios del lago Victoria, el trato grosero que dispensaban las hienas a los cadáveres de los pobres era similar al rito mortuario de los kikuyu, del que se dejó constancia por última vez en 1970 y en el que se metía a un hombre o mujer moribundos en una choza de paja del tamaño de un corral pequeño, donde había una abertura en cada extremo: una para introducir al familiar casi muerto y otra para que las hienas sacasen el cadáver.

—Allí el tiempo se comprime —dijo él—. En un par de siglos, Kenia ha pasado de ser un lugar ancestral de tradición oral a ser el patio trasero de comerciantes y esclavistas árabes, seguido de un agujero en el mapa explorado por cazadores blancos y luego, oh, ¡qué sorpresa!: una colonia. Ahora es la República de Kenia, un país que dobla su población con cada generación.

Ella parecía fascinada.

—Debe de haber gente que aún recuerde los ritos mortuarios con hienas.

—A la abuela de mi cocinera se la comieron las hienas.

—¡No!

Él se envalentonó y le contó que sólo había transcurrido una generación desde la muerte de la escritora danesa Karen Blixen, la condesa Blixen, en su finca de la costa de Selandia, en Dinamarca. Ella, que, con gran presunción, había concebido su plantación de café a las afueras de Nairobi como un paisaje inglés del siglo XVIII con abundancia de caballos, perros, sirvientes —y leones—, pero jamás dinero.

—La noche de Nairobi es como un río —dijo él.

—¿A qué te refieres?

—Es profunda y traicionera, igual que los ríos africanos: no se ve nada, no tienes ni idea de dónde están los cocodrilos ni los rápidos. Tiene su propio lustre.

Ella no contribuyó en absoluto a sus historias. Puede que fuese precavida. No sabía nada sobre el campo del desarrollo ni sobre consultorías. De ella decían que era sofisticada y también mundana. El dinero la hacía sofisticada, y en los baños de las discotecas demostraba lo mundana que era, aunque no lo fuese del todo. No había estado en contacto con los pobres, porque, igual que su madre, el mundo la había mimado. Tendía al refinamiento por instinto —en literatura, moda, cocina—, el refinamiento en todos los sentidos, y lo que no podía refinarse no merecía la pena. ¿Cabía refinar la pobreza? Suponía que no. Cuando visitaba Australia, iba directa a las galerías de Sídney y, en esa época, el barrio de Manly ya era suficientemente sórdido para ella. La habían llevado a la isla Flinders, que se llamaba así por un antepasado paterno. Pese a la insistencia de su padre, nunca había visitado ninguna comunidad aborigen de Australia ni se había interesado por su cultura, más allá de usar su iconografía y sus textiles para engalanar su vida. Era una mujer con un pasado ligado a la esclavitud y, sin embargo, albergaba prejuicios contra África como continente sin universidades con programas de investigación. Aparte de un viaje a Ciudad del Cabo, sólo había visitado el continente en una ocasión, en un buque oceanográfico que fondeó frente a la costa de Senegal. Llegaron a tierra muy excitados, en una lancha motora, pero el pueblo la avergonzó. Las mujeres la rodearon y le pidieron que hablase por ellas. La habían reconocido, se sintió descubierta. No era cuestión del color de la piel, eso no tenía importancia. Se trataba de la repentina sensación de comunidad: un matiz rústico que complicaba su identidad metropolitana.

Eso no significa que fuese porcelánica, sino todo lo contrario: a nivel físico y emocional era difícil de quebrar, generosa, ponderada, de ningún modo traslúcida. Prefería que la definiesen como científica y sentía que encerraba una polaridad más extrema que la que James había descrito al hablar de los ricos y los pobres de Nairobi, y aún más que el contraste que esa tarde de invierno se

daba entre aquella sala de hotel iluminada con velas y la nieve de fuera. ¿Qué era? La división entre la vida en la superficie del mundo y la que ella estudiaba en la zona hadal; luz y oscuridad, aire y agua, los que respiraban y los que se ahogaban. Casi quería decir que se trataba de la división entre los salvados y los condenados, pero no, eso no era cierto.

Ante la insistencia de James, le habló en voz baja del hotel Atlantic. Le contó que llevaba varios años acudiendo allí.

—Sé incluso por qué sirven fabada.

—¿Qué es? —preguntó él.

—Un plato rural que se hace con lacón, chorizo y alubias.

Le relató la misma historia que el director del hotel le había contado a ella:

—Un noble español de la corte de Alfonso XIII que se alojó aquí antes de la Primera Guerra Mundial retó a un ruso a una partida de ajedrez con piezas gigantes. Cada uno se colocó en uno de los balcones que daban al jardín y desde allí comandaban las piezas, que eran sirvientas, jornaleros y niños del pueblo que había al otro lado del bosque, todos vestidos de acuerdo con su papel y plantados durante horas en las casillas correspondientes. Era otoño. Hacía frío. El español jugaba con las piezas blancas y el ruso con las negras. Habían apostado grandes cantidades, no sólo al resultado final, sino que eliminar una torre con un caballo, por ejemplo, valía un coche. A las piezas les daban sidra y, como era de esperar, a medida que avanzaba la tarde, se desató una pelea entre las torres, que se persiguieron por el tablero derribando peones, hasta que el alfil no tuvo más remedio que intervenir. La partida duró hasta bien entrada la noche, y a medida que iban eliminando piezas, les daban unos cuantos francos por las molestias y un cuenco del guiso asturiano, cortesía del español, para calentarse.

Él escogió el faisán, y ella el lenguado. No dejaban de mirarse, de inclinarse hacia el otro, de observarse. El viento amainó y la intensa nevada cayó a través de la niebla, como sumergida en el agua. Allá fuera, más allá de la verja, las ovejas se movían en la blancura del paisaje. Aquél era un mediodía invernal de los de antes, de la vieja Europa, imponderable para Danny y James. Los leños ardían en el fuego aún con la corteza, y la resina chisporroteaba. Imaginaron que había lobos en el bosque y que los caminos que llevaban al pueblo alejado y a la iglesia se enredaban. Cada nueva respiración parecía aproximarlos a la repetición de la natividad: la anunciación a los pastores, la paja del pesebre, el olor de los animales, los balidos, la luz intensa de la estrella.

Les sirvieron más vino en las copas de cristal. Las mesas eran cuadradas y estaban colocadas perpendiculares a la pared. Desde la lámpara de araña, parecían dados, y los platos, los puntos que denotaban el número. Los huéspedes sentados a otras mesas tenían sus propias historias; de vez en cuando una pieza de cubertería reflejaba un haz de luz, pero estaban en segundo plano. Ella los miraba por encima, como si fuesen hipertexto.

En cambio, la presencia de él era inmediata. La seducía, aunque había algo que no le resultaba auténtico. El hombre que se hallaba delante de ella y que atacaba el postre con ese ademán tan aniñado ocultaba una historia distinta. Ella no sabía cuál, no tenía referencia alguna, sólo que en aquellas manos suaves había huesos rotos, y que tenía cicatrices en la nariz y en una oreja. Mostraba cierta cerrazón que se hacía evidente en su mirada. El mundo lo había erosionado.

Tomaron café en el bar mientras un huésped metía monedas en una máquina antigua de discos que tenía una foto de Johnny Hallyday.

No pudieron escoger. «*I believe when I fall in love with you it will be forever.*» «Creo que, cuando me enamore de ti, será para siempre.»

Ella entornó los ojos con escepticismo.

—Aun así —dijo él, y alzó la copa.

Ella lo miró. Él tenía las pupilas dilatadas, el efecto todavía más oscuro. Estaba algo ebria.

Se despidieron al pie de la escalera. Ella subió, y él salió a descubrir que la tarde parecía no tener arriba ni abajo. La nieve se arremolinaba. No veía por dónde iba, sólo oía a las ovejas. Creía haber llegado a la verja, pero unos pasos más tarde había regresado al hotel. Lo único que se veía del edificio era el cartel que había sobre la puerta, donde se leía el nombre escrito con bombillas, y las figuras verdes de unas sirenas sobre un fondo esmeralda hecho de las mejores telas que se podían sustraer de una mezquita persa.

Una oleada de emociones e identidades contrapuestas lo asaltó sin previo aviso, como si un tren hubiese frenado en seco y todo el equipaje le hubiera caído encima. Tomó el ascensor, cerró la verja y pulsó el botón. El camarín estaba hecho de palisandro, algo más grande que un ataúd. Trató de no prestar atención a la ascensión. Una vez en su cuarto, se sentó a mirar por la ventana, pero sólo de vez en cuando apartaba la vista de la vacuidad de los carámbanos que colgaban de la parte superior. Cuando oscureció, no cerró las cortinas, y a la

camarera que llegó para abrirle la cama le permitió sólo encender una lámpara y traerle una botella de agua y un chocolate caliente.



Trabajó hasta bien entrada la tarde, aturdida por el alcohol, por él. En cierto modo, las matemáticas eran como tocar el piano. Para no perder la soltura y la fluidez había que seguir practicando; tarde o temprano, la disciplina se convertía en un placer.

Encendió el televisor y vio un partido de tenis que se jugaba en el Albert Hall de Londres. La acústica del auditorio era tal que los saques sonaban como una detonación.



Lo obligaron a levantarse tirándole de las muñecas. Le temblaban las piernas.

—Me cagaré encima —avisó.

Se le aflojó el esfínter; una masa acuosa se le deslizó entre los muslos.

Hubo gritos en somalí. Le dieron un golpe en la parte trasera de la cabeza, otro en la cara, y le echaron agua de mar. Lo arrastraron hasta un callejón. Luz cegadora. No podía levantar la mirada. La arena quemaba y estaba salpicada de pinchos, boñigas brillantes de burro, hojas de palma. A ambos lados había chozas de adobe y caña, y oyó a niños jugando. Notó que las mujeres se detenían a su paso. Sentía náuseas, la cabeza le daba vueltas. Trató de concentrarse en los pies del hombre que iba delante de él; se dijo: «Las chanclas son rojas, son rojas. Un talón calloso sube, baja a la arena, y ahora vuelve a subir».

Salieron a un terreno abierto, y lo recibió una ráfaga de aire. Los cangrejos corretearon a los agujeros que habían cavado en la arena. Cuando por fin alzó la cabeza y miró el mundo, vio las olas estallar contra un arrecife y un sol monumental de color naranja flotando sobre el océano Índico.

Los soldados se arrodillaron y rezaron en dirección a La Meca.

Unos minutos más tarde, uno de ellos se levantó.

—Ahora te mataremos —anunció sin emoción alguna.

Lo empujaron hacia el mar. Se dio cuenta. Iban a pegarle un tiro en el agua. Así no hacía falta mortaja.

Cuando el cadáver se hubiese secado, lo enterrarían en el cementerio de los infieles. Con esa oración. ¿Con esa oración deplorable?

Los soldados eran jóvenes y flacos, pero él estaba demasiado débil como para aprovecharse de eso. Era un hombre blanco en una parte de Somalia

controlada por yihadistas. Aunque les abriese la cabeza, les partiera el cuello y se hiciera con un arma, no había adónde huir. Así que se irguió y se preparó a morir.

Sin embargo, ¿cómo se hace eso? La naturaleza está precontratada, y sus exigencias no se someten a negociación. No consigues la inmortalidad con desearlo, del mismo modo que no puedes hacer que las manzanas salgan en mayo ni evitar que las hojas caigan en octubre. Una enfermedad terminal al menos te da la oportunidad de despedirte de tu familia, amigos y conocidos. Pero una muerte violenta es algo distinto. Es una vorágine. Sus aguas corren a toda velocidad en espiral; el cielo desaparece y no hay tiempo para hacer una llamada ni una reverencia.

Quería disponer sus recuerdos sobre la arena como si fuesen fotografías, dejar un mensaje para el mundo y aprender una lección de ellos. Pero estaba dando giros, hundiéndose, su barca ballenera se astillaba y las aguas estaban heladas. Los maderos a los que la gente se aferraba en vida y que los mantenían a flote en el mundo eran las historias de ficción. Lo intentó. Recitó el padrenuestro.

Lo empujaron más adentro. El agua le llegaba casi hasta la cintura. «Mira, se te está despegando la mugre de los pies a tiras —se dijo—. La mugre se despega», y tuvo una visión de sí mismo, aunque era difícil de describir. Estaba sumergido con un sombrero de copa muy alto, un ballenero caído al mar que descende hacia el fondo con una anguila enredada donde antes tenía los intestinos. En la distancia, borroso, un barco ballenero se hunde como imitando, quizá, al de esclavos que le había descrito Danny, sólo que en ése hay un halcón clavado al mástil, su chillido de arcángel silenciado... Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo.

Le quitaron las manos de encima. Miró hacia el mar. Los submarinos lo cruzan sin salir de los bajíos. Había muchas cosas que no había imaginado con detenimiento. La muerte era una de ellas. El océano, otra. Tenía sentido, lo reconfortaba. En realidad, la tierra era el océano. Danny le había enseñado a ver las cosas de otro modo; que, aun estando compuesto de una solución salina, siendo una medusa de huesos de aguja, él era ajeno a la mayor parte del planeta, a la gran masa de agua salada. Alzó la mirada y alcanzó a ver una gaviota. Ellos levantaron las armas. No le quedaban fuerzas. Los odiaba y se avergonzó de sí mismo.

—*Allahu akbar!*

Se oyó una ronda de disparos. Cayó al mar. Las balas volaron hacia el cielo.

Estaba arrodillado en el agua, agitó brazos y piernas, se alejó un poco. Se puso a chillar, se arrancó el kikoy sucio y se lavó las piernas. Sus lágrimas conmovieron a los soldados. Uno de ellos se acercó a él, se quitó el pañuelo de la cabeza y se lo enrolló alrededor del cuerpo para que no tuviese que ir desnudo cuando lo llevasen a tierra firme.



Ella era una persona mañanera, él no.

El teléfono de la habitación de James sonó antes del amanecer; la primera palabra que pronunció al despertar fue una blasfemia.

—¿Sí? ¿Quién es?

—Voy a la playa a darme un baño. ¿Quieres venir?

—¿A estas horas? ¿Con la nieve? —Se incorporó—. Vale. Pero yo no me baño —añadió al instante.

—Nos vemos abajo —respondió ella con tono alegre, y colgó.

La primera luz de un día despejado. Las placas de hielo estaban tapadas, la nieve les cubría las botas. En el bosque había cazadores de jabalíes; se oían disparos que venían desde los alrededores del pueblo y la iglesia. Los pinos estaban escarchados de salitre y las bayas de acebo relucían, rojas como la sangre. En la playa, la nieve dio paso a las salpicaduras que arrastraba el viento y a la resaca de las amplias olas. Él cargaba con las toallas y con un jersey de recambio. No estaba seguro de que ella fuese a bañarse; no sabía que sus viajes la habían llevado en dirección contraria a la suya, que los caminos que ella había transitado la acercaban a los inuit y la alejaban del Caribe.

La arena estaba firme. En cuanto la horadaban, sus huellas se llenaban de agua.

—Éste es el lugar perfecto para tener perro —dijo él—. Aquí tienen kilómetros y kilómetros para correr.

—No me gustan los perros.

Menuda decepción. Y qué brusca era ella. ¿Qué hacía él en la playa a esas horas?

Cuando era niño, el párroco irlandés de la familia le dijo: «James, no hay ni un solo instante de la vida que satisfaga a un corazón egoísta».

Él quería vivir en el campo. Quería una casita, un jardín. Quería perros de caza y caballos. Tal vez fuese una farsa, un modo de lidiar con su profesión. ¿Qué era lo que necesitaba?

Ella percibió su expresión desdichada. Él era espía, pero transparente.

—Alegra esa cara. Quizá pueda aprender a amar a un perro. En singular.

Él sonrió. Tuvo la sensación de que necesitaban aferrarse el uno al otro, o el viento se los llevaría y jamás volverían a verse. De pie en la arena, miraron la extensión en forma de media luna que era el Atlántico.

—Vamos allá —propuso ella.

Sin previo aviso, estiró el brazo y le tocó la mejilla.

Danny se movió con fluidez y sin vacilar. Se quitó las botas de agua y los calcetines, los pantalones de chándal con forro polar. Llevaba bragas de color claro con un ribete más oscuro. Tenía las caderas anchas. Todos los poros de su cuerpo formaron en hileras de carne de gallina para saludar al nuevo día. Se deshizo del abrigo, de la bufanda y del gorro de lana. La última prenda fue el jersey de cachemira, y quedó casi desnuda. Echó a correr y se tiró de cabeza al mar. Le pasó una ola por encima. Él esperaba que gritase o diese un alarido, pero no fue así, sino que se agachó y se estiró entre las olas. Apretaba los puños. Sujetándose al agua. Entonces empezó a patear y nadó a crol. Era una nadadora muy capaz, más que él. Nadó paralela a la orilla y después se puso de pie y salió corriendo. Se le hundían los pies entre las piedras y las conchas. Tenía los pezones grandes y oscuros, encogidos por el frío. El grosor de su vientre era juvenil, y a la luz del sol invernal, los hombros amplios hicieron que durante un instante su figura pareciese la faceta de una gema. Se quitó las bragas y se frotó el pecho con una toalla mientras él le secaba las piernas y las caderas con la otra. El pelo mojado se le pegaba a la cara. Se vistió con la misma rapidez con que se había despojado de la ropa. La respiración le impedía hablar. Echaron a caminar hacia el hotel a paso ligero.

Sin señal alguna de que debía ser de otro modo, James la acompañó a su suite. Ella preparó un baño. Él encendió el televisor. Cuando la bañera estuvo llena y oyó que ella se sumergía en el agua, se distrajo, pero tras unos minutos y como atraído por una fuerza gravitatoria, se desvistió, entró en el baño, se metió con ella, y la espuma se derramó sobre las baldosas. Ella lo abrazó, y estuvieron así hasta que se levantaron y él le hizo el amor sobre el lavamanos. Ella lo hizo salir, lo agarró con la mano y le hizo acabar sobre su vientre; le llegó hasta el pecho.

Entonces, ese momento inclemente que venía tras el orgasmo. Ella lo temía. Demasiado a menudo le resultaba decepcionante y, muchas veces, aún peor. Follaba con alguien y al instante llegaba a la conclusión de que lo suyo se reducía a ese acto. Regresaba a sí misma, a Flinders, a la científica. En cambio, entre Danny y James no se abrió la brecha que los habría obligado a salir del

baño por separado. Los azulejos del suelo permanecieron en su sitio, fijados unos a otros, y entre ellos dos no había más que ternura.

Se quedaron dormidos cogidos de la mano. Más tarde, ella encontró un condón en una de sus bolsas, se lo calzó con un movimiento similar al que había empleado en la playa para enfundarse el jersey, e hicieron el amor despacio. Un rato después, fue más impetuoso. Como si estuviesen follando hasta donde el cuerpo se agota y puede dar comienzo la verdadera aventura.

Era una mañana de la semana de Navidad y fuera podrían haber estado a una temperatura de cero absoluto, donde todo se detiene y cuaja formando superátomos. A él no le preocupaba comunicarse con Legoland; ella había dejado el trabajo de lado. Pidieron gachas de avena con mucha mantequilla y azúcar, también zumo y café. A su alrededor, la suite tomó una disposición distinta, con la chimenea encendida. Durante todo ese día corto, estuvieron acurrucados en un sofá bordado en tonos azules y plateados. Decidieron ver *A vida o muerte*, con David Niven como protagonista. Abre con una secuencia del universo y corta a un plano del líder de escuadrón Peter Carter, que, mientras su bombardero Lancaster se precipita en llamas hacia el canal de la Mancha, comparte sus últimos pensamientos con June, una operadora de radio estadounidense: «Puedo oír detrás de mí el sonido de bellos carruajes que se acercan inexorables hacia nosotros, y delante de nuestros ojos yacen desiertos de vasta eternidad. Y maravillas. ¡Qué maravillas! ¿Cómo se llama?».

Carter saltaba del Lancaster sin paracaídas, dando por sentado que moriría. Pero en la escena siguiente aparecía saliendo del mar y vagando por unas dunas no muy distintas de las que rodeaban el hotel Atlantic. Por culpa de los ángeles, a quienes Carter había pasado desapercibido en aquella niebla tan espesa, el piloto sobrevivía de milagro en un technicolor tan intenso —el primero del cine británico— que el sofá perdía el color, y el cielo invernal, que al sentarse había relucido con destellos naranjas y estaba desnudo de nubes, se convertía en una sopa opaca.



En *La nueva Atlántida*, de Francis Bacon, hay una descripción de sus laboratorios de luz:

Tenemos laboratorios donde hacemos toda clase de ensayos sobre la luz, las radiaciones y los

colores; partiendo de objetos incoloros y transparentes podemos representar todos los diversos colores, no los del espectro (como ocurre en las gemas y en los prismas), sino cada uno en particular. Representamos también multiplicidades de luces, que podemos llevar a gran distancia y hacerlas tan potentes como para distinguir pequeños puntos y líneas. También todas las colocaciones de la luz; todas las ilusiones y engaños de la vista, en tamaños, magnitudes, movimientos, colores; todas las demostraciones de sombras. Hemos hallado igualmente diversos procedimientos, que ustedes desconocen, para producir luz a partir de diversos cuerpos. Tenemos medios para ver los objetos muy lejanos, en el firmamento y en los lugares remotos; también para contemplar las cosas cercanas como si estuvieran muy distantes, y las cosas muy distantes como si estuvieran cercanas, de modo que las distancias quedan fingidas. Para ver tenemos auxiliares mejores que las gafas y lentes corrientes. Tenemos también lentes y artificios para ver perfecta y distintamente cuerpos muy diminutos: las formas y colores de moscas y gusanos pequeños, defectos e imperfecciones en las gemas que no se pueden ver de otro modo.



No es ningún secreto que Osama bin Laden nació en una familia saudí adinerada. Lo que no sabe tanta gente es que la fortuna familiar estaba invertida en bancos occidentales, cosa que contraviene la ley islámica. Si Osama hubiera sido un saudí pobre, todo habría sido muy distinto. Igual que de haber nacido en una familia rica de otro país. Si hubiese sido el hijo de un magnate industrial italiano, por ejemplo, tal vez habría dado rienda a su sentimiento religioso haciéndose de la Orden de los Misioneros Combonianos del Corazón de Jesús, cuyo lema es «¡África o muerte!».

A ese Osama alternativo, el padre Giacomo Ladini, le habría sido imposible desviarse tanto de la santidad de la vida.



Se había tumbado junto a la zanja y había tenido un sueño tan real que no era capaz de creer que fuese sólo suyo. Era una procesión de Semana Santa, y la figura de Cristo avanzaba en una carroza hacia un grupo de jóvenes que bailaban. Era música techno. La calle, estrecha. Las personas se pegaban a los edificios antiguos, y se oía a gente dando voces en alemán y en francés. Podría ser Basilea, ciudad de farmacéuticas. El Cristo transmitía un mensaje con las manos, moviéndolas como los flagelantes que marchaban por los pueblos de Renania durante la época de la peste negra con su «Soy un mentiroso, un ladrón, un adúltero», sólo que esos gestos no eran confesionales: el Cristo y el público repetían con las manos mil años de amor, mil años de paz, una y otra vez.

Los rostros eran diversos, pero a todos los conmovía una felicidad compartida. Entonces, un terrorista suicida hizo estallar el chaleco-bomba, una inhalación, una espiración; la carroza, el Cristo y muchos de los asistentes

quedaron reducidos a cenizas.



Cargaron con él desde el mar hasta una mezquita encalada, separada de la playa por un muro de roca volcánica y coral. Era un templo antiguo, y los primeros creyentes de Kismayo estaban enterrados en un sepulcro en el patio. Las puertas y los marcos eran tablas de madera de mango talladas con complicadas celosías.

Lo dejaron sobre el suelo de cemento de una sala ennegrecida por el humo que había en la parte trasera del edificio. Sentía náuseas. Le pitaban los oídos. Encima de una alfombra había una montaña de móviles que vibraba y levantaba partículas fecales e incienso, visibles en los rayos de luz que entraban desde unas ventanas con barrotes, pero sin cristal. Se le nubló la vista. Cuando recobró la conciencia, una lámpara de aceite daba a la habitación un barniz más intenso y, a primera vista, los rostros del comandante y de los soldados parecían los de un cuadro neerlandés.

El comandante estaba sentado en la alfombra con las piernas cruzadas. Se dio cuenta de que era Yusuf Mohamud al-Afghani, un atrevido comandante de Al Qaeda en Somalia: robusto para un somalí, pero con su vanidad habitual, el pelo ondulado y brillante como un pájaro cantor o como un cantante de jazz, y la barba corta, acicalada con pomadas y teñida con henna, de modo que por debajo se veía roja.

La cualidad de los pakistaníes que se sentaban a los costados de Yusuf era su pelo: rizado como la piel de astracán, les brotaba sin control de la cara, de los hombros, los antebrazos, las muñecas y los nudillos, y se les amontonaba con una pátina grasienta debajo del pañuelo de la cabeza.

En aquella estancia contó una docena de personas, la mayoría chicos somalíes de dientes blanquísimos. Junto a una de las paredes había un montón de kaláshnikov y de lanzagranadas; al otro extremo, una pila de sacos de incienso. Algunos de los hombres se habían sentado en cajas de municiones. Sobre la puerta colgaba un reloj barato hecho en China que tenía una imagen de la Gran Mezquita de La Meca en la esfera.

En la pared más próxima a Yusuf había una página enmarcada del Corán, una imagen recortada de un periódico de Osama bin Laden antes de su inmersión y un póster del futbolista francés Thierry Henry cuando jugaba en el Arsenal. Los excrementos de rata abundaban, igual que la basura. En el centro, una tetera hervía sobre una llama baja de parafina. A su lado había cuencos, una olla de

arroz humeante, sacos de garbanzos, dulces y pasas traídas en barco desde Karachi. Aquello era una madriguera: un espacio cerrado y pestilente que exudaba peligro y donde los rostros estaban delineados a base de trazos neerlandeses, sombras y oscuridad.

El ardiente joven saudí que se había alzado junto a él en la playa, había disparado su arma al aire y después lo había cubierto con su pañuelo respiraba a su lado y le daba de comer pasas, de una en una. Saif estaba presente. Saif, el del hueco entre los dientes, a quien también llamaban *Haidar, el León*, porque era un suicida que había hecho todo lo que le habían pedido, pero no le había estallado el chaleco, sino que lo había abandonado entre los vivos y los muertos, invencible, un mártir que aún caminaba con ellos.

La sonrisa de Saif era engañosa. Era un hombre medido y, en ese sentido, una detonación inminente, pues tendía a cambios de humor tempestuosos y a otras inversiones similares. Había memorizado escenas de las películas de *La Pantera Rosa*, servido té dulce a los pobres, rebanado la garganta a un estudiante de Yida. No se arrepentía de haber lanzado una granada a un Video Shack de Mogadiscio y haber matado a los que estaban dentro por cometer el crimen de ver una película de Bollywood.

Yusuf cogía móviles al azar y enviaba instrucciones a las líneas de combate por mensaje de texto. Cuando acabó, se llevó un poco de arroz a la boca con la mano y bebió té. Comió en silencio. Se levantó y pasó por encima de las piernas de sus hombres con cuidado y cortesía. Se detuvo encima de James, leyó en voz alta lo que decía su camiseta y continuó hacia la noche estrellada.

Soplaba una brisa marina. El patio de la mezquita estaba cubierto de una capa fina de arena. Yusuf se lavó los pies y las manos y entró en la oscuridad del templo con una lámpara. Se arrodilló detrás de una columna del fondo y rezó. La yihad había sido dura. Sus hombres habían luchado contra soldados etíopes, contra las fuerzas de paz de la Unión Africana de Uganda y Burundi, y contra el ejército del gobierno de transición de Somalia y sus milicias afines. En una ocasión, en Mogadiscio, los etíopes les habían lanzado bombas de fósforo blanco con una sustancia gelatinosa similar al napalm que prendía, arrasaba chozas, se adhería a la carne de sus hombres y los hacía arder. En otra ofensiva, tuvieron que recoger los pedazos de unos chiquillos que habían recibido fuego de mortero y reunirlos para el funeral. Había recurrido a los métodos de Iraq, se escondía entre los pobres y los usaba como señuelo, colocaba explosivos improvisados en

los mercados y entrenaba brigadas de suicidas para atacar a objetivos entre los cruzados.



El día que hicieron el amor por primera vez, ella le habló de su trabajo. Estaban sentados a la mesa de su habitación, y sus documentos y fotocopias estaban apilados en una esquina. Al otro extremo estaban las fichas en un orden bastante provisional. En el centro del escritorio había un cenicero de cristal. De entre los papeles, sacó una fotografía aérea de un barco. Era su manera de sacar el tema a colación.

—Buque oceanográfico *Knorr*. Puerto de matrícula: Woods Hole, Massachusetts. Lleva todos los instrumentos que necesitan los oceanógrafos. En las expediciones más largas, suele llevarse un sumergible a bordo.

Era verano en el océano Ártico, había fragmentos de hielo. Las cubiertas estaban dispuestas en rectángulos, y en la parte trasera del buque había un hangar. En comparación con los balleneros que colgaban de las paredes de casa de sus padres, que eran curvos y tenían dientes de cachalote incrustados en la borda, le pareció industrial. En cualquier caso, ¿qué sabía él? No era más que un paracaidista reconvertido a espía.

—Mi visión de la ciencia es francesa —explicó ella—. Muy romántica. Pero no me malinterpretes: soy sensata. Lo que pasa es que tengo que recordarme que no debo dejarme engañar por frases como: «La exploración es una caza cuya presa es el descubrimiento».

Encendió otro cigarrillo.

—La cuestión es que nunca he trabajado en Francia. Cuando empecé el doctorado, pasaba la mitad del tiempo en Zúrich y la otra mitad en un pueblo italiano llamado La Spezia. ¿Lo conoces?

—No.

—Los de allí lo llaman Spesa. Es un sitio conveniente, no está muy lejos de casa de mis padres, en la misma costa. Es la base naval italiana del mar de Liguria. En la oficina de correos hay un mural precioso del futurista Prampolini, y en el puerto, una estatua de Jesucristo sumergida a unos metros de profundidad. No se ve, pero siempre que zarpamos desde allí, siento su presencia, las manos alzadas —explicó, y levantó ambos brazos por encima de la cabeza— que bendicen todas las embarcaciones que pasan por encima.

»El mar de Liguria es una de las partes más profundas del Mediterráneo. Tiene esta forma —continuó, y con un lápiz garabateó un tajo en una línea que, según le indicó, era el fondo marino—. Baja hasta los dos mil ochocientos

cincuenta metros: un averno submarino a tiro de piedra de la Riviera. Es asombroso.

»Había ido a Spesa a trabajar en un proyecto de la OTAN para la protección del ballenato de Cuvier en el mar de Liguria. Necesitaban un matemático para comprender cómo reverberaba el ruido en los cañones submarinos. Esperábamos averiguar el patrón de buceo de los ballenatos y ver si el sonar de la marina los afectaba de forma negativa. En el golfo de Tigullio hay delfines, rorcuales y calderones y, de vez en cuando, algo más adentro, también hay cachalotes. Pero durante mis investigaciones sólo tenía ojos para los ballenatos. Son cetáceos de dientes rugosos.

Le dibujó uno. Era profesora.

—Siete metros de longitud desde el hocico corto y la frente inclinada hasta la aleta caudal. Son tímidos, difíciles de ver. Viven hasta los ochenta años.

El del dibujo parecía un delfín.

—¿Son juguetones?

Ella lo pensó.

—No, diría que no. Es difícil encasillarlos. Al principio me daba la sensación de que no habían crecido, de que eran infantiles; pero cuanto más los estudiaba, más solemne me parecía su vida. En realidad, lo más interesante es su buceo. Son las criaturas que se sumergen a más profundidad en todo el mundo; aguantan una hora bajo el agua, alcanzan los dos mil metros de profundidad, y allí cazan calamares con el sonar.

—¿Quieres?

—No, gracias.

James se sirvió un whisky.

—Me gustaba su aspecto, porque son muy bonitos; tienen la parte de debajo del hocico blanca y los párpados pesados. Pero el trabajo no me suponía ningún reto, y acabé cansándome. Al final los cachalotes no me interesaban más que una perdiz o uno de esos perros de tres patas tan graciosos que a veces se ven en los parques de Londres. En las condiciones estables del océano, la especie está sometida a selección K y tienen una maduración lenta sin depredadores, el cerebro grande, gestación larga y tasa de natalidad baja. Supongo que, de haber sido ingeniera como tú, me habría interesado saber que en el pasado los convirtiesen en aceite para relojes. Hacían que los segundos avanzasen en los relojes suizos. —Dio unos golpecitos en la esfera del suyo—. Si fuese bióloga, estoy segura de que me habría fascinado que no sean capaces de remontar los ríos que fluyen al mar de Liguria porque sus riñones no filtran las bacterias presentes en el agua dulce. Debería haberme maravillado ante su inteligencia. Pero estaba en la cubierta de un barco y el barco se escoraba, el barco siempre se

escora, y escuchábamos sus señales, primero a tantas brazas de profundidad y después muchas más... ¿Sabes qué sonido hacen los cachalotes bajo el mar?

—¿Como el de una vaca?

—Es como un pedazo de plástico que se dobla tanto que se parte. O a veces parecen los clics que se oyen en una línea telefónica. Al final, lo comprendí: los ballenatos estaban mostrándome el camino, eso es todo. A partir de ahí, nada fue igual. En lugar de mirar a las criaturas, me fijé en el mar en sí, en cómo el agua llenaba los cañones y cómo son las cosas allí abajo, qué sucede.

»Creo que no pensé en nada de eso hasta que mis compañeros empezaron a estudiar la descompresión que sufrían los ballenatos de Cuvier cuando salían a por aire. Era como si hubiesen dejado el mundo atrás y regresar a él fuera una experiencia violenta. Se quedan inmóviles en la superficie, y todavía no sabemos si es por el dolor que provoca la embolia gaseosa, por la osteonecrosis que causan las burbujas de nitrógeno en los huesos, o si los ciega la luz.



La estrategia de los yihadistas somalíes aliados de Al Qaeda es crear el caos para establecer una nación islámica suprema cuya religión sea pura: un califato de la Gran Somalia que esté a la vanguardia de la yihad global. Los soldados, lugareños y extranjeros, atacarán la cristiandad de Etiopía y Kenia a fin de liberar a los musulmanes de esos países y, en consecuencia, arrastrar a América, Europa y al resto de los cruzados a la lucha. El objetivo de la yihad global es multiplicarse mediante la fuerza de las armas y crear un superestado musulmán: intercontinental, sin fronteras, sometido a las mismas leyes y unido por las oraciones.



Yusuf se postró tras la columna de la mezquita que había junto al mar. Era un fanático, un soldado, un hinchado del Arsenal, y tan sólo Alá sabía que rezaba pidiendo claridad de pensamiento y motivación. Rezaba por los hombres de fe. Por la sumisión de Somalilandia y para que Ogaden volviese a ser somalí. Rezaba por la ciudad de Mogadiscio. Por que los piratas —ladrones que prostituyen sus ideales— fuesen arrastrados ante Dios por los pelos, o que los estrangulasen.

Él era *al-Afghani*, el Afgano, porque se había formado como francotirador y había recibido entrenamiento táctico en los campos de Al Qaeda de Afganistán. En Peshawar, había sido guardaespaldas de Abdalá Azzam hasta su asesinato.

Más tarde le asignaron la tarea de proteger a Hamza bin Laden, uno de los hijos más jóvenes de Osama. Fue Azzam quien le mostró el camino a Yusuf: «Yihad y balas, nada más. Ni negociación, ni diálogo ni rendición».

En 2001 pasó unos días con Osama bin Laden en Tora Bora. Regresó a Somalia en 2002, unas semanas después de escapar de un asalto a una casa franca de las montañas de Asir, en el suroeste de Arabia Saudí. Cuando las unidades antiterroristas irrumpieron en la casa, encontraron un cuenco de gachas humeantes sobre la mesa y un montón de pasaportes de distintos países africanos, cada uno con la foto de Yusuf y un nombre diferente. La fuga se celebró en las páginas web yihadistas y se incluyó en vídeos de ataques bomba y de decapitaciones de infieles. Sin embargo, no era más que un engaño: un topo de la policía saudí había despistado a la partida de búsqueda mientras Yusuf bajaba por un acantilado.

Estaba en guerra con los caudillos y demás infieles que, tras la caída del régimen de Siad Barre en 1991, habían destruido Somalia. Asesinos irracionales, sifilíticos y analfabetos. No obstante, sus hombres también lo eran; la yihad atraía a más sociópatas de los que necesitaban. Pero lo que a él le hacía falta eran chicos con motivación pura, dispuestos a entrar en combate o a cargarse de explosivos y saltar por los aires. Durante su infancia en Somalia, había sido pastor y sabía lo resistentes, ingeniosos e impasibles que eran los más jóvenes, por eso siempre los prefería a ellos por encima de los adultos, en quienes no se podía confiar, que hacían la yihad a cambio de dinero o por lealtad a sus clanes. Yusuf se encargaba en persona de adoctrinar a los chicos de sus campos: «¡Matad en nombre de Alá! ¡Matad hasta el día del fin del mundo! Si eres el último creyente, ¡mata! Alá te vengará. Si te matan, ¡el paraíso será tuyo!». Entonaba el Corán. Les contaba a los muchachos que el siglo xx, con sus imperios comunistas y las cruzadas, con el Estado de Israel y el complot sionista, no le había ofrecido un hogar. En cambio, lo había encontrado en la yihad del siglo xxi. Los jóvenes callaban y se endurecían a medida que él hablaba. Alzaban el puño. Ocultaban el rostro con pañuelos y bajaban pendientes rocosas dando volteretas con las ametralladoras. Un antiguo boina verde de piel blanca del ejército de Estados Unidos les enseñaba a disparar morteros; se había convertido al islam después de servir junto a unidades de muyahidines en la guerra de Bosnia. Yusuf acababa el entrenamiento hablando sobre el califato. El califa volvería, les decía; el tiempo sagrado estaba al caer. El califato era un estado de inocencia protegido por leyes severas en el que los músicos y todo aquel que se comportase con extrañeza eran azotados, donde se cortaban manos,

se marcaba la piel de los mentirosos y donde se decapitaba a los agitadores sufíes, a los cristianos, a los marxistas. Se hacían muy pocas fiestas, no se fumaban cigarrillos ni se mascaba *qat*.

Para subsistir, dar a los pobres y mantener a sus esposas e hijos, Yusuf comerciaba con incienso. El dinero para sus milicias provenía de los impuestos y de la extorsión que cobraba en los pueblos donde gobernaba, y también de donaciones privadas de países árabes. Las armas llegaban en dhow desde el Yemen y los Emiratos Árabes Unidos, y en avión desde Eritrea. Luchaba junto a las facciones yihadistas comandadas por Muqtar Robow y Hassan Turki, que se hacían llamar *Al Shabaab*, «la juventud». En cambio, guardaba las distancias con el grupo rival Hizbul Islam de Hasan Dahir Aweys.

A veces lo decepcionaban. Se empleaban las palabras en lugar de las armas, o se disparaban las armas cuando habría bastado con palabras. Él era un estratega, y su principal estrategia era una confianza absoluta en Alá, el más misericordioso y benevolente. Varias veces había ocultado a operativos de Al Qaeda buscados por los ataques a las embajadas de Estados Unidos en Nairobi y de Dar es-Salam en 1998 y el atentado contra los turistas israelíes de Mombasa en 2002. Algunos de esos operativos habían sido liquidados en ataques aéreos estadounidenses, o capturados por los caudillos de Mogadiscio y vendidos. Él jamás permanecía en un lugar: pasaba la mayor parte del tiempo en el desierto o en los pantanos. Cuando estaba en una ciudad, dormía en las mezquitas o cerca del mercado. Se escondía el rostro o se disfrazaba.

Cortaba lenguas a plena luz del día. Ganaba batallas. Unidos, los yihadistas controlaban el sur de Somalia y casi todo Mogadiscio. Él mismo había establecido células terroristas compuestas por tres hombres en Nairobi y en Dubái, y tenía agentes durmientes en Mwanza, Johannesburgo, Cardiff y Londres. Sus verdaderas creencias no eran muy distintas de lo que aleccionaba en sus campamentos. Estaba en la yihad a muerte, sólo que él tenía más experiencia. Para él, lo primero era la fe; para los chicos, el martirio precedía a la comprensión.

Quedaba pendiente la cuestión de qué significaba la religión para un yihadista. No había introspección más allá de la necesaria para mirar en tu interior y tomar la resolución de morir por una causa. Se detestaba la ciencia y se aborrecía la filosofía. Las esposas, hermanas e hijas no contaban. No las habían tenido en cuenta para el califato, ni siquiera habían previsto un lugar donde ellas pudieran conseguir asistencia sanitaria.

Yusuf rezó y rezó. Miró a derecha y a izquierda. Tocó el suelo con la frente. Por

la mañana partiría desde Kismayo para coordinar la lucha en el distrito de Medina de Mogadiscio, y rezaba para no verse reducido a un animal como el comandante yihadista que destrozaba lápidas en los cementerios sufíes por placer, el mismo que había matado a una vieja monja italiana en un hospital de Mogadiscio; le había llenado el cuerpo de balas hasta convertirla en pulpa. Sin la posibilidad de misericordia, no había justicia. Como con el inglés que habían tomado como rehén, por ejemplo.

«Que Alá me proteja del fuego del infierno», fue su última oración.



—Los ballenatos de Cuvier —continuó Danny— han aprendido a bucear a mayor profundidad a lo largo de una evolución que ha durado un millón de años. Con cada mutación, iban más abajo. Reflexionar sobre el buceo de los zifios es un buen modo de prestar atención a la dimensión del océano.

Seleccionó un lápiz de mina más blanda y en el papel que había usado para los cálculos dibujó líneas gruesas: un corte transversal del planeta, desde la estratosfera hasta el núcleo.

—Los océanos cubren el setenta por ciento de la superficie de la Tierra. Eso ya lo sabes. Tienen cinco capas. La primera es la zona epipelágica, ¿vale? La profundidad que alcanza un reloj de pulsera. Contiene toda la vegetación y los arrecifes de coral y los naufragios hasta los que puedes sumergirte con botellas de oxígeno. Todo Jacques Cousteau. Cualquier recuerdo que podamos tener del bautismo o de cualquier otra forma de inmersión está en esta agua azul.

»La siguiente es la mesopelágica. Ésta es la zona en semipenumbra, donde la luz, el azul y el resto de los colores se desvanecen. —Dibujó más líneas—. Debajo de la capa mesopelágica se hace de noche. Primero viene la batipelágica o batial, después la abisopelágica o abisal y, por último, la hadopelágica o hadal.

Alzó la vista. Ambos lo hicieron.

—La zona hadal es lo que me interesa. Viene del griego *hades*, que significa «no visto». Esto —dijo Danny, y empezó a sombrear— es el otro mundo que hay dentro del nuestro. La única luz es la bioluminiscencia de los peces que se mueven bajo el peso de mil atmósferas.

Dibujó unos círculos que representaban el interior del planeta.

—Hay tres mil cuatrocientos ochenta y un kilómetros de roca fundida y dos mil seiscientos noventa de manto. Apenas se sabe nada sobre el manto. Allí no hay vida y, en consecuencia, tampoco existe la posibilidad de la reanimación, lo que elimina todo interés científico. Yo no estoy de acuerdo con eso: estudio lo que considero la parte viviente del manto, los primeros kilómetros que yacen

bajo la zona hadal. Estoy convencida de que las fisuras que van del fondo marino al manto están llenas de vida microbiana.

El lápiz se entretuvo sobre el núcleo y el manto.

—La biosfera es la dermis. Toda la vida y la regeneración que tiene lugar en nuestro mundo le pertenecen. Por muy gruesa que nos parezca, con nuestra historia de evolución y extinción, exploración y colonización, el manto abiótico es varios cientos de veces más grueso.

Dibujó otra escala en la que se veía que casi toda la biosfera estaba en el océano.

—Nuestra existencia no es más que una fina película sobre el agua —le explicó—. Claro que esto va en contra de la religión del jardín del Edén y en contra del canon de los documentos políticos que acaban con el derecho internacional del mar, que promueve la primacía del hombre en el planeta. Pero fíjate —dijo, y pasó el lápiz sobre las líneas y las curvas—: somos un breve experimento de la naturaleza sobre la autoconciencia. Cualquier estudio que indague en el océano y en lo que hay debajo debería servirnos como aviso de la facilidad con que el planeta podría deshacerse de nosotros.

—¡Caray! —comentó él.

—En inglés, las palabras *mar* y *océano* se usan de manera indistinta, y no pasa nada: yo también lo hago. *Mar* es una palabra muy potente. El lugar de un yate es el mar, porque siempre se dirige al siguiente puerto. Los surfistas también pertenecen al mar, no al océano. Ya los has visto hoy: parecían diminutos entre las olas. Éstos los centrifugan como si estuviesen en una lavadora, y ellos salen despedidos de la tabla. A veces los aplastan contra el fondo, pero cuando cabalgan sobre una ola, ésta los lleva a casa, a tierra. El mar tiene un poder transformador, su propia historia. Te he dicho que mi madre es de Martinica. Para los martiniqueses, la historia del mar es la de la esclavitud. El mar atraviesa un espacio, ésa es la cuestión; es una pausa entre una aventura que se dirige a tierra y la siguiente. Une costas. Pero el océano va hacia abajo y une mundos.

Ni siquiera había empezado con los organismos quimiosintéticos ni nada parecido —moléculas refractarias de bacterias fotoheterotróficas anoxigénicas—, pero tampoco recordaba haber tenido una charla tan entusiasta con un amante. Tal vez fuese porque estaban tan cerca del Atlántico, o porque él vivía en África y no volverían a verse. Quizá por todo lo contrario: porque lo vería todo el tiempo.

Hablaron hasta que se hizo de noche y se mantuvieron despiertos el uno al otro.

La verticalidad del respaldo restaba intimidad. Pero la consumación ya había tenido lugar, el cortejo era posterior. Sucedió hablando, no con el silencio del tacto.

Él se sentía frágil. No podía conversar con ella sobre su profesión, y tal vez fuera ese desequilibrio lo que le hizo hablar sobre la serpiente de Midgard, tan gigantesca que los nórdicos creían que daba la vuelta al mundo dentro del océano que habitaba.

—¿Conoces la historia?

—Me suena —respondió ella—. Pero no la sé.

—Lo que mantenía a la serpiente de Midgard en su lugar era el peso del mar, que de tan grande ella no podía apartarlo. La serpiente tenía una hermana y un hermano. Ella, Hel, se convirtió en la Muerte, y Thor le otorgó el poder de enviar a los muertos a nueve mundos distintos. Su mesa estaba hecha de hambre, las paredes de su casa estaban construidas con dolor, y su argamasa era el horror. El hermano de la serpiente era Fenrir, el lobo, que estaba amarrado por unas cadenas hechas de la fuerza con que se cierran las agallas de los peces, la pisada de un lince, las raíces de las rocas bajo los glaciares, el humor de los osos y las gotas de rocío de las garras de un águila cuando se abalanza sobre un cordero.

»De los tres hermanos, la serpiente de Midgard fue la que aguantó con vida más tiempo, en su morada del mar. —James sonrió—. Del océano, quería decir.

—¿Quién era el padre?

—Loki, el dios de la travesura. Ni que decir tiene que él también tuvo un final infeliz: Odín hizo que lo encadenasen a una roca y le escupiesen veneno a la cara.

—Y se retorció tanto que provocó maremotos.

Danny se levantó y se estiró.

—Los griegos —dijo mientras se tocaba la punta de los pies— creían en Okeanos, el océano que hay alrededor del ecuador. Aparecía en el escudo de Aquiles y mantenía el mundo conocido a flote.

Le contó la historia, y hablaron sobre la Atlántida. Ella no mencionó Sumeria ni a Enki; Abzu era para ella algo tan privado como los números.

Lo que hizo fue trazar una espiral alrededor del eje del tiempo oceánico. Le mostró un ejemplo de reloj del Atlántico.

—Es un pez que tarda cuarenta años en madurar y vive hasta los cien en su hábitat de los montes submarinos; pero, en tan sólo una generación, la pesca los ha dejado al borde de la extinción.

»Digamos que el Atlántico tiene ciento sesenta millones de años —continuó—, porque podría ser aún más antiguo. Nosotros aparecimos hace menos de un millón de años; es decir, que entramos ayer mismo. Eso no nos da muchos

derechos. No obstante, ahora mismo, en algún lugar del Atlántico, algún hombre, y lo siento, pero siempre es un hombre, está destrozando un monte mucho más antiguo que cualquier bosque de la superficie, porque no lo ve y se niega a reconocer su valor.

Su propia vehemencia la sorprendió. Hizo una pausa breve y retomó el discurso.

—A lo largo de nuestras vidas, han desaparecido decenas de miles de montes submarinos, y cualquier monte es susceptible de ser derribado en el instante en que es descubierto. Las cadenas de los arrastreros reducen corales de agua fría a polvo y también esponjas que existen desde antes que la lengua inglesa y contienen los antibióticos y los elementos químicos más potentes que podrían utilizarse en la lucha contra el cáncer. Si esto sucediese en un mundo de ciencia ficción, nos daríamos cuenta de lo que es. Pero ocurre aquí y ahora, y por eso no lo vemos. Hay alguien ganando mucho dinero con esto, por eso corremos un velo que lo tapa todo. Los científicos tienen parte de la culpa; siempre alzamos las manos cuando la destrucción ya ha tenido lugar. Hay científicos que se convierten en colaboradores industriales y ofrecen investigación hecha a medida a una u otra compañía, pero yo tengo la suerte de estar trabajando a profundidades que no están al alcance de la industria. Quieren los nódulos polimetálicos, el oro y el combustible que hay en el fondo, pero de momento obtenerlos sería demasiado caro. Aún queda algo de tiempo sin que lo trastoquen todo.

Mientras decía eso, pensaba ni más ni menos que en el abismo, en su alcance, su duración y sus secretos: especies de mixino más antiguas que el Atlántico que vivían de los seres que se hundían hasta el fondo y se hacían un nudo para conseguir aferrar la boca a los restos podridos y blanquecinos de los muertos.

Ya había oscurecido, y permanecieron sentados junto al escritorio, en silencio. Había empezado a nevar; una vez más la noche invernal, una vez más la luz del cartel luminoso de la puerta vertida al exterior.

Esos pocos datos y reflexiones, que ni siquiera se habían acercado a la cuestión de las biomatemáticas, planteaban una cuestión común que estaban demasiado cansados para identificar: ¿es Loki —dios embaucador que debe vivir encadenado— el hombre?

Ambos entendían el tiempo y el espacio de maneras distintas. Él trabajaba en la

superficie, en el exterior del mundo. Para él, todo fluctuaba. Ordenaba a agentes que se infiltrasen en las mezquitas de Somalia y de la costa del Zanguebar. Se ocupaba de los callejones, de las creencias, de dispositivos incendiarios; de los meses, las semanas, los días; de las horas indelebles. Para ella, una era duraba un segundo. Le interesaba la base de la columna de agua salada y corrosiva, y a través de las matemáticas delimitaba otros mundos vivientes de dimensiones continentales que llevaban cientos de millones de años existiendo en la oscuridad.



—Abre los ojos. Ábrelos.

Obedeció. Era por la mañana. La habitación cuyas paredes estaban ennegrecidas por el humo estaba vacía, a excepción de un muyahidín —de Chechenia, a juzgar por su aspecto— que estaba de cuclillas junto a la puerta, desmontando una ametralladora Zastava y metiendo las piezas en un zurrón. El color que entraba por las ventanas y por la puerta era azul. Yusuf vestía como un comerciante del mercado de Bakaara de Mogadiscio: vaqueros, sandalias, camiseta de manga corta y las gafas de sol metidas en el bolsillo de la pechera. Lo único que delataba su causa y su lucha era la cicatriz de una herida en el cuello.

—Estás vivo. Bien. Bebe esto —le mandó Yusuf, y le ofreció un vaso de agua.

Él bebió.

El checheno fue hasta ellos con el zurrón de la ametralladora y, siguiendo las órdenes de Yusuf, le acercó la lámpara de aceite al rostro, tanto que James sintió el calor del cristal. Yusuf se colocó detrás de la lámpara. Se había afeitado la barba durante la noche y se le veía la cara enorme y surcada de cicatrices.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó Yusuf en árabe y chapurreando el poco inglés que había aprendido en Peshawar.

—Ya se lo he dicho a tus hombres —contestó James en árabe—. Soy ingeniero hidráulico. —Le pareció que su voz sonaba tenue y alejada—. Quería... Quiero diseñar un sistema de aguas para Kismayo. Me invitaron a venir.

—¿No estás aquí para nada más?

—No.

—Aquí estamos en guerra.

—Lo sé. Pero vuestra gente necesita agua.

«Vuestra gente.» ¿A quién tenía Yusuf?

Desde fuera les llegó el sonido de una risa; era algo que rara vez se oía, pero allí dentro no alteraba nada. Entre ellos no había igualdad. Yusuf era somalí, jamás se aburría del negro y el blanco: él siempre era superior.

El ambiente era sofocante. Los dientes de aquel hombre eran amarillentos, como los de un roedor. Igual que sus ojos, por culpa de un problema de hígado. Ojos grandes: era uno de esos forajidos que sacaban el arma y apuntaban al desafortunado sin pestañear siquiera.

James se dio cuenta de que era una Ceska, una pistola bonita y fácil de manejar. Debía de haber sido el arma de un oficial del ejército somalí, de cuando el país era un Estado cliente de la Unión Soviética. La empuñadura estaba decorada con flores de esmalte, algo que a buen seguro le habían añadido en Afganistán.

—¿Tu trabajo te importa?

—Sí, mucho —respondió, y a modo de oración se dijo: «Que el agua sea mi tapadera, que el agua me tape».

Yusuf le tocó el tatuaje del brazo con el cañón de la pistola. Un paracaídas, la insignia del regimiento.

—¿Qué es esto? —quiso saber.

—Un error. Me lo hice cuando era joven.

—El error ha sido venir aquí.

Le apretó el cañón en la cara, y James sintió la «O» en la mejilla, contra los dientes.

—Por favor, no lo hagas. Me necesitan. Por favor. Por favor.

Lloró. No tenía pudor. De pie en el mar, en el momento en que pensó que sería el de su muerte, no había dicho nada. En cambio, ahora se veía capaz de decir cualquier cosa con tal de sobrevivir, o quizá no creyese que Yusuf fuese a apretar el gatillo. El cielo no se le echaba encima, él no daba vueltas; no, la pistola servía de apéndice exploratorio, era otra manera de conocerlo mejor.

—¿Tienes hijos?

—No, no tengo.

—¿Esposa?

—No estoy casado. Mis empleados dependen de mí y también...

—Te llamaremos *señor Agua* —dijo Yusuf con decisión.

—Me llamo James. Necesito telefonar a mi familia. Necesito que sepan que estoy vivo. Podemos hacer un trato: valgo mucho más vivo que muerto. Valgo dinero.

Yusuf agarró la Ceska por la empuñadura floreada como si se preparase para pegarle con ella.

—Cuando queramos saber cosas del agua, tú nos lo dirás. Mis hombres

querían ejecutarte, pero yo dije que no. El islam es benévolo con los compasivos, y tu trabajo es misericordioso. ¿De qué nación eres?

—Soy británico.

—Correcto. Eres británico y por eso no vales nada. No hay dinero. Los españoles pagan, los alemanes pagan. Los británicos nunca pagan.

Yusuf se arrancó con una perorata en somalí. Al cabo de un rato, hizo una acotación en árabe.

—Qué maravilloso sería si, para celebrar el Eid, en lugar de sacrificar animales en nombre de Alá, pudiéramos sacrificar infieles.

James tembló sin querer. Estaba en un cuento de hadas terrorífico. Colorín colorado, este inglés está acabado. No hubo boda ni banquete, sólo su cabeza sobre un tapete. Ficciones, y ninguna optimista. Yusuf estaba convencido de que Alá había colgado del cielo una cortina invisible que separaba a los creyentes de los infieles. Lo que buscaba era una cuarentena, no a Leviatán.

—¿Bebes alcohol, señor Agua?

—Sí.

—El alcohol te aleja del Creador.

—No me cabe duda —contestó él.

Estaba podrido por dentro, eso era evidente. Tenía los riñones infectados, meaba verde como el mar y el sol salía y empezaba a iluminar la entrada, el sepulcro del patio, pero él quería un vaso de whisky, Macallan, Bell's, Paddy: lo que fuese. Hielo, que dejasen la botella abierta a su lado, en el suelo.

—Para mí es importante tratarte con generosidad. Es el deseo de Alá —le explicó Yusuf.

—Gracias —respondió, y bajó la mirada.

Yusuf exigía sumisión, y James se la ofrecía, cuando la única verdad de aquel intercambio era que el somalí había ordenado que hiciesen de él un rehén, que lo abandonasen sobre sus propios desechos y lo apalicasen allí mismo. Había perdido un diente y otros dos le bailaban; además, tenía la nariz rota y varias costillas fracturadas. Le habían hecho un tajo en la mano y otro en el hombro con una navaja, y en una de las refriegas un muyahidín lo había agarrado de la polla y de los huevos y había tirado con tanta fuerza que le había desgarrado un músculo.

Era verdad. No valía nada. Yusuf ya tenía su pasaporte, su móvil, su tableta y su reloj. El gobierno de su majestad no pagaría un rescate por su liberación. En su caso, ni siquiera admitirían que el secuestro se había producido, a menos que se filtrase información precisa que los dejase sin más opción que hacerlo.

Somalia estaba seca. Las lluvias no llegaban. La gente se moría de sed, y él sabía mejor que cualquier ingeniero que sólo la promesa de agua lo mantenía con vida. Se alegraba de sobrevivir siendo el señor Agua.

—Vas a ir a ver al médico —le dijo Yusuf en voz baja—. Él se ocupará de ti. Comerás y beberás. ¿Entiendes?

James apartó la mirada.

—Sí.

—Las manos —ordenó Yusuf.

Se las ofreció.

—Toma esto.

Yusuf le entregó una botella pequeña de perfume en cuya etiqueta aparecía una rosa.

—Ábrela.

Era empalagoso; la sustancia, pegajosa, como el desodorante que se dosifica con una bola de plástico.

—Gracias.

No se dijo nada más. Sólo se oía el tictac del reloj de encima de la puerta y el sonido de las olas y del viento silbando a través de las grietas de las paredes gruesas, el murmullo del muyahidín. Era checheno. Yusuf se levantó y se colgó el zurrón de la ametralladora del hombro. James se incorporó y miró al comandante de rostro afeitado bajar los escalones encalados hasta la playa y, al parecer, hasta el mar.

El checheno lo levantó del suelo.

Un rayo de luz les iluminaba parte del cuerpo. Vio que el checheno tenía un polvo de incienso en las yemas de los dedos cuya calidad habría sido digna de Jesús en el pesebre.



Los Salmos dicen que el Señor encierra en un odre las aguas marinas y mete el océano en un depósito,[\[4\]](#) como una cámara del tesoro.

¿Qué diantre hay allí abajo? El noventa y uno por ciento del espacio habitable del planeta, el noventa por ciento de los seres vivos. Por cada pulga hay nueve pulgas marinas. Ni perros ni gatos, sino muchas otras creaciones con ojos y pensamientos que se mueven en tres dimensiones. Debe ser explorado. Pero ¿con qué?

En el mundo sólo hay cinco sumergibles capaces de bajar a una profundidad superior a los tres mil metros. Estos submarinos diminutos pueden dar media vuelta sobre una moneda y, sin embargo, les cuesta frenar en la

columna de agua. Entre ellos están los sumergibles gemelos *Mir*, de la Academia de Ciencias de San Petersburgo; el *Shinkai* de Japón, que zarpa desde Yokosuka; el estadounidense *Alvin*, operado por la Institución Oceanográfica de Woods Hole y el *Nautilo* francés, que recibe su nombre del *Nautilus* de Julio Verne y cuya operación conjunta llevan entre la marina francesa y el Ifremer, el Instituto Francés para la Explotación del Mar, la organización nacional de investigación marina. Su rango de profundidad alcanza los seis mil quinientos metros, o seiscientos ochenta atmósferas, lo que significa que el noventa y seis por ciento del océano queda al alcance del hombre (incluyendo gran parte de la zona hadal). No obstante, ninguno de ellos es capaz de igualar la proeza del batiscafo *Trieste*, que en 1960 tocó el fondo del abismo de Challenger, en la fosa de las Marianas: once mil treinta y cuatro metros, el verdadero fondo del mundo conocido.

Un acuanauta es una persona que explora el océano del mismo modo que un astronauta explora el espacio. A los primeros los colgaban de un cable dentro de una esfera de acero y los bajaban hasta una profundidad que en aquel entonces sólo habían sondeado los que morían en el mar. Dentro de la esfera había bandejas de cal sodada que absorbían el dióxido de carbono de la respiración de los acuanautas. «Me sentía como un átomo flotando en un espacio ilimitable», dijo uno.

En 1954, dos oficiales de la marina francesa descendieron al abismo por primera vez: cuatro mil veintitrés metros frente a la costa de Senegal, en el batiscafo FNRS-3. Esta inmersión desapercibida señala el inicio de los viajes al océano, menos celebrados que los viajes al espacio, pero no menos heroicos.

Porque, en muchos aspectos, el océano es más hostil que el espacio. El vuelo espacial es una travesía hacia el exterior; ves hacia dónde vas y por eso la tripulación de las naves espaciales viaja en sillones giratorios, delante de una ventana o de una pantalla. La característica del espacio es la ingravidez, velocidades que jamás se habían alcanzado y que apenas se perciben. La fuerza de un aerosol bastaría para propulsar una nave, un toque con un lápiz puede fijar el curso. Y, mientras tanto, el aire del interior hace presión contra el vacío de fuera. Por el contrario, en el océano el viaje es hacia el interior, hacia la ceguera. El peso es primordial, la embarcación se detiene en las corrientes térmicas, el agua presiona contra la nave y descubres con desconcierto que la mayor parte de lo que tú consideras tu planeta te es hostil. Jamás se dará un instante como el de Neil Armstrong en el océano. Ninguna luz señala el camino, no hay panorama ni horizonte; incluso estando revestido de un traje de metal, el cuerpo humano es

demasiado licuescente como para plantear la posibilidad de salir al fondo marino de las profundidades.



Lo dejaron solo en el patio para que se lavase. Tenía las emociones a flor de piel, como un animal al que, después de verse arrinconado, dejan tranquilo de forma inexplicable. Las mejillas surcadas de lágrimas.

Aparecieron otros soldados. Le dieron una camisa y un kikoy limpios, y un par de sandalias. Lo obligaron a envolverse la cara con un pañuelo para la cabeza y a taparse los brazos con las mangas, y juntos recorrieron calles vacías y arenosas, y cruzaron una plaza desierta de Kismayo. Miró por encima del hombro y, al ver el océano Índico, aquella vastedad, algo en su interior se recompuso, se enderezó; de nuevo formaba parte del mundo en lugar de ser una conciencia separada de él, y Kismayo era una ciudad pauperizada, no una pieza más de aquella locura que había volado demasiado cerca del sol. Estaba al aire libre, bajo el cielo, exultante. Caminaba con los pies enfundados en unas sandalias. Ya no estaba rememorando sus propios recuerdos, sino creando otros nuevos. Los soldados lo flanqueaban con las armas colgando del hombro. Querían dar la impresión de que era un muyahidín de piel blanca, libre de ir y venir a su antojo.

Pasaron junto a otra mezquita iluminada con luces de neón de color blanco y rojo, como si fuera una heladería. Al lado había una clínica de un médico iraquí que por las mañanas atendía a enfermos y por las tardes planeaba la yihad. En el balcón del primer piso había varios muyahidines comiendo fruta apoyados en la barandilla. En la puerta de la consulta se veía una pegatina que indicaba que estaba prohibido entrar con armas. Un círculo rojo con una ametralladora tachada. Era de otra época, de cuando en Kismayo aún quedaban organismos de ayuda. No significaba nada. En el balcón había muchas, además de la ametralladora antiaérea DShK que estaba cubierta de sacos de arena.

Lo hicieron entrar de un empujón. Aquél era un lugar estéril, según el estándar somalí. Los suelos y las superficies estaban limpios. Había cubos de agua. Las ventanas y la puerta de cristal estaban pintadas desde dentro con pintura blanca. Había una vitrina de medicamentos y, de detrás de un biombo, apareció una mujer con hiyab. Una enfermera. Lo tumbó en la camilla. Ella le abrió la camisa y le tocó el pecho. La cabeza le daba vueltas. Cogió las pastillas contra la malaria y los antiinflamatorios que ella le puso en la palma de la mano. El roce de las yemas de los dedos le resultó ilícito.

La enfermera esperó junto a la puerta. Unos minutos después, entró un

doctor y la apartó.

—Eso tengo que hacerlo yo —le advirtió con brusquedad en inglés, y se dirigió a James—: Necesitamos muestras de sangre y orina.

Doctor Abdul Aziz. No era Abdul Aziz al-Masri, el experto en armas químicas que servía en el consejo consultivo de Al Qaeda. Era el hombre conocido en los informes de inteligencia como el iraquí con metal en los brazos, que había volado en un Túpolev fletado por los sudaneses en 1996 para transportar al entonces impecune Osama bin Laden desde Jartum a Kabul. Era el doctor que la inteligencia pakistaní había arrestado en 1999; le ataron las muñecas al volante de un camión, cerraron la puerta de un golpe y le astillaron los antebrazos. Era el mismo que, tras escapar de Pakistán, se sometió a una serie de operaciones para recuperar la sensibilidad en las manos, trabajó de pediatra en un policlínico de Riad, aprendió de nuevo a sostener a un bebé y a escribir recetas. Era el hombre que al final se cansó de la vida en esa ciudad y se trasladó a Somalia para dispensar cuidados médicos a los pobres. Él se fue y la yihad lo siguió, o a la inversa.

Lo cierto era que, cuando Aziz le posó las manos —frescas, cuidadosas— sobre las costillas para determinar las fracturas, en los antebrazos se adivinaban las cicatrices de los agujeros por donde le habían metido los clavos, como los agujeros de un archivador de anillas.



Al ver a Danny trabajando a la mañana siguiente, le dio un beso tierno en la mejilla y regresó a su habitación.

Se tumbó en la cama a leer la prensa y después descargó uno de los programas de Jacques Cousteau a la tableta. Aunque ella no le había explicado qué cálculos requería su trabajo, se daba cuenta de que lo de Cousteau era perder el tiempo en los bajíos.

Si ella hubiese intentado resumirle su último trabajo de investigación, podría haber usado como ejemplo la complejidad de las matemáticas necesarias para trabajar con el micromilímetro de la superficie del agua que se mueve entre el mar y el cielo y es, al mismo tiempo, ambos y otra cosa del todo distinta.



Algunos de los agujeros de taladradora que Aziz tenía en los brazos estaban cubiertos de pelo negro, pero a otros los bañaba la luz cálida de las ventanas encaladas. Sin embargo, no se puede reducir a un hombre a un único detalle

físico —cicatriz, cojera, bizquera—, excepto en un informe policial. Los pantalones y el cinturón de piel de cocodrilo que los mantenía en su sitio causaban mayor impresión. Indicaban cierta elegancia.

En las manos no tenía imperfecciones. James pudo mirárselas cuando le tocó la nariz rota. Dedos de pianista: largos, finos, como de alienígena, con la manicura bien hecha. Que se distinguiese a los islamistas por la longitud de los dedos era peculiar, del mismo modo que lo era que se identificase a los maníacos de la Alemania nazi por el bigote y que se pudiera separar al Kremlin de los funcionarios menores por el grosor del cuello.

Un clic y le había enderezado la nariz con el pulgar y el índice. Aziz dio un paso atrás.

—Así ya está bien.

—Para un infiel —repuso James.

Aziz meneó el dedo, pero le mostró un rostro amigable, en absoluto cetrino ni vulpino.

El doctor le indicó las lesiones usando un póster del cuerpo humano que colgaba de la pared con los nombres de los huesos escritos en inglés y en somalí. No había máquina de rayos X.

—¿Qué me dices de la sangre en la orina?

—No es nada serio. Bebe mucho, señor Agua.

—Me llamo James More.

Aziz soltó una carcajada breve de desprecio.

—¿More? ¿«Moro»? Menudo apellido.

—Tiene su historia. Y la entrepierna, ¿qué?

—Ya se te curará. Te llamaré señor Agua.

—Tengo que salir de aquí. ¿Puedes ayudarme?

—No —respondió el doctor, y sonrió.

La enfermera entró en la consulta como flotando en una nube y, siguiendo las instrucciones de Aziz, le cosió los cortes. El velo rozaba el rostro de James. Tenía el aliento perfumado. Toda ella estaba perfumada. Esa vez, llevaba guantes de látex. Aziz examinó la sutura, asintió con aprobación, y la enfermera salió por la puerta de la pegatina antiarmas.

—Mi esposa somalí —dijo Aziz—. No es apropiado que se acerque a ti, pero se trata de medicina. Hacemos lo que haga falta. Ven a sentarte conmigo.

Aziz lo ayudó a salir al balcón, que estaba vacío. Se oían las oraciones de la mezquita heladería y el rumor de un generador de diésel pequeño.

—Me han dado una caja con tus pertenencias. Habrá que venderlas para

pagar los cuidados que necesitas —explicó el médico—. ¿Estás de acuerdo?

—Quiero regresar a Nairobi.

—Si Alá lo quiere. Abre la boca, se me ha olvidado mirarte los dientes.

Aziz le dio algo que parecía un mondadientes. Con un poco de ayuda, James se sacó la gravilla y las esquiras de diente de las encías y escupió la sangre y los pedazos a un cuenco de metal.

Pasó los días siguientes en un camastro de la clínica. De vez en cuando veía la silueta de la esposa de Aziz al otro lado de la puerta, de pie, sin más. Rascó la pintura blanca de las ventanas y, aparcados en la calle, vio carros de combate y un vigilante sentado a la sombra de un árbol de mango con un kaláshnikov con incrustaciones relucientes de berilo.

Una tarde, Aziz le llevó un plato de pan con trozos de carne de cabra, y compartieron la comida.

—Siento lo que te ha ocurrido, señor Agua —se disculpó el doctor—. Hay demasiados muyahidines sin educación. Deberían prohibir aceptar a muchachos que no saben leer. Tienen que poder estudiar el Corán ellos mismos para tomar una decisión sobre su sacrificio. También deberían prohibir que se inyecte a los suicidas drogas que limiten la capacidad de pensamiento.

—¿Hacen eso?

—Lo vi una vez en Mogadiscio, y me dio mucha vergüenza. He oído que en Pakistán también lo hacen. Pero Pakistán... no es buen ejemplo de nada.

—¿Por qué me cuentas esto?

—Pronto no estarás aquí, por un motivo u otro.

—¿A qué te refieres?

Aziz le apretó la mano.

—No van a matarte. Yusuf lo ha prometido.

Eran las palabras más amables que alguien había pronunciado durante su cautiverio.

—Gracias.

—Aquí no hay nadie educado con quien hablar. Además —añadió Aziz, y bajó la voz a un murmullo—, los somalíes no son de fiar. Les das dinero para comprar medicinas para la clínica y se lo envían a sus familias. Les das crédito para el teléfono y lo gastan en llamar a sus parientes. Los extranjeros no entendemos el apego que se tienen los somalíes entre ellos: la verdadera religión de Somalia es Somalia. Te digo que su punto débil son todos los aspectos prácticos de la yihad. Entre los chicos que duermen aquí, había uno que habría dado la vida por la yihad sin dudar, pero el otro día lo visitó su tío y, fuera lo

que fuese lo que le dijo, al chaval le pareció peor que la muerte y que el infierno, porque no tardó ni un minuto en dejar el arma y marcharse sin decirle ni palabra a nadie.

James asintió. Somalia era irregular. Apenas recibía visitantes extranjeros y, sin embargo, había somalíes por todo el mundo. Un barrio tenía internet y en el siguiente la gente se moría de sed. Podías recibir dinero por transferencia, pero no mantener a tu hijo con vida.

Otra tarde, Aziz preguntó por el agua.

—¿Qué propones que hagamos con los pozos de Kismayo?

—Eso era lo que había venido a averiguar.

—El agua es demasiado cara para los pobres.

En Nairobi ya se había preparado para un momento como aquél, y también en la oscuridad, antes de convertirse en el señor Agua.

—¿Quién tiene el control de los recursos? ¿El gobierno local?

—¿A qué te refieres?

—Hay que ahuyentar a los especuladores del agua como sea. Cuando los pozos ya estén bajo el control de la administración, hay que señalarlos en un mapa e incluir los datos en el registro público.

Aziz sacó un cuaderno y un bolígrafo y tomó notas en árabe. Le resultaba difícil, sujetaba el boli como si fuese un cucharón.

—Hay que conocer la profundidad de cada pozo y la calidad del agua. Cuanto más cerca esté del mar, más posibilidades hay de que sea salobre. Y en las barriadas podrían estar contaminados por aguas residuales. Hace falta averiguar cuánta gente lo usa, para incorporar toda esa información al mapa. Entonces se puede empezar a pensar en cuál es el precio justo para cada pozo.

—¿Y si la gente sigue sin poder pagar?

—Entonces hay que dársela gratis. Con un sistema de racionamiento. A cambio de agua limpia, las familias construyen alcantarillas y tanques de agua de lluvia. Las autoridades locales tendrán que hacer un seguimiento del suministro y educar a las mujeres en materia de conservación del agua. Al final, tendrán que hacer perforaciones, garantizar el agua de los manantiales y construir una planta de tratamiento de aguas residuales. Yo puedo ayudar con todo eso.

—Ya estás haciéndolo —dijo el médico, y le cogió la mano.

Aziz tenía tres esposas. La primera, iraquí, había fallecido. La segunda era doctora en Riad. La tercera era somalí. La iraquí pertenecía a una secta musulmana que conservaba elementos paganos del culto a las estrellas; tenía quince años cuando se casaron, dieciocho cuando murió dando a luz. No cabía

duda de que los cuidados prenatales y posparto que Aziz dispensaba en el barrio pobre de Bari, que se había extendido hasta una de las playas y se había triplicado desde que los islamistas se habían hecho con el control de Kismayo, eran una labor sincera.

—En un sitio como éste —explicó—, lo único gratis es el aire. La vida de aquí no puede compararse con la de Riad. Aquí no pasa un día sin que uno de los bebés de la clínica muera de alguna enfermedad que tiene cura, pero la gente no tiene trabajo, no tiene suficiente comida. No hay escuelas, y eso es algo que queremos corregir. En una sola choza a veces viven hasta tres familias —continuó—, y el pánico al fuego es real, sobre todo los días que hace calor. Si salta una chispa al aire, se enciende el tejado de palma, el papel. La gente se quema viva. Y cuando llueve es aún peor. El barro se mezcla con los desechos de las letrinas. Estoy convencido —afirmó, y fue subiendo el volumen— de que, con tanta gente apiñada en esas condiciones, en Somalia se generará una plaga tan grande que se extenderá por todo el mundo.

—¿Cólera?

—No, algo nuevo.

—Podríaís convertirlo en un arma.

Aziz se acercó y le dio una bofetada. Sólo una.

—Soy médico —le advirtió con expresión furiosa.

—Pero te juntas con asesinos.

Era cierto. Aziz poseía conocimientos médicos y servía a los demás, pero también tenía debilidad por sermones que no acababa de oír, por las banderas de batalla, por el fulgor lejano de las cimitarras. Lo que hacía era por la yihad, no una acción humanitaria. Añoraba a su familia, los amaba y no le resultaba fácil vivir con el secreto de ser un muyahidín. Le agriaba el carácter. Montaba en cólera y su división interna intensificaba el odio. Muchas de sus frases empezaban con: «No puedo permitir que esos cerdos...».

Estaban en silencio, y Aziz dijo:

—Aquí ya hay cólera.

—Deberías dar parte.

—¿Aquí? ¿A quién?

—A las Naciones Unidas.

—Eso jamás.

—Necesitas ayuda.

Aziz entornó los ojos.

—Las cruzadas no han terminado.

—¿Qué? —preguntó James, aunque ya sabía qué le contestaría.

—Las Naciones Unidas son una tapadera para las cruzadas. Las Naciones

Unidas son los Caballeros de la Orden Teutónica.

—¿Unicef también?

—¡Sobre todo ellos!

James miró los agujeros que el doctor tenía en los brazos, la hebilla del cinturón.

—¡Menuda organización! Habla maravillas de sí misma, pero apenas hace nada por los niños. ¿Quieres saber qué opino?

—Sí.

—Yo creo que las cruzadas están lideradas por los judíos.

Si esas palabras hubiesen estado sobre el papel, habrían parecido un auténtico disparate y, sin embargo, Aziz las había pronunciado con verdadero sentimiento. Se regía por el concepto de que la yihad era una cura y que la lucha era como extirpar un tumor en circunstancias inadecuadas.

—Lo que hace falta —continuó con más calma— es expulsar a los cruzados y a sus esclavos de la tierra musulmana de Somalia, para que el pueblo pueda vivir en un Estado islámico verdadero.

James estaba exhausto, pero debía responder. Habló con cuidado, y las palabras fueron saliéndole como piedras y guijarros.

—¿Qué es más importante, ayudar a las mujeres y a los niños que acuden a la clínica o seguir la yihad?

—Yo lo veo como un tratamiento único: la medicina es misericordia; la yihad, un deber.

—¿Y yo? ¿Yo soy un cruzado? Yo vine a traer agua.

—Tú también formas parte de la cruzada —contestó Aziz sin dudar—.  
Alá te exigirá lo debido.

—Has dicho que no van a matarme.

—La, la, la... ¿Cómo voy a conocer yo la voluntad de Alá? Puede que mueras. Puede que te conviertas en uno de los bendecidos.



Durante las guerras púnicas, los ligures se dividieron entre Roma y Cartago, y hoy en día la fractura persiste. Están las calles sofocantes y llenas de basura de Spesa, en la costa de Liguria, las cabezas de pescado pudriéndose al sol en los muelles. Pero también la lluvia y el aire tonificante de los Alpes que la rodean, con los viñedos, los olivares, las higueras, los albaricoqueros y los nogales que crecen en las cotas más bajas, la producción quesera y la caza de las más altas, y los patos que quedan atrapados en las redes de las lagunas heladas durante la época de migración.

La cabaña estaba en la cima de una montaña con vistas al mar de Liguria. Tenía el techo de pizarra y muros de piedras, troncos y musgo de las laderas vecinas. Las ventanas eran cuadradas, cada una de cuatro paneles de cristal. Cuando ella estaba allí, en las macetas siempre había flores. El apartamento de South Kensington era de los que Peter Pan podría haber visitado; en cambio, el conjunto de la cabaña —los motivos animales y los rostros tallados en las puertas y en la chimenea, la luz que entraba al bies, el aire, los jirones de nube y de mar que aparecían entre la niebla y la aguanieve, entre los árboles— pertenecía a una escena en la que una marioneta de madera podría haber despertado una mañana de su infancia más resinosa.

La montaña tenía dos caras como las de Jano: una de las laderas estaba soleada y cubierta de pino carrasco y marítimo; la otra era oscura. La nieve permanecía durante meses. Había praderas alpinas, robles, castaños, y ciénagas en las que los ciervos se hundían hasta el hocico. En esa vertiente lloviznaba más a menudo. La granja donde compraba las provisiones quedaba oculta, y sólo las volutas de humo que salían de la chimenea la delataban. Cuando subía con el poni de carga, a menudo la bañaba la luz justo en el momento en que pasaban del lado de tierra al lado que daba al mar. Esos días, se quitaba la chaqueta de cazador y continuaba por el camino de piedras, sudando bajo el sol y el peso de la carga que le impedía avanzar deprisa. Iban espantando a las perdices rojas de la maleza, el polvo temblaba en el aire y sus pisadas resonaban sobre las rocas expuestas más antiguas de la tierra. Ése no era el motivo por el que había comprado la cabaña, pero se había convertido en una atracción: su terreno jamás había estado sumergido en el mar de Liguria ni en ningún otro. Si fuese inmortal, podría sentarse en la montaña a la luz de la luna, bajo las estrellas —su esfera de nieve— y no mojarse los pies en un millón de años.



Se metió en el río y, durante unos cuantos pasos, estuvo sumergido en el agua.

Acostumbraba a ir al Saracen's Head de Church Street con su hermana y sus amigos, pero no se había fijado en el cuadro que había en el pub hasta que entró en el servicio secreto de inteligencia. Lo habían educado para pensar en el desierto como un páramo desolado, una ausencia. La oración cristiana que le hacían recitar de pequeño antes de irse a dormir, el olor del jabón, las toallas, los pomos de latón, el peso del hogar con la lluvia arreciando sobre las ventanas de la casa desde el mar del Norte, todo eso le hacía pensar que la leche y la miel del cielo estaban más allá del desierto.

La infancia de Aziz era la suya, pero del revés. Su familia era propietaria de un oasis a los pies de un precipicio cercano a la frontera con Siria. En la estación caliente, se trasladaban allí desde Bagdad en un convoy de coches relucientes. La pared de piedra tapaba el sol; el lugar era húmedo y allí todo amanecía cubierto de rocío. Había agua abundante, los trabajadores cultivaban hortalizas en un campo. Unos grifos de metal abastecían los abrevaderos de hormigón donde los camellos bebían hasta saciarse. Los caballos bebían aparte. Plantaban las tiendas donde no hacía viento, alejadas de los animales. Cuando Aziz era pequeño y de noche hacía frío, de vez en cuando lo hacían dormir al raso, cubierto de arena para conservar el calor.

Era un árabe que había crecido en un mundo binario de cero-uno-cero-uno-uno, desierto-ciudad-desierto-ciudad-ciudad. En Bagdad, se bebía la lata de Coca-Cola antes de llegar a la caja; veía westerns, su mejor amigo tenía videojuegos, un compañero del equipo de fútbol hablaba de encuentros sexuales con una sirvienta. Había dictadura, guerra con Irán, los gases de los coches en las autovías de la ciudad, la curva del paso elevado que la cruzaba. En el desierto no había más que caballos y, en la tienda, continuaba sus estudios de medicina y, cada pocos minutos, barría con la mano la arena de las páginas de los libros de texto. Allí no se fabricaba nada más que cuero. En el desierto, todos los seres vivientes le parecían valiosos, porque eran de una cantidad concreta y su existencia le hacía sentir que él era un ser creado. Aquél no era un lugar. Se extendía desde Iraq, atravesaba Arabia Saudí y llegaba hasta Omán. Lo cruzó con sus caballos; un mar en el centro del mundo con arenas insondables que se movían y ondulaban. Aziz tenía eso en común con James: si no hubiese sido por su sentido del deber, habría regresado con sus caballos.

En el desierto, las oraciones eran distintas; de una frialdad mayor e inexpresable, para adaptarse al calor. Esas noches en las que las constelaciones brillaban tan numerosas y recónditas que tan sólo Alá podía albergarlas, Aziz comprendía la grandeza del Corán, y en comparación con la suya y con las estrellas, el resto de las ideologías parecían insignificantes.



Los colegas de Danny eran ateos o agnósticos, a excepción de la anglicana a quien, una tarde en Fulham Road, un coche se llevó por delante. Quedó en coma y su familia pidió que le leyesen oraciones mientras estaba en cama. Danny era reacia, pero no era el momento de adherirse a sus principios. Acudió al hospital y le dieron el cántico «*Benedicite Omni Opera*»[\[5\]](#) para que lo leyera. Las

palabras la inquietaban. Antes de cualquier mención a la tierra o el sol, había un verso que no podía sino estar sacado del sumerio:

Aguas del espacio, bendecid al Señor,  
ensalzadlo con himnos por los siglos.<sup>[6]</sup>

Su compañera se recuperó, pero Danny continuó aferrándose a las aguas del espacio. Calculaba que, si ese supuesto mar de detrás de las estrellas tuviese tan sólo la profundidad del sistema solar y estuviese sujeto a las mismas normas, la presión en atmósferas de su zona hadal sería tan grande que los peces no tendrían sistema esquelético y se moverían como apariciones.



James acabó sintiéndose a gusto con Aziz. El iraquí lo protegía de los muyahidines más desequilibrados; hablaban de Estados Unidos.

—Tú hablas de logros, pero ¿qué logro supone un centro comercial?

—Esto es de principiantes —protestó—. ¿Por qué os preocupa tanto que la gente compre? Estados Unidos llevó al hombre a la Luna.

—O eso dicen ellos.

—Fijaos más en vosotros mismos: Arabia Saudí está lista para una revolución, pero la gente no hace más que ir de compras. No hay nada más. El país está en un coma social.

—Sus majestades se alimentan así, es cierto —admitió el médico con incomodidad, y cambió de tema.

Aziz no tenía ni idea sobre gobiernos y tampoco había estudiado política, filosofía, historia ni economía. Era como un evangelista cualquiera, convencido de que, mediante la fe y nada más que con la fe, conseguiría que su clínica se convirtiese en un sistema de asistencia sanitaria. Tomás Moro habría desmontado la visión del mundo de Aziz en un momento, y no porque se tratase de la vanidad de un musulmán, sino porque era distópica. El califato carecía tanto de inspiración como de piedad y no se basaba en el derecho común.

James aceptaba que la civilización occidental estaba enferma, que tenía una hinchazón del tamaño de una manzana en la axila. Cualquier persona lúcida se daba cuenta de eso. Y también era cierto que él mismo había sido testigo de ejemplos de simplicidad y compasión en el mundo musulmán, de cómo la comunidad cuidaba de enfermos y ancianos. Pero hasta allí llegaba.

Ambos habían matado. James lo había hecho en el ejército, obedeciendo órdenes. ¿Servía eso para absolverlo? Aziz había matado de acuerdo con sus convicciones personales, llevado por los sentimientos, por una afrenta. Tal vez oyese el mandato de Al Qaeda: «Dar muerte a los enemigos del islam mediante balas, bombas, alcohol, narcóticos, rumores, asesinatos, estrangulaciones, productos químicos y otros venenos». Aziz tenía un conflicto. Parte de él sentía simpatía por James y creía que podía hacerse musulmán. La otra estaba convencida de que en el pecho del inglés había un hueco donde debería haber tenido el corazón, que había nacido incompleto.

Se mentían. Aziz no había ido a Somalia por voluntad propia. En los mensajes que enviaba a Arabia Saudí, se quejaba de la falta de dinero y planificación, y de la dificultad para comunicarse con los líderes de Al Qaeda de Pakistán. Somalia no disfrutaba de las mismas ventajas de Afganistán, que ofrecía refugio a los soldados y suministraba opio al mundo. Algunos de los mensajes iban cargados de nostalgia: «¡Ojalá pudiera recuperar las veladas mágicas de Afganistán! Ese sueño ha pasado y atrás ha dejado frutos amargos, aunque algunos son la fruta del paraíso».



No habrá más batallas en campo abierto en Somalia. Los yihadistas aprendieron esa lección en el año 2006, gracias a su exceso de ambición. Apostados en la frontera con Etiopía, habían declarado la guerra santa al país vecino y eso les había costado la aniquilación. Los etíopes invadieron Somalia en cuestión de días, tomaron Mogadiscio sin disparar un arma y empujaron a los yihadistas hacia el sur, hacia Kismayo. Allí estalló una batalla breve en la que los yihadistas fueron derrotados: cientos de ellos se batieron en retirada hacia los manglares de la frontera con Kenia, lugares impenetrables de bahías tropicales, bajíos y pasos marinos; lugares sépticos, un hervidero de fauna y flora de todas las fragancias y colores. Pasaron unos cuantos días y entonces la aeronave AC-130 de armamento pesado llegó desde Yibuti. Los MiG etíopes ya habían hecho incursiones desde Debre Zeyit y habían hecho saltar por los aires un convoy de camiones yihadistas atrapados en el lodo. Sin embargo, los etíopes no tenían nada a la altura del armamento tartáreo de los americanos. Sin previo aviso y desde una distancia de veinte kilómetros, el cañonero sembró el manglar de obuses del tamaño de una botella de Coca-Cola y así pulverizó, vaporizó y envió al otro barrio a los soldados de la guerra santa. Hizo falta sólo un momento para llenar de proyectiles un blanco de la misma extensión que un campo de fútbol.

Apenas hubo supervivientes. Algunos escaparon hacia el interior siguiendo el lecho de los ríos secos —los uadis—, y otros llegaron hasta Kenia a pie o en dhow.

Como era de esperar, esos mismos soldados regresaron a Somalia y construyeron una organización nueva y más radical, con el complejo de mártires acentuado, y fueron recapturando Somalia pueblo por pueblo. Desacreditan a los comerciantes que se oponen a ellos y les desmantelan el negocio. Gravan las mercaderías y el ganado que va y viene: combustible, arroz, pasta, la hoja narcótica del *qat* que los somalíes mastican para colocarse, y todos los puestos de los mercados, hasta el pescado que tienen sobre los tablones.

La lección de 2006 está bien aprendida. Un yihadista debe saber cómo esconderse en tierra y en las marismas. Somalia es un país salvaje, de otra era. Se puede vivir entre los matorrales con un arma; un hombre puede orar alejado de toda carretera y experimentar una sensación de santidad, endurecerse. Aunque no es un refugio seguro —sus frutos son amargos como lo fueron los de Afganistán—, también promete el paraíso. Por eso Somalia hace las veces de trampilla hacia Arabia Saudí. Allí es donde envían a los jóvenes saudíes para que pasen desapercibidos mientras aprenden a luchar. Son personajes marginales —huyen de sí mismos tanto como de la policía—, hermanos pequeños retraídos y tartamudos con conflictos internos sin resolver, la mayoría de carácter sexual.



Abandonó los ballenatos de Cuvier y dejó Spesa atrás, pero no se deshizo de la casa de las montañas. Acabó el doctorado en Zúrich y permaneció en las alturas morbosas de Suiza durante siete años. Su interés por las profundidades se acrecentó, y también se hizo más poético, alimentado por las visitas al archivo sumerio de la Universidad de Zúrich.

En aquella época, le gustaba subirse a un tren con dirección a los Alpes con la bicicleta. Al llegar a la principal estación de Zúrich, escogía el andén al azar. La afirmación de que en todos los países sin salida al mar el espionaje ocupaba el puesto de la aventura y la policía sustituía a los piratas le resultaba veraz. No obstante, se adentraba en los valles más profundos, aquellos donde, en invierno, a primera hora de la tarde ya no se veía el sol. Montaba en bicicleta por el fondo de los valles, visualizando el día en que estuviesen en el fondo de un nuevo mar. La inclinación de las laderas se correspondía con la dorsal mesoatlántica. El agua caía en cascada desde las paredes de roca. Caía al aire, a través del aire. Ella las prefiguraba como cascadas subacuáticas, agua que se vertía al agua. Imaginaba las pistas de esquí en la pantalla de un sonar, los chalets serían

puntitos de luz; las piscinas municipales climatizadas, fuentes hidrotermales rodeadas de gruesos mantos y alfombras de vida microbiana en lugar de turistas de San Galo.



—Voy a Suiza una vez al año —dijo él, en la cama del hotel Atlantic.

Compartieron recuerdos del aeropuerto de Zúrich. Si hubiese habido un método novedoso de descargar las imágenes de su memoria, éstas se habrían correspondido. Su sensibilidad era parecida y tenían un modo similar de observar y de encuadrar la corriente de personas y el entorno. Ambos habían mirado los bosques y las tierras de pastoreo de vacas desde las ventanas de la terminal; se habían fijado en los arroyos que corrían hasta el lago Zúrich, en el café de calidad inferior servido en *demitasse* de porcelana blanca, en la nieve sobre los Alpes; mientras tanto, a su alrededor había un movimiento constante de humanos y de máquinas, de familias de camino a las puertas de embarque, de la llegada del tren del aeropuerto, del vuelo de aproximación de los aviones suizos, de las cruces blancas sobre fondo rojo. Sin embargo, cada uno almacenaba esas imágenes de manera distinta.

Ella las conservaba como algo familiar, el paisaje que había contemplado siendo estudiante, el sistema en el que había trabajado. Él llegaba a Zúrich desde países más pobres y el efecto lo exaltaba. Por la ventana veía ejemplos de trabajo y eficiencia que contrastaban con las comunidades musulmanas que le habían encargado observar.



Alcanzaron el borde del bosque. Querían llegar hasta el pueblo.

—Lo siento —dijo ella enseguida—. No puedo entrar.

Él ya tenía un pie en el bosque. Dio media vuelta. Ella se tambaleaba.

—¿Estás bien?

Ella miró hacia la espesura. Las ramas y los helechos le producían náuseas.

—Sí —respondió—. No. No estoy bien. Creo que voy a vomitar.

Los árboles rebanaban el día, generaban sombras y tajos de luz, polígonos cuyos ángulos eran irresolubles.

—Vámonos de aquí —dijo él, y la rodeó con el brazo para sacarla a campo abierto, a la luz.

Le hizo bajar la cabeza y respirar hondo. Se recuperó al instante.

—No lo entiendo —se sorprendió ella—, nunca he tenido claustrofobia. Ni

siquiera en el sumergible.

Echaron a caminar en otra dirección.

—Cuando era niño —le contó él mientras caminaban al aire libre—, teníamos caballos que se negaban a saltar. Habían superado setos y zanjas sin problemas, pero de pronto tenían miedo a las alturas.

—¿Estás comparándome con un caballo? —preguntó ella fingiendo contrariedad.

—Lo que digo es que tal vez te asuste la oscuridad.



Kismayo es famosa por sus magos y por la brisa refrescante que sopla por las noches desde el océano Índico. Los grandes viajeros musulmanes pasaron por la ciudad, igual que Zheng He y su flota china. Los portugueses construyeron allí un fuerte que más tarde capturaron los omaníes. Los somalíes expulsaron a los omaníes, y después cedieron a los italianos.

Durante la guerra civil la ciudad quebró, y su deterioro continúa. La población crece deprisa a causa de la gran cantidad de desplazados, pero la mitad de los habitantes tienen menos de dieciocho años. Hay muy pocas escuelas, casi ningún trabajo.

En el puerto ya no hay almacenes. Los atuneros taiwaneses han desaparecido, huyendo de los piratas. Sin embargo, los dhows siguen llegando con diésel, cemento y cajas de munición, y llevándose pescado, plátanos, mangos, fibra de coco y animales. Animales, siempre. Por las noches, la escena asombra. El agua negra lame la orilla mientras las lámparas y las hogueras arden en el muelle. Hay mucho ruido, todo está abarrotado de ganado. Al anochecer, conducen a las bestias al puerto desde las zonas de pastoreo de las afueras de la ciudad y atan a los camellos de tres en tres para izarlos a las naves. La imagen de los pastores susurrándoles versos religiosos al oído para calmarlos antes de que los levanten por los aires es extraordinaria.



Una noche le permitieron ir con ellos a ver cómo daban de comer a los que dormían al raso en el puerto. Lo acompañaron varios hombres y le ordenaron cubrirse la cara. Se sentía más fuerte, veía las cosas con mayor claridad. Le resultaba hermoso avanzar hacia delante, como atravesando paredes. Pasaron junto a edificios en ruinas y otros que estaban sin acabar. Vio una vivienda en construcción y por el exterior supo que era donde lo habían retenido.

Un grupo de niños jugaba al fútbol en un rincón. Cuando pasaron los yihadistas, dejaron caer las manos a los costados y guardaron silencio. Había algunas mujeres con puestos iluminados con velas donde adivinaban el futuro, y otras que dibujaban filigranas de henna en manos y muñecas. También una peluquería llamada La Chinoise, donde sólo tenían una bombilla. Una mujer lo rozó al pasar por una callejuela estrecha, él alcanzó a verle los ojos un instante. Doblaron una esquina, y notó el olor sofocante del mercado de pescado, el trino de las mujeres que vendían los restos de la captura del día. Unas niñas removían en un montón de basura buscando comida. Más allá había un muro donde se sentaban unas mujeres más mayores, sin velo y aún con las máscaras diurnas: rojo de aguacate para evitar los granos, amarillo de madera de sándalo para proteger del sol. En el mundo exterior había infinidad de mujeres. Durante su cautiverio sólo existía la esposa somalí de Aziz, la que le había posado las manos en las fracturas del pecho. En un callejón oscuro le mandaron arrodillarse y mirar hacia otro lado mientras ellos orinaban en una pared de coral. Notó el olor trasnochado de las meadas: el callejón era un urinario. Se levantó una nube de mosquitos.

Caminaron junto al mar. Los murciélagos de la fruta se dejaban caer desde las palmeras, echaban a volar y tocaban el mar, mientras otros daban vueltas alrededor del minarete, tan grandes e indecentes como perros. Era el mismo minarete al que se había escabullido el último católico de Kismayo para protestar con su trompeta contra la intolerancia del régimen islamista. Era un anciano convincente, seguro de sí mismo, que durante el período italiano tocaba en la banda de la ciudad. El uniforme era verde con charreteras doradas, y el repertorio constaba de marchas militares del regimiento alpino italiano, himnos, polcas tirolesas y canciones de baile de la época. Pero cuando el católico subió al minarete con la trompeta, estaba decidido a tocar un tema de jazz, si bien no le dio tiempo. Ya iban tras él. Subían la escalera a toda velocidad, así que, por impulso, cogió el megáfono y recitó unas avemarías para que los oyesen todos los que estuvieran en aquella parte de la ciudad. Las palabras resonaron en los oídos de los creyentes hasta que hubo un leve gruñido: el que soltó el anciano cuando lo derribaron de un ladrillazo en la cabeza. Lo arrastraron escaleras abajo y estuvieron a punto de matarlo de la paliza. Para salvarle la vida, su familia declaró que estaba loco y lo enviaron a Kenia.

Lo apuntaban con un arma todo el tiempo. No hablaban inglés ni árabe, era desconcertante. Tenían los rostros tapados, y a él le era imposible interpretar su lenguaje corporal. Cruzaron la playa en dirección al puerto, y eso también lo

inquietó. Era un hombre fuerte, pero la ejecución simulada lo había traumatizado. Se quitó las sandalias y sintió la arena fina entre los dedos. Los soldados habrían caminado descalzos incluso a mediodía, no les quedaban nervios en las plantas de los pies. Soplaban el viento, levantaba la arena formando remolinos. En la orilla, las anguilas se retorcían, alimentándose de los restos de los atunes muertos que la marea había arrastrado hasta la costa; también había cangrejos de muchos tamaños, y el rastro que dejaban los moluscos al retroceder de prisa a sus agujeros.

El puerto estaba atestado de gente. Había dos dhow amarrados y unos hombres lanzaban cabras sucias a su interior. Los animales balaban en el aire, pero aterrizaban en la cubierta a cuatro patas. Iban de camino a La Meca, a que los peregrinos las sacrificasen.

Por todas partes había gente hambrienta que se mezclaba con los animales, aunque más débiles y confundidos que ellos. Habían llegado hasta allí desde las tierras muertas a trompicones, como podían. No tenían adónde ir. Algunos dormían debajo de los camiones o junto al muro de coral, con la boca llena de polvo y las mejillas hundidas. A algunos de los rostros, esa estrechez les daba aspecto de roedor. En el jardín de un chalet abandonado había varios cientos de ellos, esperando a que les diesen de comer. Allí ya había otros soldados yihadistas, haciéndolos formar una fila a garrotazos. Estaban cocinando la comida en un caldero que habían colocado sobre una hoguera. Un perro callejero se acercó, cagó y regresó a la maleza. Había gente que se desmayaba antes de llegarle el turno, pero nadie los levantaba. Los murciélagos de la fruta pasaban volando bajo con sus vientres peludos y sus ojos de cuentas de azabache. Dientes afilados, montados, trabados.

Estaban tardando más de la cuenta, pero no veía por qué. Alguien arrojó una piedra. Las posesiones de varias personas volaron por los aires. Un bebé fue pisoteado, y después recuperado. Señalaron al hombre que había tirado la piedra, lo ejecutaron con un tiro en la boca y, después de eso, sólo se oyó el sonido de la comida cuando la servían, el roce de las manos en el fondo de los cuencos.



El suelo de madera de la sala de billares estaba cubierto de serrín y la estufa irradiaba gruesas ondas de calor, como en la sala de espera de la estación de ferrocarriles de La Roche. Las mesas de jugar a cartas eran de madera sin barnizar con incrustaciones de cuero, y las de billar estaban iluminadas por lámparas bajas. James hizo rodar las bolas sobre el tapete. Las esferas de color rojo y blanco lacado hicieron un ruido seco al chocar, y la perfección de los

colores remitía a ese sonido.

La sala olía a chalet y a sanatorio, a suizo. Distribuidos por toda la sala en pequeños pedestales había bustos de mármol de figuras históricas. Se acercó a donde ella estaba sentada, bajo la cabeza de Garibaldi. Durante el paseo habían pasado frío y se pusieron delante de la estufa. Les trajeron chocolate a la taza y pastas, y las dejaron en la mesa contigua. Era por la tarde. Jugaron al backgammon.

—He estado leyendo sobre el océano —dijo él—. ¿Es cierto que, de cada tres respiraciones, en una de ellas inhalamos oxígeno almacenado en el mar?

—Yo no me fiaría de ese dato. Me suena a algo que escribiría un periodista. No obstante —añadió, y tiró los dados—, me recuerda a otra cuestión más vasta.

—¿A cuál?

—Estamos entrando en una era en la que todo será cuantificado. Nos daremos cuenta de que las cosas que hasta ahora nos parecían abundantes son finitas.

—¿Los montes submarinos?

—Hablo del mundo y de todo lo que contiene.

—¿Qué me dices del aire? ¿También lo cuantificaremos?

—Claro que sí. Se demostrará que el oxígeno tiene reservas limitadas y habrá que gestionarlo, igual que hacemos con el agua, los minerales y el combustible.

—La gran botella de oxígeno del cielo.

Ella miró la tabla y sonrió.

—Estás atrapado.

—Necesito un seis, y ya.

Un tres.

—En Ruanda —continuó él, hablando como ingeniero hidráulico y como sí mismo—, solían tener perros de caza que rastreaban y mataban los servales del bosque. Las pieles las vestían príncipes cuyas chozas de paja tenían altura suficiente para que tú o yo entrásemos de pie. En el interior tenían un tabique de mimbre en espiral —hizo una pirueta con los dedos sobre el tablero—, como el caparazón de un caracol, y la luz provenía sólo de un agujero en el techo. El olor era puro: estiércol y sangre de vaca. Entrabas y en el centro encontrabas un lecho elevado, por las ratas y las serpientes, y una adolescente arrodillada, esperando a que entrase el príncipe; una chica distinta de la noche anterior.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—Lo que quiero decir es que ese príncipe y esa chica pertenecían a una tierra de abundancia. En aquella época no faltaba de nada, pero hoy en día todas las laderas de Ruanda están cultivadas. No quedan servales ni perros, y tampoco

chozas de paja. Han talado casi todos los bosques y ni los que perpetraron el genocidio ni las víctimas tienen donde esconderse los unos de los otros. En algunos lugares se secan los pozos, y en otros las riadas se llevan la tierra. Ruanda debe desarrollarse ahora, o enfrentarse a otro genocidio. Eso está cuantificado.

—Y mucho.

No conseguía el seis que necesitaba para sacar la última ficha, y ella estaba adelantándolo. Siguieron charlando durante varias partidas más y, hacia el final, ella le habló del futuro. Pero cuando él mencionó la perniciosa ayuda al desarrollo de África —que el dinero de las organizaciones de beneficencia no se aprovechaba—, ella perdió el interés y se concentró en el juego.

James prestaba atención a los movimientos simples de la gente pequeña. Estaban allí ese día y seguirían estando al siguiente. Comía sándwiches en la cantina, presidía teleconferencias, salía de la oficina antes de la hora punta. Si algún día tuviese permiso para hablarle de la parte explosiva de su profesión, sabía que no tendría palabras para hacerlo. No sería capaz de describir el subidón de adrenalina que suponía levantar un arma y apuntar. Sólo podría ofrecer una descripción del ruido que hace el arma cuando la disparas y del olor persistente de la cordita.

Su conversación estaba cargada de un derrotismo que, según él, debía mucho a Malthus y no tenía en cuenta los avances de la humanidad. Entre los bustos de la sala, los únicos ingleses eran Isaac Newton y John Milton. Miró a este último —impasible, ciego— y se le amontonaron los versos. El mayor privilegio de la educación, pensó, era renovar y aclarar la mente a través de la percepción de los demás. Milton había hecho más que limitarse a interpretar su papel. Fue secretario de la república de lenguas extranjeras, un librepensador que se situaba a la derecha de Oliver Cromwell, mientras que los *levellers* y los *ranters* estaban a la izquierda: «Otorgadme, por encima de cualquier otra cosa, la libertad de conocer, pronunciar y discutir abiertamente y según me dicte mi conciencia».

Se acordó de que en *Paraíso perdido* el arcángel Rafael se sienta con Adán y Eva en el paraíso, no en la forma de una neblina, sino como criatura hambrienta que necesita comer. Recitó en voz alta las últimas líneas del Canto XII.

—Otra vez —le pidió ella. Le gustaba el sonido de su voz.

—«Derramaron, como era natural, Unas lágrimas, que pronto se secaron; El

Mundo se extendía frente a ellos Para escoger su mansión de reposo, Mientras la Providencia era su guía. Cogidos de la mano y con paso Incierto y tardo, a través del Edén, Emprenden su solitario camino.»[7]

Ella había sufrido la división del sistema de educación británico, que mantiene que los científicos no estudian a Milton, y aquellos que aman a Milton no comprenden la fuerza de la gravedad de Newton con la que Lucifer cayó del cielo. Sin embargo, se había recuperado y convertido en una lectora voraz.

Jugaron a billar. Los tacos estaban apoyados en una pila de piedra en la que, en otra época, los jugadores se habrían lavado la cara y las manos. La sala estaba vacía y sus pisadas resonaban de tal modo sobre la madera que la partida adquirió un aire espeluznante. Ninguno de los dos conocía las reglas y se las inventaron. Ella se inclinó sobre la mesa.

—¡Diablos! —exclamó—. Esto se me da fatal. ¿No te parece que el taco es demasiado largo?

—Ven a este lado —recomendó él.

Se puso detrás de ella, la rodeó con los brazos, y dio comienzo una vez más. Ella era una flor a punto de abrirse. Él le tocó los brazos y las manos. Tiraron del taco hacia atrás y entre los dos golpearon la bola blanca, que chocó contra la roja. Para ella, el beso que él le dio era más que ese toque entre las dos bolas: él le tocaba la vida, ella la de él. Esas dos vidas tan independientes y lejanas entre sí.



En África oriental hay un antílope enano llamado *dic-dic* que es más fácil de matar desde lejos que de atrapar. En sus informes de inteligencia, James llamaba a la lucha contra los yihadistas somalíes la *guerra de los dic-dics*.

Sin embargo, opinaba que los yihadistas se asemejaban más a las malas hierbas: si los dejabas a su aire, se extendían por todas partes. Si los eliminabas, regresaban con más fuerza. Por eso, la estrategia empleada en la guerra de los dic-dics no era estrategia alguna, sólo una fumigación periódica desde el aire.



El mismo día en que lapidaron a una chica en la plaza, un pájaro voló hasta el interior de la consulta. Entró con las alas plegadas buscando un lugar donde anidar, se perdió y acabó estrellándose sin parar contra paredes y ventanas. Cuando el pájaro chocó con él, James gritó, y acudieron los guardias. Al ave le retorcieron el pescuezo y a él le pegaron. Dejaron el animal muerto tirado en el

suelo; las garras parecían plumines acabados de sumergir en tinta. No era un pájaro cantor. Eso fue también lo que declaró el clérigo sobre la niña a la que habían apedreado hasta la muerte en la plaza mayor: «No tiene mucho de ruiseñor».

Cavaron un agujero y la enterraron hasta el cuello. El clérigo anunció que estaba cumpliendo las instrucciones de Alá.

—¡No quiero ir! —chilló la joven—. ¡No me matéis! ¡No me matéis!

La amordazaron, le cubrieron la cabeza con un saco y el saco con un velo, y el mundo se apagó. Vertieron perfume sobre las telas. Todo el líquido de su organismo se revolvía a velocidades imposibles; su cuerpo se contraía desde el interior y se le había agudizado el oído, así que justo después de que la oración terminase, es posible que oyese a los hombres cruzar la plaza —cincuenta en total, cada uno recogiendo sus piedras del suelo— y a la muchedumbre de cientos de personas que observaba, parlotaba, ululaba. Tenía catorce años. Tal vez oyese a los hombres congregarse detrás de una línea dibujada en la arena, ir dejando caer las rocas a sus pies y colocarlas en un montoncito. Puede que notase cómo el gentío aguantaba la respiración en el instante en que los hombres cogieron las piedras y, tras la señal, se las arrojaron a la cabeza. Qué gran chapuza hicieron con esos brazos desgarrados, incapaces siquiera de apuntar con coordinación. Gran parte erraron el blanco. Y si no había manera de salvar a la chica, si no había modo de volver atrás en el tiempo, lo mínimo que podrían haber hecho por ella era sustituir a esos hombres por otros que supiesen tirar, que escogiesen cada proyectil con cuidado y lanzasen apuntando bien, que se dijese que cuanto mejor el tiro, más misericordiosa sería la condena. Eso habría puesto fin al asunto. Pero no fue así, sino que la banda de inútiles no consiguió más que darle en la cara y hundirle los dientes. Les ordenaron recoger las piedras y acercarse. La muchedumbre rompió a gritar con rabia y los familiares chillaron. Un niño cruzó la plaza a la carrera; era uno de sus primos, habían crecido en la misma casa. Le faltó poco para alcanzar a tocarla, pero lo mataron de un disparo antes de llegar. Los hombres lanzaron más rocas, y algunas dieron en el blanco. Hicieron llamar a las enfermeras. Sacaron a la niña del agujero y, al examinarla, descubrieron que seguía con vida, así que la devolvieron al hoyo, lo rellenaron con la arena y la gravilla, y se reanudó la lapidación. El gentío enmudeció. Desenterraron a la niña de nuevo y anunciaron su muerte. Tendieron el cadáver al sol, en el mundo. Las enfermeras la protegieron de los hombres que la habían apedreado; con un paño húmedo le limpiaron la sangre y los fragmentos del rostro y del pecho, y la lavaron para enterrarla. Rezaron por ella. La sepultaron

bajo una higuera en una calle cercana al lugar donde los niños jugaban al fútbol, con los pies apuntando hacia el océano y la cabeza a la plaza. La habían condenado por adulterio después de denunciar a las autoridades que la habían violado varios hombres.

Una escena bíblica. No, coránica. Clérigos, hombres colocados detrás de sus montones de piedras, las exclamaciones, las sombras que proyectaban los árboles extraños, el polvo, el vuelo errático de las rocas. Era ancestral, pero también nueva. El sermón subsiguiente se emitió para toda la ciudad por el sistema de megafonía. James había apartado al pájaro, y escuchó. Habían colocado alambre de espino en mitad de la plaza, y la ametralladora de uno de los Land Cruiser apuntaba hacia la multitud. Una cámara lo grababa todo para una página web. Descargaron el vídeo a un móvil y lo obligaron a verlo. Daba igual cuántas veces echasen hacia delante o hacia atrás y cuántos insertos o primeros planos hubiera: no había manera de corregirlo. Era una injusticia insalvable. Si lo pausaba, pensó, las piedras no se detendrían en el aire. Si quitaba el sonido, éste continuaría.



Cuando acabaron de dar de comer a la gente del puerto, cruzó la plaza con los soldados. Había salido la luna. La plaza tenía un matiz ceniciento, el agujero seguía allí. Uno de los yihadistas se lo señaló. Lo habían rellenado con tierra más oscura. Era como una costra.



Una tarde se desmayó en la clínica, entre paredes blancas, y vio a Yusuf al-Afghani en un uadi del desierto somalí. Las nubes surcaban el cielo. Yusuf tenía los brazos hundidos hasta los codos en un tarro de espermaceti. De pronto el sueño cambió, y Yusuf estaba en la cubierta de una nave, capitán de barco, forajido. El barco no navegaba, no había viento en las velas; era justo antes de una tormenta tropical que había absorbido todo el aire. Entonces la nave desapareció, se había hundido, y Yusuf estaba bajo una palmera. Vio cómo las suaves manos negras penetraban el espermaceti. Debían de estar ahí, dentro del tarro blanco; no podían desaparecer, pero ¿cómo podía averiguarlo? ¿Qué hacía Yusuf? ¿Pensaba unirse la frente con espermaceti —una bendición antes de la coronación—, o acaso llevarse puñados de la sustancia blanca a la boca y

masticarla sin prisa como si fuesen sesos de ternero? Continuó observando y fue consciente de otra imagen, la del ángel herido del pintor finlandés Hugo Simberg llevado por dos chicos: un cuadro que había visto de joven, un verano que había pasado en Helsinki mucho tiempo atrás. Le había cambiado la manera de ver el mundo para siempre.



Todo se fundía ante sus ojos: John More en el vientre de un cachalote de las costas de Patagonia y Yusuf con los brazos sumergidos en un tarro de espermaceti. También estaba el ángel de Simberg, pero no sabía cuál era la conexión, más allá de la blancura de las ventanas de la consulta, del tarro, de John More cuando los ronqueadores de la tripulación lo hallaron en el estómago del cachalote, de la blancura de la venda del ángel y de la herida que tapaba. También estaba el rostro del chico del cuadro, que lo miraba al pasar; un rostro que podría haber sido el suyo.



A la mañana siguiente, ella salió a pasear sola por la playa. Lo había dejado durmiendo en su cama —la de ambos, tal vez—, y necesitaba sentir el roce del viento, ver el Atlántico, percibir su ritmo y cómo la tierra recibía y contenía sus aguas. Hacía más frío que el día que se bañó y, con el viento a la espalda, éste parecía llevarla en volandas por la orilla.

El faro era blanco con una franja negra y otra naranja alrededor de la linterna. Lo habían construido más allá del rompeolas, en la zona más elevada de un espigón natural que emergía del mar. La mugre de las grietas entre las rocas estaba infestada de insectos y moluscos, y los laterales, invadidos por las algas brillantes, recordaban a una palma abierta que se extendía desde Francia, resistiendo a las tormentas. La puerta del faro estaba por encima de la superficie del espigón y a ella se accedía por una escalera viscosa. A menudo la linterna quedaba oculta por la niebla. ¿Cómo lo habían construido? Primero habían alzado un tambor de hierro sobre postes de madera. Los hombres trabajaban cuando hacía buen tiempo y se refugiaban en el tambor de noche y durante las tormentas; cantaban canciones y tocaban el acordeón sumidos en una humedad atroz que les devolvía el eco de sus voces. Después de varios años, instalaron las ventanas y las sellaron, y los trabajadores regresaron a la orilla en bote habiendo dejado una lámpara que barría la bahía e iluminaba el mar.

Veía las rocas afiladas que, mar adentro, habían echado a pique tantas naves. El miedo debía de hacer que los marineros, que temían ahogarse tan cerca de la costa, suplicasen por un acre de tierra yerma, retama, tojo: cualquier cosa.

Las olas avanzaban en desorden, glutinosas, y morían antes de llegar al faro. No había surferos. Conocía la profundidad del océano en el horizonte; contaba con otros lenguajes, el de los números y el sonar. Veía la profundidad al borde de la costa francesa, que convertía la playa que pisaba en la cornisa de un precipicio.

Cuando dio media vuelta y emprendió el camino hacia el hotel Atlantic, el viento estuvo a punto de derribarla. Fue como aquel día esquiando en Escocia, cuando aún era universitaria: las ráfagas habían sido tan fuertes que incluso haciendo chus en las pistas más empinadas apenas se movía.



El saque de golf más largo del que se tiene constancia se produjo en la Luna, pero el hombre aún tiene pendiente regresar al abismo de Challenger. La lección que deriva de esto es que para los humanos es más fácil dirigirse hacia fuera que

explorar hacia dentro. El viento que te eleva como a una cometa te tumbará si te vuelves de cara a él. Piensa en cuánto se incrementa el área de superficie de un globo al llenarlo de aire. Cuando vamos hacia fuera, creamos nuevas fronteras que podríamos llegar a poblar, pero cuando le sacamos el aire a un globo, se deshincha y se arruga.

Hace millones y millones de años, vivíamos en el océano. Al emerger, tuvimos que movernos en dos dimensiones en lugar de tres. Al principio, eso fue doloroso: ni hacia arriba ni hacia abajo. Aprendimos a arrastrarnos primero sin piernas y, después, con ellas; luego cada vez más y más deprisa, y todavía más, sirviéndonos de cualquier medio. La falta de esa tercera dimensión es una de las cosas que explican nuestra necesidad de traspasar el horizonte. Otra explicación es que evolucionamos a partir de organismos quimiosintéticos del fondo del mar para convertirnos en organismos fotosintéticos en la superficie. Al ascender desde la noche absoluta, no podemos evitar dirigirnos hacia la luz. Somos polillas sometidas al influjo del Sol y de las estrellas, y tratamos de mudar la oscuridad. Eso es lo que nos dicta el instinto, pero nuestra naturaleza consciente también implica el acercamiento a lo desconocido. Queremos saber qué hay al otro lado del bosque, qué aspecto tiene el valle vecino, y el siguiente. Queremos averiguar qué hay en el cielo y más allá de él. Éstas son nuestras obsesiones desde los inicios y, sin embargo, esa curiosidad no se extiende al océano. Olvidamos toda la oscuridad que existe en nuestro mundo y que estar en la playa es tener suerte. Conocemos las mareas porque cubren los bordes de nuestros países, hacen crecer la desembocadura de los ríos y nos llenan las redes de peces, pero hemos perdido la conexión con el océano. Si alguna vez lo describimos, es como tumba o escondite. Hasta Tennyson necesitaba que el Kraken batallase contra enormes gusanos marinos mientras dormía, hasta que las llamas del juicio final encendiesen las profundidades. *Moby Dick* es la mejor novela que se ha escrito en lengua inglesa sobre el mar. Sin embargo, el océano apenas figura: sólo al final del libro se aprecia la sensación de hundimiento y de lo que hay debajo, cuando el *Pequod* se retuerce en un remolino, lo envuelve una mortaja de agua, la superficie queda en calma y las olas la surcan igual que hacían hace cinco mil años. Tal vez hayas leído *Veinte mil leguas de viaje submarino*. La distancia del título se refiere a un viaje que atraviesa el mar de un extremo a otro, no hacia el fondo. Si lo leíste en la infancia, seguramente te pareció una historia de aventuras. Como adulto, quizá te interese que el capitán Nemo fuese un ciudadano indio lleno de rencor por la rebelión de los cipayos. En cualquier caso, el libro no encierra ninguna enseñanza sobre el océano. Nemo dirige el *Nautilus* hacia las profundidades, pero Julio Verne ¡hace que el fondo parezca acogedor! Sin el peso de varias atmósferas, sin la presión aplastante, sin la noche

eterna. Cuando Nemo lleva al profesor Aronnax de excursión submarina a la isla hundida de la Atlántida, Verne le pide al lector que imagine las laderas arboladas del macizo de Harz, en Alemania, pero bajo el agua.

Un submarino nuclear es un arma asesina, un destructor de mundos y, sin embargo, es frágil. Cuando baja a una profundidad superior a su rango, implosiona. En 1963, el submarino *Thresher* de Estados Unidos se descompuso con tal violencia que los restos quedaron esparcidos en un área de varios kilómetros a la redonda. La tecnología de un submarino que cruza el mar y la de un sumergible sin adornos que va a las profundidades no tiene comparación. Esto ocurre porque en nuestro mundo importa primero el poder, y después el conocimiento.

No sorprende que la mayoría de los avances en tecnología sumergible se hayan originado en proyectos militares secretos. La marina de Estados Unidos desarrolló sumergibles para limpiar los despojos de sus submarinos y para localizar y recuperar fragmentos de los submarinos soviéticos hundidos. Un misil soviético recuperado valía años de espionaje en tierra. Uno de esos sumergibles se llamaba *Deep View*, visión profunda. Tenía el morro de cristal y lo usaban en el mar de Ojotsk. Más adelante llegó el *NR-1*, que funcionaba con un pequeño reactor nuclear y podía sumergirse durante semanas. El director del programa de propulsión nuclear de la marina escogió la tripulación él mismo: dos científicos y diez marineros. El *NR-1* fue la nave que recuperó el sextante de oro de entre los escombros de un submarino soviético, con el que el oficial de derrota calculaba la posición ayudándose de las estrellas.

El abismo de Challenger de la fosa de las Marianas recibe su nombre del HMS *Challenger*, un navío de la marina real británica cuyo viaje de entre 1872 y 1875 constituyó la primera expedición oceanográfica y la más ambiciosa. La misión del *Challenger* era sondear los mares más remotos y lanzar redes para descubrir nuevas formas de vida. Era una faena tediosa y agotadora, pero descubrieron decenas de miles de especies nuevas. En ocasiones, arrastrando una sola red por el fondo aparecían hasta cien criaturas que jamás se habían visto, y después pasaban días sin encontrar nada más que peces comunes y esqueletos de ballena adornados con nódulos de metal. Hoy en día sabemos que la sustancia que cubría la red cada vez que la sacaban a la superficie no era la baba inocua que los científicos dictaminaron. Tampoco moco de ballena. Se trataba de restos de los ejemplares más exquisitos de millones de ascidias, salpas y medusas, cuya

musculatura diáfana —más extraordinaria que cualquier especie alienígena concebida por los humanos— había perdido la forma al salir al aire.

Abrir camino hacia el interior es difícil; descender lo es aún más. Desafía nuestra noción sobre nosotros mismos y de dónde venimos. Por eso, a pesar de que los humanos estamos inundados de agua marina, los avances de las agencias oceanográficas no alcanzan a los de las agencias espaciales.



Había localizado a la familia de un alto comandante de Al Qaeda en África en una isla frente a la costa de Madagascar. La madre del terrorista vivía en un barrio de la ladera de un volcán, por encima de la capital de la isla. La subida desde la ciudad era considerable. El aire perdía densidad y caía granizo. La furia del macizo se adivinaba más allá de los tejados de las chozas: por las laderas corrían hilos humeantes de lava que de noche parecían heridas al rojo vivo.

El terrorista figuraba entre los puestos más altos de la lista de los criminales más buscados del FBI, y había una recompensa de cinco millones de dólares por su cabeza. Era un tipo escurridizo: *The New York Times* había informado de su muerte un día durante el discurso del estado de la Unión, pero el misil no se había acercado siquiera. Se movía entre Somalia y Kenia a pie, en burro, en camión y en dhow. Según el FBI, fabricaba bombas, era experto en guerra urbana, *hacker*, falsificador y un maestro del despiste que hablaba muchos idiomas. La agencia no aceptaba lo fácil que era comprar una identidad nueva en Kenia y desplazarse por la costa del Zanguebar, donde se hablaban diversas lenguas. La información de que James disponía indicaba que el terrorista huía asustado y, cuando pensaba en él, le recordaba a un cazador sin experiencia que había herido a un animal y no sabía qué hacer. Tenía claro que se ocultaba en Somalia, en habitaciones donde había un televisor encendido todo el día que lo afectaba de modos nuevos e inesperados.

El vecindario donde vivía la madre estaba lleno de música y salpicado de árboles de aspecto jurásico. La ceniza volcánica llovía sobre los tejados de uralita y la lava fluía a su alrededor. Los habitantes eran de una etnia mestiza propia de la isla, descendientes de esclavos fugitivos y de piratas que desembarcaron allí. La mujer tenía un quiosco a unos pasos de la calle, la clase de chiringuito donde la gente va a diario a comprar leche, tomates y demás. Se sentaba en un taburete a la entrada y contemplaba a los transeúntes; llevaba un vestido azul y un par de medias lunas colgando de las orejas. Pero velo no.

Parecía a punto de desplumar una oca, las manos en las rodillas, las piernas separadas. James subió los escalones y pidió algo de beber, y ella supo de inmediato a qué había ido. Entró en la choza seguida de él, sacó una Coca-Cola de un cubo de agua y hielo y se la abrió.

—No pienso decirte nada —lo avisó; se negaba a mirarlo a la cara—. Le pagamos la educación y no hemos recibido ni un *sou* a cambio. Ni siquiera vino al funeral de su padre.

Se cuidaba mucho de que la descubriesen. Él no se acordaba de si tenía la voz áspera o no, sólo de que le había recordado a un personaje de cuento de hadas —la habitante de la casita del bosque—, no a alguien que vivía en una choza en la ladera de un volcán tropical.

Después él había descendido en zigzag hasta la ciudad, apartando a manotazos las polillas enormes que le rozaban la cara, y se había topado por casualidad con un patio donde unos ancianos echaban fichas de dominó a una mesa de madera mientras una farola oscilaba sobre ellos. La capital estaba construida de espaldas al mar, no había playas. Los colonos fugitivos habían preferido vivir de cara al volcán, que tarde o temprano dictaría su condena. En la isla apenas quedaban animales; las mangostas habían acabado con las serpientes, la gente con las mangostas. Los isleños se gobernaban por supersticiones. Tenían una mezquita milagrosa que se había construido ella sola una noche y un lago en un cráter que otorgaba deseos y en el que una expedición de submarinistas belgas se había sumergido para no volver a salir jamás. En todos los pueblos había brujas que cobraban por sus hechizos: para que la solicitud de un visado para viajar a Francia fuese aceptada, por ejemplo. Se trataba de un caso extremo de *islismo* que no hacía referencia al océano que la rodeaba; como si el resto del mundo no tuviese verdadera entidad.

Recordaba que, al día siguiente, había caído ceniza caliente sobre el pueblo y el mar. Al parecer, era algo habitual. Costaba respirar, y el asfalto de las carreteras burbujeaba. Quedó con la hermana del terrorista en una cafetería frente al club de tenis Roland Garros, que tenía unas pistas fabulosas de tierra batida. Se llamaba Monique y estaba más dispuesta a colaborar.

—No quiero dinero ni nada —explicó—. Si quieres, puedes invitarme al desayuno.

Era peluquera. Llevaba minifalda y unas gafas de sol con diamantes de plástico pegados a las patillas.

—Lo que le pasa a mi hermano es que es muy tímido. Al menos, lo era —se corrigió—. Hace muchos años que no lo veo.

El volcán aún rugía bajo la ciudad. La languidez de la mañana lo lastraba todo. Ella encendió un cigarrillo y se tragó el humo. El magma, el tiempo, él

mismo: todo daba la impresión de estar reservándose.

—Era el mejor alumno de su clase. Por algún motivo, los franceses no le dieron una beca, y por eso acabó en Pakistán. Si Francia hubiese hecho lo que debía, ahora sería profesor de matemáticas o algo así. —Bebió un sorbo de café —. Le gustaban las matemáticas. Esa palabra..., *terrorista*. No me gusta. Mi hermano lucha sólo para mantener a su familia. El resto son cosas que se han inventado.

—Tu madre dice que no le envía dinero.

—No le hagas ni caso. Seguro que llevaba los pendientes que le mandó.

—¿Unas medias lunas?

—Eso es. Envía dinero todos los meses. Su esposa y sus hijos viven conmigo, y ella también recibe transferencias. Somos una familia muy unida.

Había bajado la guardia. Le contó incluso a qué oficina iba la mujer del terrorista para cobrar las transferencias.

—¿Ha regresado tu hermano a la isla alguna vez?

—¡Claro que no! La policía se le echaría encima en menos que canta un gallo. No, se ha ido para siempre y ahora es un hombre importante.

—¿Te avergüenza hablar de él? Ha matado a mucha gente inocente.

Ella se encogió de hombros.

—¿Por qué debería avergonzarme? Es por una causa. Quiere ayudar a los palestinos. ¿Quién más lucha por ellos?

—Antes has dicho que luchaba por su familia.

—Venga ya.

Un televisor emitía el noticiario francés. Él pidió otro café y una pasta. En Francia era invierno, en Auvernia había tormentas de nieve. Una imagen de una pista de esquí, una corriente de aire arrastrando nieve por la carretera, ovejas resguardándose junto a un muro.

—Este año está nevando mucho en Francia —comentó ella.

Al salir del café había soldados en la calle. Pertenecían al ejército nacional, pero parecían paracaidistas franceses, con los pantalones metidos por dentro de las botas, ametralladoras de cañón corto a la espalda y, algunos, gafas de sol de espejo. En la isla no había trabajo. Siempre se producían golpes de Estado, justo entonces estaba gestándose uno.

—Has sido muy amable —dijo él—. ¿Puedo pedirte otro favor?

—Claro que sí.

—Necesito cortarme el pelo. ¿Podrías hacerlo tú?

—¡Nunca he cortado pelo de oro!

Cogieron un taxi comunitario para cruzar la ciudad. Iban apiñados en los asientos de atrás, junto a otra mujer. Las nalgas de James rozaban las de ambas mujeres, pero a ellas no parecía importarles. Eran musulmanas, pero no muy religiosas. Monique le puso la mano en la rodilla con aire distraído. Ambas lo contemplaban, y él apartó la mirada. En la isla, las mujeres tenían derechos: podían votar, conducir. Su principal esperanza era un buen casamiento que les abriese las puertas de la aristocracia de la ciudad.

Si el terrorista hubiese ido a Francia, si hubiera ahorrado para una buena boda, si hubiese sido profesor de matemáticas o hubiera invertido en la peluquería de Monique... Si, si, si. Entonces no habría hecho volar por los aires la embajada de Estados Unidos en Nairobi en una operación que Al Qaeda llamó *Kaaba* y que acabó con la vida de doscientas doce personas e hirió a cuatro mil más.



Aziz estaba pasando consulta en la barriada de Bari cuando los soldados irrumpieron en la clínica y se llevaron a James. El saudí de los dientes separados, Saif *el León*, le ordenó que se vistiese. Lo hicieron bajar la escalera a empujones y lo metieron en la parte trasera de un camión que esperaba en la calle. Saif tenía instrucciones de reunir a algunos soldados y esconder al señor Agua en el malpaís durante una temporada, para reaparecer luego en algún lugar acordado. Todavía era pronto; Kismayo estaba adormecida.

El camión se utilizaba para transportar ganado, olía a animales y tenía bancos a ambos lados. Una lona cubría las costillas metálicas. Lo colocaron al fondo, encajado entre el checheno que se llamaba Qasab y un chico somalí — pequeño y enroscado como una serpiente— que siempre estaba encolerizado por algún crimen real o imaginado contra el islam.

Tenía las manos atadas, pero no le habían vendado los ojos, de modo que vio las afueras de Kismayo enmarcadas por la abertura trasera del camión. El tubo de escape petardeaba, las cajas de munición traqueteaban sobre el suelo metálico, y el vehículo oscilaba e iba dando trompicones por el firme acuchillado de la carretera.

La temperatura iba subiendo. Había burros descansando a la sombra. El camión llegó a una carretera asfaltada y salpicada de gente hambrienta que iba renqueando en dirección al mar. De vez en cuando, alguno se desmayaba en mitad del pavimento, y los soldados tenían que bajar del vehículo y moverlos a un lado antes de continuar. Aquellas tierras no daban alimento; las lluvias seguían sin llegar, y la inseguridad había impedido que la gente cosechase lo

poco que tenían.

Pasaron junto a una plantación italiana donde antes se cultivaban tomates y plátanos para la exportación. Eso era durante la década de los sesenta, cuando los clientes llenaban los restaurantes de la costa de Kismayo, Merca y Mogadiscio, los camareros iban de uniforme, las bandas tocaban música, el mar era azul con franjas de espuma blanca y la pasta siempre estaba al dente.

Sin embargo, ahora la verja de la plantación estaba rota, la tierra agrietada y echada a perder, y los italianos, desaparecidos desde hacía mucho. No había más que un hombre vestido con harapos, hurgando bajo los árboles en busca de fruta madura. Al pasar, los saludó agitando el bastón en el aire, despacio y sin fuerzas.

En Somalia, los árboles estaban engalanados con bolsas de plástico de distintos colores; el viento las transportaba y ellas se enredaban en las ramas. Se podía calcular la cantidad de gente que vivía en un asentamiento a partir de las bolsas que hubiese en la vegetación. A medida que fueron alejándose, cada vez se veían menos, y al final no había ninguna. Así fue como supieron que habían dejado atrás el territorio poblado de Somalia, y continuaron traqueteando hacia el malpaís.



Se asomó a la puerta del despacho y preguntó si podía echar un vistazo a su correo electrónico desde el ordenador del hotel. Leyó los mensajes y después la buscó a ella. Encontró su perfil en una página del Imperial College; en la foto parecía más joven, sonreía. El texto explicaba su trabajo, pero la terminología era difícil de seguir. Al final había una referencia a un campo de fuentes hidrotermales que ella había mencionado: el más septentrional que se había descubierto. En el diccionario en línea leyó que la palabra *flinders* significaba no sólo «mariposa», sino también «esquirla», y que Matthew Flinders fue un oficial de la marina real británica, el primero en circunnavegar Australia.

Tomó el café de la mañana en la sala de los billares, con los bustos. Abrió una ventana y oteó el parque. Había un árbol que alcanzaba la nieve con las ramas, como si fueran brazos. En mitad del bosque sobresalía una chimenea de ladrillo rojo: esbelta, más estrecha por arriba que en la base, de inicios de la época industrial y en desuso desde hacía mucho tiempo. Respirar aire limpio, tierra, mar, era todo un lujo después de la suciedad y la contaminación del queroseno de África. En la sala había un espejo; se levantó y se miró. O, mejor dicho, al carecer de esa clase de vanidad, miró la versión de sí mismo que estaba atrapada

en el espejo.



La oscuridad: ¿qué lugar le pertenece? El océano, las rocas. Las cuevas kársticas; por ejemplo, las últimas que se han descubierto en el karst de Moravia, algunas de cuyas cámaras tienen setenta metros de largo, treinta de ancho y cincuenta de alto.

No se ha llegado hasta el final de las cámaras porque por ellas fluye un río subterráneo muy profundo y la corriente es demasiado rápida para cruzarlo. Los equipos de buceo autónomo de que disponen los espeleólogos profesionales no son suficientes. Más allá del río y a lo largo de varios kilómetros, hay cámaras que nunca han visto la luz.



Era lo que el ejército de Estados Unidos llamaba *estar fuera de la red*. El lugar existía en los mapas y en las fotografías de satélite, pero no había agua y, por tanto, tampoco asentamientos. Los únicos caminos que había eran los que abrían los pastores de camellos al avanzar por los matorrales de espinos y los uadis.

Saif sostenía los móviles en alto para tener mejor cobertura y, antes de que la señal desapareciese por completo, recibió un último mensaje de texto. James vio que el salvapantallas de uno de los teléfonos era una foto de Giggs marcando un gol para el Manchester United, una y otra vez. Saif le pasó los móviles a Qasab, que los metió junto con unas cuantas granadas de mano en una mochila. La bolsa parecía sacada de alguna excursión del pasado en la que la habrían llenado de sándwiches envueltos en papel, pedazos de tarta y un termo de té.

Saif sacó un Corán pequeño de encuadernación exquisita y se puso a leer en alto. Al principio en voz baja, pero después a voces. Cuando acabó, se cambió de sitio y se sentó al lado de James.

—Quiero decirte que no tengas miedo —le recomendó Saif—. No vamos a ninguna batalla. La yihad no tiene frentes, sino que la batalla está por todas partes, a nuestro alrededor.

Tenían armas, pero no eran un ejército. El parecido con las unidades en las que él había servido era nulo. Eran hombres flacos. A excepción de Qasab, no le cabía duda de que un paracaidista británico medio sería capaz de matar a cualquiera de ellos con la ayuda de los puños y un espacio reducido. La idea lo alegró.

No obstante, los yihadistas demostraban su resistencia a lo largo de períodos más largos. El paracaidista —el cruzado— era más fuerte y pesaba más, pero se cansaba y se desmoralizaba con mayor rapidez. En cuanto a la intervención, la necesidad de proteger a los civiles limitaba sus reglas de enfrentamiento. El paracaidista no quería morir. Los yihadistas, en cambio, bebían agua de las zanjias y se habían resignado al ritmo lento de la insurgencia, a caminar durante días en vaqueros y sandalias con el arma al hombro como si fuera un par de esquís. Algunos se afilaban los dientes con limas de metal. Si les dabas el tiempo suficiente, los yihadistas podían provocar mucho desgaste a un ejército más grande: eran lo contrario de las tropas de las Naciones Unidas cuyo cometido era mantener la paz en África, porque éstas se dedicaban a la logística, pero no a luchar. Esos destacamentos de las Naciones Unidas estaban protegidos

por nidos de ametralladoras y, en el interior, los barracones prefabricados se disponían alrededor de una tienda que hacía las veces de comedor. Allí había un televisor que retransmitía partidos de fútbol —europeo, americano o australiano—, y en aquellos lugares los únicos momentos de alegría se sucedían cuando se marcaba un gol o un ensayo; es decir, cuando un balón atravesaba un plano. En una ocasión, estando en un campamento remoto en Sudán, había visto a una chica dinka, una joven preciosa, medio desnuda al borde de una tienda, bañada en la luz verdosa de un partido de fútbol.

En el camión había diecisiete soldados yihadistas. Eran autosuficientes, y lo único que compartían con un paracaidista era el cuidado de las armas, pues las limpiaban de forma constante. La mayoría no poseían siquiera una alfombra para la oración, pero la posibilidad de convertirse en mártires les daba poder. Las hambrunas, las riadas, la malaria, las fracturas mal reducidas o sin reducir, la podredumbre de la caries que ya había llegado a la mandíbula, las infecciones, la gama completa de trastornos psiquiátricos; todo eso los convencía de que, en todos los aspectos y en todas partes, su destino era incierto, medieval. Nadie los echaría de menos, y daba igual que no tuvieran sentido común, información ni equipamiento adecuado, porque el fatalismo les proporcionaba una durabilidad de la que los paracaidistas carecían.

Intentó entablar conversación con Saif, pero la carretera estaba llena de baches y le costaba hacerse entender por encima del ruido. Se sumieron en un silencio incómodo.

En algún momento del trayecto, la tierra había muerto. Había perdido el color y las grietas del suelo de la vieja plantación italiana se habían ensanchado lo suficiente como para caerse dentro. En el interior de esos tajos, las raíces se retorcían y las piedras de pedernal y los fósiles quedaban al descubierto. El malpaís se extendía hasta donde alcanzaba la vista. James tenía sed. Anhelaba un trago de agua.

La lluvia estaba por llegar. Todos lo sentían, la posibilidad, su peso. La luz perdía intensidad, las nubes se veían amoratadas y voluptuosas. Se rascó los brazos con las manos atadas hasta que acumuló debajo de las uñas una capa gruesa de polvo, piel y sangre. Eran las picaduras de pulga. El camión siguió a paso lento por la tierra yerma; el traqueteo lo durmió. Al despertar, estaba atontado. Le dolía la cara y tenía un sabor salado en la piel. No había llovido.

Detuvieron el vehículo bajo un dosel de acacias. Era por la tarde y sacaron a James del interior. Él les suplicó que lo dejaran mear, así que le desataron las manos y lo llevaron a un arbusto. Dentro le había cristalizado una infección. El dolor era una agonía; primero un goteo, después pus y, por fin, un chorro. Olía los camellos del campamento de pastores cercano. Bestias pedorras de zancada lenta y larga que olían igual que se movían. Mientras acampaban, lo ataron a un árbol. Qasab era el mayor y después iba Saif. El resto eran niños. Colocaron las mantas, y las estrellas empezaron a asomarse al cielo, ocultas tras las nubes. No parecían saber mucho sobre acampadas, cómo escoger un lugar resguardado o dónde hacer la fogata para que el viento no les echase el humo encima.

La lluvia llegó por la noche. Un aguacero tan repentino y torrencial que hasta los soldados más piadosos gritaban blasfemias. Metieron las armas y las mantas en la parte de atrás del camión, pero allí no había suficiente espacio y lo hicieron tumbarse debajo con algunos de los yihadistas. La lona estaba rasgada, así que otros soldados se refugiaron con ellos, y al final estaban todos en fila. Mientras tanto, los relámpagos iluminaban el cielo. La proximidad de los cuerpos, el ruido de los camellos y Qasab recitando una oración con voz ronca. Se oyó un grito. Lo arrastraron afuera y se quedó plantado, casi sin ver, sumergido; de pronto, distinguió a uno de los soldados agachado junto a un espino y, al otro lado, a una gacela pataleando en el lodo y a un león tapándole las fosas nasales con las garras.

Cuando la lluvia amainó y estaban otra vez debajo del camión oyendo al león comer, tuvo una sensación extraña, algo como la velocidad de su paso por el mundo, en el que apenas se había detenido, y la revelación de que los leones llevaban generaciones cazando animales ungulados en el desierto, ocultos en las noches de lluvia, y que el sonido que hacían en la oscuridad lo sobreviviría a él y a los de su especie, del mismo modo que el lodo que había bajo el camión perduraría más que él.

Más tarde, un rayo alucinógeno tocó tierra y James alcanzó a ver a una leona lista para abalanzarse sobre su presa. Era huesuda y tenía la cola partida al estilo heráldico, bohemio, encorvada como el curso del río cercano a su casa. Alguien apuntó con el arma; la escena era confusa: la oración, la necesidad de orinar, el goteo del motor, la sensación de estar hecho de azúcar y disolverse, un farol, una linterna y, después, nada. El vacío. Vio al soldado apuntar a la leona y gritó «¡No!» antes de que apretase el gatillo. Saif saltó del camión, derribó al soldado en el barro de una patada y continuó pateándolo. Era difícil saber si se

trataba de disciplina o de pose de macho alfa. Pero la leona huyó.

La noche siguió su curso. Los mosquitos revoloteaban entre sus cuerpos y la transmisión del camión. Cada uno de los insectos llorones tenía un color carmesí de sangre que podía provenir de los soldados, de él, de los camellos. Se sintió más lejos de casa que en toda su vida.

¿Qué era él? No era un astronauta flotando en el vacío tras un paseo espacial fracasado. Pese a los charcos, tampoco uno de los acuanautas de Danny. Era un espía desafortunado, atado a un grupo de hombres y niños que querían convertirlo, o asesinarlo. No tenían noción alguna del lugar de donde él provenía, qué tenía en la cabeza, qué recordaba de su país. Recuerdos como los de Sasoon: un árbol, un paso para saltar una verja, un seto, las esquirlas de sílex en la arcilla de los campos de Yorkshire. O, si no, los recuerdos de todo lo demás, sin artificio, la neblina de la vida en la ciudad, de las amistades, los rostros, la sucesión de ruidos y colores de una fiesta en Fulham.

Aquellos hombres y chicos habían pasado por campos de entrenamiento donde les habían enseñado a ver una luz que él no identificaba. ¿Qué rostro? James no lo sabía. La religión de los mahometanos no tenía rostro.

No le resultaba del todo indiferente. Había leído el Corán y apoyaba en casi todo a los palestinos, igual que muchos otros en el servicio secreto de inteligencia. Había atravesado territorio hostil a pie durante días para llegar al minarete de Jam, en Afganistán. Su belleza lo había conmovido de tal modo que le brotaron las lágrimas. Sus opiniones eran convencionales: se oponía a la política de contemporización. El mundo musulmán debía permitir que se construyesen iglesias y laboratorios. Todas las madrasas deberían incluir una lectura obligatoria de Voltaire. Los bares gays y las playas nudistas de la Riviera saudí podían esperar. Dijera lo que dijese bajo el peso de su cautiverio, él no era creyente, pero esos hombres del islam enarbolaban una espada y un Corán: ésa era su fuerza. Y, para James, eso era lo que los hacía detestables.

La llovizna siguió cayendo durante toda la noche y, al día siguiente, las termitas aladas salieron de la tierra en masa. Estaba apoyado en el costado del camión, y las gotitas le aterrizaban en la cara con la suavidad de una lágrima. A través de las llamas de la hoguera y de su luz intensa, el agua hacía resplandecer a las termitas. Caía de tal modo que el efecto era hechizante. No era de extrañar que la idea de que el paraíso fuese un jardín donde la lluvia cae suavemente fuera tan arrobadora para los musulmanes. Que el paraíso estuviera en este planeta o en otro lugar parecía irrelevante, pero la lluvia era importante.

La hierba, los espinos, el suelo del campamento y el de la caja del camión

tenían un baño plateado hecho de decenas de miles de alas de termita. Ciegos e incapaces de emprender el vuelo, los insectos temblaban y morían en silencio, sin emitir un sonido ensordecedor como el de las abejas, sin protesta, cada uno de ellos sin la compañía de ningún otro. Contempló las termitas queriendo creer que ese único vuelo les producía un éxtasis, que su cuerpo había evolucionado para recibirlo y magnificarlo y que, en el momento en que se les caían las alas, el instante más álgido y estremecedor de su creación no era la risa ni el habla, sino un único orgasmo duradero. Algunos de los soldados recorrieron el campamento recogién-dolas y las frieron para el desayuno. Le dieron un pan plano parecido a una pita lleno de los insectos. Dio un bocado. Un crujido y, después, los jugos.

Por la mañana le permitieron dar un paseo con Saif, y juntos dieron con los restos de la presa de la leona.

—Una leona con cachorros —dijo James—. Los salvaste.

—Nuestra lucha está en otra parte —contestó Saif, quitándole importancia.

Brillaba el sol. Los yihadistas se secaron ellos y sus posesiones y las armas. Estaban menos desaliñados y más limpios que antes de la lluvia.

Cuando los pastores de camellos se marcharon, pasaron por delante del campamento y les gritaron obscenidades. Él no sabía qué decían, pero estaban siendo muy descarados. Los pastores eran hombres aselvajados, de esos que acostumbraban a castrar a sus enemigos y se hacían bolsitas para el tabaco con sus genitales. Varios de los más jóvenes corrieron tras ellos, pero los pastores se les encararon, les soltaron aún más improperios y les escupieron entre los dientes como si fueran gatos. Uno de ellos sacó el arma, el otro corrió a refugiarse. Hubo tiros. El pastor de la pistola cayó fulminado. Los yihadistas persiguieron al otro y le pegaron un tiro entre los omóplatos. Cayó entre la maleza.

James estaba atado a un chico. Éste echó a correr, así que corrió con él. El resto de los soldados ya habían rodeado al pastor, que estaba de rodillas. El orificio de salida era pequeño. Los yihadistas lo vieron morir sin quitarle ojo, y James también. El pastor se arrastró a gatas, la bala le había atravesado el pulmón; con cada respiración pulverizaba sangre al aire.

—Iban a informar de nuestra posición —le explicó Qasab en árabe—. Había que matarlos.

Fue Qasab el que despedazó a la cría y después soltó al resto de los camellos.

Llevaron el camión hasta un uadi como el que James había visto en sueños,

donde Yusuf hundía los brazos en el tarro de espermaceti.

Avanzaban muy despacio. Varias veces tuvieron que bajarse del vehículo y caminar apartando las rocas que impedían el paso. Saif comprobaba su posición con un GPS. De las charcas de agua sucia salían hordas hambrientas de mosquitos. Había lugares donde el uadi se ensanchaba hasta formar una quiebra ancha, y el camión avanzó lentamente sobre el basalto olivínico pulido por las patas de todos los camellos que habían pasado por allí antes que ellos. Hicieron un alto bajo un árbol cuyo tronco y cuyas ramas tenían el color amarillento de la mantequilla. El camión brillaba en la sombra, brillaba tanto que el resplandor se veía desde el espacio, desde el satélite americano del que habían tomado las coordenadas, o al menos eso creía Saif. Lo que más lo asustaba era que lo espíasen, y había decidido parar allí, camuflar el camión y continuar después de la puesta de sol. Una estupidez, porque con los sensores térmicos, los drones Reaper y los satélites tenían más probabilidades de encontrar un camión en marcha de noche que de día.

Sacaron las municiones de la parte trasera y mantuvieron la distancia con el vehículo, por si era objeto de un ataque aéreo.

Más tarde, le dieron té y un plato de carne de camello con arroz. El agua había salido de un agujero que habían cavado en el lecho del río. No era almibarado como el que bebían los demás; se había negado a recoger leña para el fuego y lo habían apaleado. Formaba parte de su plan: si seleccionaba en qué momentos no cooperar, podía granjearse su simpatía al ofrecer su colaboración de forma inesperada.



—Ya están todos aquí —susurró ella.

Era una cena de gala. El vestido de Danny tenía un brillo púrpura y marrón y de todos los tonos intermedios, y le resaltaba el pecho y las caderas. Al entrar, ella lo cogió del brazo. James estaba incómodo; pensó que, de haber estado solo, no se habría molestado en ir. Odiaba las cenas y los bailes del regimiento.

Nevaba tanto que el personal del hotel había tenido que retirar la nieve del tejado. Tanto que, en su mente, Belén había mudado de un pequeño poblado mugriento de Palestina saqueado por Israel a un pueblo rural francés: pastores en los campos nevados, ángeles en lo alto.

Ella llevaba una cruz etíope de plata que refulgía a la luz de las velas. Estaban sentados a la mesa en la que Ibsen había cenado oca las Navidades de 1899. Lo tomaron como un presagio de tiempos felices.

*Joyeux Noël!* Paz a los hombres de buena voluntad. Chocolate caliente y

abrigos de piel, apaguen los móviles, por favor. Hubo un pesebre viviente, madrigales, Haydn con trompeta, una pieza de piano sin identificar. Los camareros llevaban frac, y alzar ni que fuese un dedo para llamar su atención se consideraba torpe, porque ellos respondían al menor gesto de la cabeza y salían de la cocina como un coro griego en volandas.

Entre los dos, a lo largo de la velada, comieron raciones de *foie-gras* de pato con gelatina de vino de melocotón, vieiras escocesas, jamón asado, lomo deshuesado de cordero de Auvernia, alubias blancas con trufa, pargo, albaricoques en almíbar, *panacotta* de laurel, quesos y chocolate. Bebieron champán, el vino blanco de la casa, un Château Mouton Rothschild, un Château Villefranche dulce, él un *espresso* y ella un té rooibos. También había almendras y pudín de Navidad con salsa de coñac traídos desde el Ritz de Londres.

Él llevaba un traje azul con zapatos de ante y una camisa gris de Turnbull & Asser. Los únicos gemelos que tenía eran los del regimiento: granates con un paracaídas de plata. Pensó que Danny no repararía en ellos.

En muchos aspectos, era un hombre chapado a la antigua. Envidiaba a los exploradores de la época victoriana por tener metas tan evidentes y por el contraste que experimentaban entre el mundo que descubrían y al que regresaban después. Las cosas ya no estaban tan bien definidas como entonces. No se fiaba de las emociones, sino del conocimiento y del deber. Sí, el deber. En ocasiones, su trabajo era aterrador. Y, cuando lo era, se enfrentaba a ello. Su mente era flexible, la de un futuro jefe de inteligencia convencido de que el mejor servicio que podía ofrecer en un presente tan complicado era ayudar a las personas a reconciliarse a nivel emocional con el lugar que les pertenecía en la historia. Eran casi coetáneos.

—Has estado en el ejército —comentó ella.

—¿Por qué lo dices?

—Por casi todo. Para empezar, por los gemelos. Por el tatuaje. Nunca había conocido a un hombre que doblase la ropa y colocase tan bien los zapatos antes de irse a dormir.

—Fue hace mucho tiempo —contestó él—. Serví sólo una temporada.

—Parece que lo lamentes.

—En algunos sentidos.

—¿Saltabas desde aviones?

—Sí, eso hacía.

—¡Caray! —exclamó. Un eco del «Caray» de él.

En realidad, no era francesa. Claro que se había fijado en los gemelos, claro que veía más allá de su fachada. No pasaría mucho tiempo antes de que la naturaleza de su espionaje fuese igual de evidente: las mentiras, los robos, las

muertes; los déspotas de la agencia, los hombres y las mujeres buenos a quienes no dejaban salir de allí.

Ella no quiso saber cómo era saltar de un avión, no preguntó: «¿Qué era lo que no te gustaba del ejército?», sino que dijo:

—¿Puedo recitarte algo en alemán? ¿Te importaría?

—En absoluto —respondió él, y añadió—: Pero no hablo alemán.

—Tú escucha las palabras.

Las pronunció despacio y con claridad.

—«*Durch den sich Vögel werfen, ist nicht der vertraute Raum, der die Gestalt dir steigert.*»

—No sé qué de un pájaro.

—Es de Rilke: lo que los pájaros atraviesan en picado no es el espacio interior en el que todas las formas se intensifican. Pensé que a un paracaidista le conmoviera.

Él le dio evasivas:

—Hace muchos años que no salto.

Charlaron sobre supermodelos, sobre el punk y sobre King's Road.

Ella le habló de su sobrino Bertrand. Bert.

Había muchas cosas de las que no podían conversar. Ella no podía simplificarle las matemáticas. Él debía ocultarse tras una identidad falsa por compromiso legal. Tuvieron una charla animada sobre cosas navideñas y escucharon los madrigales. Ella no le preguntó por África hasta que los camareros, apresurándose de un lado a otro como magos guiados por una estrella y cargados de olores dulces, sirvieron la carne.

—Háblame del África francesa.

—Yibuti —respondió él sin pensar.

—¿Dónde está Yibuti?

—Entre Eritrea y Somalilandia.

Ella asintió.

—Tiene el mismo aspecto que otros muchos lugares acabarán teniendo. La capital es Yibuti, que está en ruinas. La plaza mayor ahora tiene un nombre nuevo, pero todo el mundo sigue usando el de tiempos coloniales. Los bares clandestinos donde van a beber los legionarios franceses están cubiertos de bolsas de arena, para protegerse de terroristas suicidas, aunque las prostitutas siguen mostrando lo que tienen. Las tiendas que hay alrededor de esa plaza las regentan comerciantes chinos, y por las noches el helicóptero presidencial vuela bajo sobre los puestos del mercado. Todo el mundo tiene móvil con cámara y

reproductor de música. Muchos de los hombres de Yibuti olvidan apagarlos antes de entrar en la mezquita, así que una mezcla de tonos de llamada, algunos religiosos y otros sintonías de programas o de películas, y hip hop francés, interrumpen las oraciones. Por la tarde llevan allí a los camellos del desierto para matarlos y descuartizarlos, y de vez en cuando se ve a los afar dando machetazos a alguna joroba; después se reúnen a su alrededor a beber la sopa verde que sale de dentro, igual que han hecho durante siglos. Muchos edificios están reducidos a escombros y las partes que quedan en pie están cubiertas de carteles de dentífricos y jabones. Allí hace tanto calor que no hay brisa ni en el puerto, y no sé decirte qué hay en el agua. No se me había ocurrido pensar en eso antes de conocerte, pero creo que en el golfo de Tadjura hay tiburones, y volcanes en la costa. Es una zona con mucha actividad geológica.

—¿Es un país francés?

—Sólo los campamentos de la Legión Extranjera. Pero a veces, en el puerto, se ve uno de esos viejos vapores volanderos franceses que van a Reunión y a Caledonia. Al mismo tiempo, Tarek bin Laden, que es hermano de Osama bin Laden, quiere construir el puente más largo del mundo entre Yibuti y Yemen. El puente cruzaría el estrecho de Mandeb, la Puerta de las Lágrimas, y su idea es construir ciudades a ambos extremos, como señal de esperanza para la humanidad. Habrá una ciudad de dos millones de personas en Yibuti y otra de cuatro en Yemen. El coste del proyecto son cuarenta billones de dólares estadounidenses, y las tareas iniciales las están llevando a cabo contratistas norteamericanos de defensa, con el apoyo total de la CIA.

Calló. Se había desviado de forma alarmante hacia su verdadero trabajo: le habían encargado echar un vistazo al proyecto de construcción.

—Lo del puente es interesante. Según las pruebas de tipo genético y arqueológico de que disponemos, que en mi opinión son irrefutables, pero tampoco quiero desmontarle el chiringuito a nadie, en este planeta todo el que no es africano desciende de una banda de unos treinta humanos que atravesaron la Puerta de las Lágrimas hará sesenta mil años. Cruzaron de África a Arabia a pie y a nado, y tal vez también con balsas. Todos somos africanos. Casi toda nuestra diversidad genética existe entre individuos, no entre razas. Si se diese una historia migratoria similar, todas las tribus africanas acabarían siendo rubias y de ojos azules. En Francia nos ponemos pálidos como el requesón, y al sol, negros. Como especie, ya hemos escapado una vez: conseguimos salir de tu valle del Rift hasta Somalia, y de ahí a Oriente Medio. No sobrevivieron más que unos cuantos miles.

—¿Eso es todo? No me lo creo. Los monos debían de superarnos en número en todos los abrevaderos.

—Lo que eso significa a nivel genético es que todas las personas que ahora mismo están vivas y no son africanas descienden de uno de esos individuos que cruzaron el mar Rojo, mientras que todos los africanos son descendientes de los que se quedaron, teniendo en cuenta las posibles mezclas —dijo Danny, y se señaló a sí misma, como diciendo «*Voilà!*»—. Eso explica la diversidad genética de África, donde un aldeano puede estar más alejado de su vecino que tú de un polinesio. Eso es el éxodo.

Ella se volvió hacia el pianista que tocaba villancicos franceses bajito. James estaba seguro de que, en algún momento de su vida, recordaría esa velada, a ella.

—¿Qué pasa?

Él le sostuvo la mirada.

—Nada.

Pasaba todo. En ella veía un posible futuro. Su piel, sus rasgos faciales. Pero, pensándolo bien, tampoco era algo tan reciente: el orden febril de las razas llevaba mucho tiempo deshaciéndose.

A partir de ahí, la velada transcurrió más despacio, como una piedra que se hunde en un lago. Estaban cansados, y ese cansancio era íntimo y acogedor, y como acostumbra a suceder en las cenas largas, su conversación se volvió evocadora.

Empezó él, dándole un sorbo al vino dulce y contándole cómo, en 1597, el poeta John Donne zarpó rumbo a las Azores con el conde de Essex para interceptar una flota de Indias en la bahía de Angra, isla Terceira, un lugar de clima suave, con abundante comida, huertas frutales y campos donde engordar el ganado que los marineros dejaban al partir en dirección al Nuevo Mundo.

—Donne aún era un oficial entusiasta enrolado en la aventura de Essex, un poeta —explicó—, pero al regresar a Inglaterra, renunció a la vida de fugitivo para hacerse clérigo y, como tal, hizo una labor tremenda ocupándose de las necesidades de su congregación. Sus sermones y meditaciones siguen vigentes.

»“Ningún hombre es una isla entera en sí mismo —recitó—. Todos son parte del continente, una pieza del todo. Si el mar arranca un pedazo de tierra, Europa se empequeñece.”

»¿Qué crees que les pasa a los cadáveres en el mar? —añadió de su cosecha.

—Nunca le he dado muchas vueltas —mintió ella—. Nada de «eres polvo y en polvo te convertirás», eso está claro, sino «eres agua y en agua te convertirás». Estamos hechos de agua; es un dato obvio y, aun así, no nos lo

creemos. Pensamos que somos sólidos, pero no: somos bolsas de líquido. Sangramos. Nuestra boca, los ojos, toda abertura al aire está recubierta de saliva, mucosa o cera. Si nos expusiésemos al sol demasiado rato, nos secaríamos enseguida.

—Me choca descubrir que soy una medusa —respondió él, y encendió un cigarrillo—. ¿Se nos permite fumar?

—Creo que sí.

—Si el hombre está hecho de agua, ¿debemos inferir que los ángeles son de aire?

—Los ángeles son de luz. ¿Qué te ha hecho pensar en eso?

—¿No te has dado cuenta de que hay ángeles por todo el hotel? Sobre la entrada, en el salón de los espejos, en la escalera. Donne decía que los ángeles no se propagan ni se multiplican; que los crearon en abundancia, igual que a las estrellas. Pero eso plantea un problema: la población humana aumenta a velocidad pasmosa, pero la cantidad de ángeles sigue siendo la misma.

—¿Te preocupa que acabemos solos y que no tengamos quien nos muestre el camino?

—Es lo que decías ayer: todo se cuantificará, y habrá menos de todo.

—No es tan complicado —afirmó ella con un leve cambio en la voz—. Supongamos que hay un dios, que ya es mucho suponer, y supongamos que lo sabe todo. Si es así, antes de empezar ese dios ya tiene constancia de la máxima población humana que habrá en el planeta y en el universo. Y, como también es todopoderoso, habrá puesto en marcha el programa para que una cantidad  $x$  de ángeles, un trillón, por ejemplo, cobren vida cierto tiempo después del big bang, pero los habrá creado sin conciencia, sin acabar de nacer del todo hasta que tengan a alguien de quien cuidar. Es muy probable que los neonatos sean el despertar de los ángeles.

—¿No eres creyente?

—¿Tú sí?

—Sí —contestó él—. Y no me avergüenza decirlo.

Llegado ese punto, ella podría haber dejado el tema, el de la credulidad; pero cuando alguien te atrae, hay cosas que no puedes compartir que también atañen a esa persona. Además, ella tenía sus propias experiencias, su imaginaria.

Lo miró a los ojos.

—Me cuesta creer en cualquier cosa que no sea capaz de evolucionar —le contó—. Y, en cualquier caso, ¿qué hace a Donne una autoridad en el tema?

Él pensó un momento.

—¿La generosidad? ¿La conciencia? —Le vino a la memoria otro verso de Donne—: «Yo mismo no me hago nada, pero soy mi propio verdugo».

—¿Sabes por qué los ángeles no sonríen en los cuadros?

—No.

—Por lo antiguos que son.

A través de su trabajo había descubierto la importancia de la imaginación. A ella le interesaba el hecho de que los ángeles fuesen anteriores a las religiones actuales, y con todo lujo de detalles. No eran superhéroes. No tenían humores. Eran perfectos, inhumanos. Vio una caja babilonia de arcilla y, en ella, un ángel arrodillado con las alas plegadas. Si le acercase un farol, como ajustando el faro de un sumergible, distinguiría con claridad la anatomía de su espalda y de sus hombros. El ángel se erguiría, un gigante en la conciencia de Danny, con la cabeza gacha. Ella observaría el rostro surcado por cicatrices de meteoritos, y el ángel desplegaría las alas poco a poco para revelar un plumaje pingüedinoso y una envergadura mayor que la de cualquier águila marina. Entonces el ángel se metería de nuevo en la caja, y ella se marcharía, regresaría a su vida, a Londres, al trabajo y a las facturas.

—Cuéntame algo horrible —le pidió.

—¿Por qué haría semejante cosa? «Asómate a la ventana y verás al niño en la cuna.»

—No nos queda mucho tiempo. ¿Sirve eso como motivo?

Él se quedó callado.

—Te revolvería el estómago.

—Podré soportarlo.

A James le iba la cabeza a toda velocidad. No era ingeniero hidráulico. Había visto violencia. La había perpetrado.

—De acuerdo —accedió al final—. Otro rito mortuario. ¿Te acuerdas de los luo? Los de los bosques de Nairobi.

—¿Los que desentierran las hienas? ¿El pueblo de Barack Obama?

—Eso es. La mayoría viven en Kenia occidental, a orillas del lago Victoria. Allí las aldeas de pescadores más aisladas se rigen por tradiciones codificadas en un panfleto titulado *Luo kiti gi tubege* antes de la independencia. Lo he leído, así que estoy seguro de que lo que vi en una de las aldeas no era atípico. Un niño se ahogó entre los juncos donde las mujeres lavan la ropa y se esconden los cocodrilos. Era jorobado; débil, según decían todos, y le costaba caminar. Antes de enterrarlo, debían abrirle la joroba. Su familia le pagó a un hombre el precio en cabras para que lo hiciese. Antes pagaban vacas, pero ahora nadie puede permitírselas. En el lago no quedan peces y los pueblos son pobres.

»Todos los habitantes se reunieron —continuó—, y el hombre afiló el hacha. Yo pensé que iba a ser testigo de una ejecución, pero entonces vi el cadáver colocado boca abajo en una especie de hamaca, con la joroba hacia

arriba. La gente estaba triste, pero también tensa; si el tipo cometía algún error, la familia heredaría la joroba. Si no, el lago se llevaría la maldición. El hombre bebió vino de plátano y blandió el hacha para calentar los músculos. Recorrió la columna del niño con los dedos, buscando el lugar exacto; la mano iba sorteando los bultos. Por fin, se alzó sobre el cadáver, dio un golpe en la cima de la chepa con el hacha y se la abrió.

—Yo no he visto nada con mis propios ojos —dijo ella después de un breve silencio—. Sólo en las noticias.

Él le lanzó una mirada inquisitiva.

—Desde pequeña —empezó—, siempre he imaginado el hundimiento de un barco de esclavos durante la travesía del Atlántico.

—¿Como si fuera un sueño?

—No, una serie de litografías. Cada vez los rostros son un poco distintos. Primeros planos, a menudo desde ángulos raros. Siempre empieza igual: el contramaestre está fumigando la bodega de los esclavos con una cadena al rojo vivo que hunde en un cubo de brea. El metal está demasiado caliente, lo deja caer en la cubierta barnizada, y la madera prende. El timonel abandona su puesto. Los marineros se ahogan con el humo. El barniz burbujea. Los esclavos chillan bajo cubierta. Casi nunca los veo, pero las veces que los he visto, las imágenes no son claras, son muy negras, el esbozo de una boca abierta, el centelleo del metal. Los marineros bajan los botes de remo al mar y ni se les ocurre soltar a los esclavos. Entra el agua. El barco se parte y desaparece bajo las olas. ¿Sabes qué es lo siguiente que veo?

—No me lo imagino.

—Nada. Sólo la superficie del mar. Es mi inexistencia. Mi antepasada esclava se ahoga en el Atlántico y yo no nazco.

—La parte australiana de la familia está viva y coleando.

—Hasta que se hunde el barco de presos —repuso Danny con acento australiano—. Una parte de mí cree que me interesé por el océano para saber a qué lugar iban esos esclavos —prosiguió—, hasta dónde se hundían. Y las últimas veces, las imágenes se han ido alejando cada vez más del navío. No distingo los rostros, sólo las siluetas de los marineros, el incendio del barco y el naufragio. Ya van varias veces que sueño que estoy hojeando las litografías en el andén de una estación de trenes en un lugar que, según recuerdo, es Argentina. Hay un río ancho, una llanura, viñedos y montañas nevadas. Bariloche. Siempre es otoño, y las hojas se pegan al suelo como si fueran sellos; un anciano me cuenta la historia del barco con todo lujo de detalles. Está sentado a mi lado, en un banco.

Cada uno recibió un pequeño regalo de Navidad. Ella, un conejo pequeño de cristal; él, una navaja multiusos. También le trajeron un whisky.

Ése era el estado de ánimo de James cuando se ponía a pensar en lo metafísico: más cercano a Donne que a Ibsen. El cielo era como una desconexión. Entrabas y te bañaba una luz uniforme, sin sol ni tormentas, una luz que no era atmosférica; te recibía un sonido sin variación.



Somalia no es el África conocida. Allí jamás verás a un hombre desnudo; todo el mundo va envuelto, cubierto. No hay nómadas transportando cajas de Coca-Cola al hombro con escarificaciones en las mejillas y en el pecho, tampoco pollas finas colgando con un suave bamboleo.

Es de justicia decir que el rito iniciático de la mayoría de edad de los yihadistas somalíes no es, ni mucho menos, tan exigente como la ceremonia de circuncisión de los jóvenes masáis, a quienes se deshereda si hacen el menor gesto de dolor mientras una cuchilla afilada les circunvala el glande y, en cambio, se los premia con chicas que llevan el pecho cubierto de collares, la piel atravesada con imperdibles, las nalgas pintadas con pasta de ocre, que huelen a tierra, a cabras, y cuyos pechos son firmes y de pezones prístinos, si se mantienen impasibles. El masái que guarda silencio durante la circuncisión se gana la leche y la sangre del ganado, recibe su propio cuchillo y una lanza. Sea cual sea su credo, cantará y brincará al modo masái. Si no emigra a la ciudad y se pierde allí, acabará teniendo la fortaleza suficiente para caminar descalzo durante días y continuar a pie hasta hacerse viejo, mucho después de que le fallen la vista y el oído.

Lo que debe pasar el muyahidín es más fácil en algunos aspectos, más difícil en otros. Es más fácil apretar el gatillo o pulsar el botón del detonador a distancia de un dispositivo explosivo improvisado (los teléfonos móviles no son fiables) que someterse a una cuchilla sin anestesia y sin poder expresar muestras de dolor. Por otro lado, el aguante de un yihadista no tiene ninguna recompensa evidente en esta vida.



Esa noche caminaron por el uadi, y el camión los seguía a cierta distancia. Al amanecer, durmieron. El viento se levantó por la tarde, cuando estaban recogiendo el campamento. El uadi era una grieta excavada por el agua, abandonada por el agua, y canalizaba el viento de tal manera que, incluso cuando se envolvían el rostro, apenas veían entre tanto polvo. Bebió de las cintas grasientas y enfermó aún más. Vomitaba la comida que le daban y serpenteaba como un inglés vagando bajo el sol de mediodía, pero nadie se lo impedía, porque no había adónde ir. Cuando deambuló demasiado lejos, lo atraparon y lo ataron de pies y manos. Podía arrastrarse hasta alguna grieta y orinar; para lo otro, necesitaba que lo desatasen.

El calor le provocaba un picor bajo el cuero cabelludo. Las serpientes no se movían de debajo de las rocas. Y los yihadistas tampoco. Él tropezaba con su propia sombra. Había sido uno de esos paracaidistas capaz de matar a un soldado con las manos, pero ahora ni siquiera conseguía seguirles el paso. Estaba hecho para estructuras y sistemas. Durante su estado de aletargamiento, veía el sol endurecerse, describir un arco en el cielo y suavizarse a última hora de la tarde. Veía los colores de la madera petrificada. Oía oraciones en la sombra. Ojalá tuviera fuerzas para trepar por la orilla del uadi y salir al mundo.

Cuando tuvo la mente serena y la respiración despejada, vio que el uadi se dividía en las partes donde lucía el sol y las partes adonde nunca llegaba. Éstas le servían de recordatorio de lo que había dicho Danny: que en las grietas habitan las formas de vida más extrañas.

Pensó que en el futuro las grandes obras de la literatura se traducirían a una escritura jeroglífica basada en formas hexagonales, incluyendo ese pasaje de *Utopía* en el que su antepasado santo soñaba con los vastos desiertos del ecuador:

Páramos abrasados, quemados y resecos por el continuo e intolerable calor. Todas las cosas son repulsivas, terribles, odiosas y desagradables a la vista. Todas las cosas exentas de hechura y belleza, habitadas por bestias salvajes y serpientes y, en el mejor de los casos, por gente que no era menos salvaje, indomable y dañina que las mismas bestias.<sup>[8]</sup>

La luz y la oscuridad del uadi lo ayudaban a comprender mejor la forma en que los yihadistas veían el mundo.

—¿Qué influencia tiene el desierto en el islam? —le preguntó a Saif cuando ya se encontraba mejor.

—¿A qué te refieres? —contestó Saif—. El desierto también tiene valor para los cristianos. Jesús fue al desierto.

Sabía que a los ingleses la humedad los calaba hasta los huesos.

—Ya no. En Inglaterra no.

James estaba convencido de que el contraste del desierto había ayudado a crear las religiones abrahámicas y de que la Ilustración y el estado avanzado del cristianismo implicaban la aceptación de la existencia de los días y las noches de lluvia. Una vez más, guardaba relación con el clima. Las nubes de Inglaterra que tapaban las estrellas, las épocas de llovizna, la neblina, las tormentas, los árboles que perdían el follaje, todo eso era una burla de los conceptos absolutos de los beduinos.

En el uadi había árboles flacos; muy viejos, duros como piedras. En la oscuridad de sus huecos y entre las raíces había arañas y ratones.

Una noche, mientras caminaban, toparon con un cormorán que estaba demasiado débil para emprender el vuelo. Estaba posado en una roca, agitando las alas como una oca en un corral de granja. Si lloviese, sobreviviría, pero no había señales de nuevas lluvias.

Durante la marcha, pensaba mucho en el sexo. No en el celo de los animales ni en el deseo reprimido de los soldados, sino que se ubicaba en la pista de baile de Kampala, con resultados algo cómicos: la adulación, el torrente de culos de mujeres ugandesas, pechos enormes que giraban, oscilaban y se meneaban, los espejos, los cigarrillos, las botellas de cerveza Nile, mobiliario barato fabricado en China, sudor. Y todos los demás hombres reunidos al fondo de la pista, viendo un partido de la liga inglesa en un televisor, cosa que lo dejaba a él solo para satisfacer a todas las mujeres. Se le acercaban en orden, y él, arrastrándose como podía, no tenía inconveniente en ir haciendo.



Tiempo atrás hubo un conde húngaro de Transilvania que vendió un diamante familiar para financiar una expedición al África oriental. Sus portadores lo llamaban *el gordito*.

Compró las armas en Holland & Holland, en Londres, y recuperó parte del coste de la expedición mediante la venta del marfil de los elefantes que había matado; el mismo marfil con el que en ese período se hacían muchas de las teclas de piano de Viena.

Se contaba que un joven fanfarrón estadounidense contemporáneo del conde había llevado varios pares de guantes del color de su piel para el viaje por tierra hasta el río Tina, con la intención de hacer creer a los somalíes que se desollaba las manos. Sin embargo, es difícil dar crédito a esa historia. ¿Se lo creyeron?



Era más fácil de aceptar si se lo hacía África. Para el hombre pálido, el continente era una amante cruel. Si pensaba eso de su secuestro, podía identificar su viaje con el final mediocre de una exploración africana; poco más que una excursión. Tenía una opinión muy pobre de muchos de los exploradores y cazadores blancos, por la violencia de su instinto adquisitivo. Él creía en servir a los demás, y de haber sido más moderado, podría haber sido el señor Agua de verdad.

Junto a los lagos del Congo, la hierba crecía alta y se le acumulaba tanto barro en las botas que para retirarlo al final del día no bastaba con dar pisotones, sino que había que usar un cuchillo o una cuchara. En las shambas crecía maíz, además de calabazas, yuca, espinacas, guisantes, cacahuetes, algunas guayabas, mangos, sandías y muchos tipos de bananas, que se estofaban y se servían con carne deshilachada de pollo o tilapia. Los aldeanos colgaban colmenas de los árboles para que las abejas silvestres las colonizaran. Eran barriles fabricados con tiras de bambú recubiertas de barro, estiércol y hojas. Un extremo se sellaba con corteza de banano y en el otro se hacía una red con enredaderas y cordel. Pensó en los que trabajaban en las laderas de los volcanes, más arriba de los lagos. En esos hombres y mujeres atravesando los campos de sorgo, rodeados de borlas rojizas que se mecían al viento, de regreso a sus casas por caminos encharcados, con las azadas al hombro, bordeando arroyos claros. Cada uno se dirigía a su choza de adobe sin ventanas y techumbre de tejas.

Se acordó del agua turbia de los lagos, de las formaciones rocosas y de los viejos barcos de vapor escorados en la orilla. De los bares del lado congolés —el Zebra y el Sir Alex—, y de cuando los soldados salían dando tumbos de madrugada, aún armados y con las botas de agua puestas, y se llevaban consigo a las chicas cuyas familias las incitaban a acostarse con ellos en espera de mejores raciones y protección.

Se acordó sobre todo de las tormentas atronadoras de las tardes, de un niño que vendía tomates por unidades bajo la lluvia, al borde de una carretera; del vapor que despedía la tierra después, de cómo los monos trepaban por los árboles a la carrera y del hombre que, con la última luz del día, leía la Biblia sentado en un escabel a la entrada de su choza.

Había una ciudad a orillas de un lago entre el Congo y Ruanda donde el viento soplaba con fuerza, pero no levantaba olas. En la parte más alta había un hospital construido por los soviéticos y, detrás de él, un faro que brillaba al anochecer; había también un niño que vendía chicles, y un día, mientras paseaba sin prisa, miró al cielo y dijo: «¡Mirad! La luna le está robando la luz al sol!».

Sacaron el camión de la hendidura del uadi. El panorama era marciano, pero se veía movimiento: impalas alejándose a brincos, pitones de Seba y ranas venenosas. Pasaron junto a una tumba donde habían tendido el cadáver en la superficie y lo habían cubierto con rocas. La lápida encomendaba la vida del pastor al Todopoderoso. Había algunos salvajes que no les prestaron la menor atención, sino que se refugiaban del sol y del viento en chozas redondas hechas de papel, plástico y tela.

Llegaron a un lugar al que ninguna imagen obtenida por satélite haría justicia. Una llanura de escoria volcánica, como en las laderas de la isla del terrorista. Después, el camión descendió por debajo del nivel del mar a una blancura groenlandesa. Incluso desde cerca, tenía la consistencia de un bloque de hielo, con las mismas vetas verdes. Tenían ante ellos todos los tonos de blanco y témpanos rosados en el mar. Cuando saltaron desde el vehículo, el suelo crujió bajo sus pies. Pero era una ilusión; no se trataba del hielo del norte que da la vida, que se derrite y se congela, y bajo el cual nadan las belugas. Era un salar. La neblina eran vapores de cloro y en el cielo no había pájaros. Por todas partes se veían esqueletos de animales extraviados que morían y acababan cubiertos de sal. Recogió un cráneo que parecía congelado, con las cuencas teñidas de gris; debía de ser de una gacela. La sal se desmigaba al menor roce y dejaba el hueso al descubierto.

Saif ordenó al grupo romper bloques de sal y cargarlos en el camión para intercambiarlos más adelante por carbón y suero de leche. Los ayudó a envolverlos en sisal y se sacudió la sal del pelo y la cara. A todos se les formaba una película en la piel, como si tuvieran escarcha: era imposible vivir por debajo del borde del mundo.

El suelo era plano como una mesa de billar. Durante el último período pluvial había estado sumergido, y cuando se fijó mejor, James descubrió dientes de peces y cocodrilos prehistóricos esparcidos por todas partes.



La entrada de un alma en el cielo es como cuando un barco descubre el puerto

hacia el que navega. Pero la esencia del viaje de Danny era que ella no zarpaba hacia ningún puerto. Habían dejado Islandia atrás, el fiordo, el monte verde y los glaciares de Akureyri, y surcaban el mar en dirección al norte, hacia el mar de Groenlandia: Grønlandshavet. Danny navegaba rumbo al campo de fuentes hidrotermales sin explorar más grande del mundo, que estaba muy por debajo del fondo de los icebergs y de la superficie azul y negra, en una parte de la zona hadal cuyo reloj marcaba el paso del tiempo a oscuras y con una lentitud incalculable.



Era la expedición veraniega más importante en la que había participado. Estaba convencida de que le daría la posibilidad de calcular la magnitud de la vida en las fisuras de las rocas que formaban la base de la zona hadal. Ella era una de las integrantes del equipo que había descubierto el campo el verano anterior y, cuando le pidieron que le pusiera nombre, lo llamó *Enki*.

Iba a bordo del buque oceanográfico francés *Pourquoi Pas?*, que a su vez llevaba el sumergible de la marina francesa *Nautilus*. Los preparativos habían ido bien, y todo su equipo de laboratorio estaba instalado. Thumbs se había apuntado al viaje. Los científicos eran franceses, británicos, alemanes, suizos, italianos y noruegos. Ella tendía a estereotipar las nacionalidades. Es decir, había suficientes británicos para garantizar el visionado de episodios de «Monty Python's Flying Circus» por la noche. Según ella, los franceses se ocuparían del vino durante las comidas y, en cubierta, serían los que repartirían tabaco a los demás. Los italianos serían una sorpresa. En cualquier caso, se alegraba de no estar en un barco estadounidense, porque ellos eran más propensos a felicitarse por todo y entre los tripulantes había menos *bon vivants*, más gente que pasaba las noches leyendo novelas de aeropuerto a la luz de los fluorescentes del comedor y bebiendo agua con hielo. En esos buques se daba por sentado que todo el mundo debía comprar la camiseta horrible de la expedición, o incluso una sudadera, como si necesitases una insignia que diese fe de que habías tocado el océano, de que ejercías tu profesión. Ella se negaba. No llevaba las prendas ni cuando se las regalaban, a menos que fuese una gorra. Las estadounidenses que acostumbraban a cubrirse con esa vestimenta ancha de algodón y que raras veces se habían puesto tacones se ofendían con su presencia; la consideraban una esnob, una dama de hielo.

Y ella era esnob. Detestaba todo lo vulgar; la vulgaridad no valía. Thumbs lo había descrito mejor que nadie el día que había dicho que ella era dos gatos en uno: persa y callejero. Por mucho que en el barco vistiese con estilo y aplicase su

cerebro al estudio en el laboratorio, la indecencia con que llevaba años bebiendo, soltando puñetazos y follando en las expediciones científicas superaba todas las sospechas de sus detractores.



El camión subió traqueteando en dirección a unas lomas verdes.

—Vamos a donde está el agua —dijo uno de los chicos.

Su somalí estaba mejorando; lo había entendido.

Entre las nubes había una choza atendida por un pastor con anorak. Las ocas surcaban el cielo, y uno de los soldados se tapó los oídos para no oír los graznidos. Había pasto; el agua salía de las rocas gota a gota y se acumulaba en una poza llena de algas verdes.

Ahora que no hacía tanto calor, todo era más fácil; incluso el niño loco, la serpiente, recuperó la compostura y dejó de volverse contra los demás tan a menudo. En el malpaís vivían aquellos que ya no sabían dónde cavar para encontrar agua, y ataban a una vaca hasta que estaba al borde de la muerte para después cortar la cuerda y dejarla husmear el pozo.

El pastor se ganaba un sobresueldo recolectando la resina con la que se hacía el incienso, y James no tenía claro si la relación con Yusuf era por su comercio o si compartían un pasado de pastoreo, pero las incisiones que tenían las boswellias en la corteza y la delicadeza con que el hombre se ocupaba de esos árboles contrastaban con la operación de reducir la grasa de ballena para hacer perfume.

La choza constaba de dos estancias y un suelo de cemento. Ya no tenía puertas ni ventanas, y todas las superficies estaban cubiertas de una capa de polvo y de moscas muertas, lo que no impidió que James imaginara a un pastor calabrés escondiéndose allí para huir de la ley. El ciprés que había detrás debía de haberlo plantado un italiano. Era alto y proyectaba en la ladera una sombra con forma de huso. James no habría creído posible que un ciprés fuese a prosperar en aquella tierra, pero estaba bien plantado, en un lugar sombrío.

Aquello era distinto de la costa. Por las mañanas, el viento soplaba con fuerza, pero al final del día la quietud dominaba y la tierra parecía suspirar con los últimos instantes de luz.

La pequeña montaña era nueva, suave, irregular. El manantial atraía a toda clase de animales sedientos. Naturalmente, había dic-dics, aunque su paso casi ni se notaba porque sus pezuñas tocaban la tierra apenas un segundo. Llegaron tres elefantes que habían subido la cuesta para beber. Avanzaban con cautela, partiendo ramas. Eran pequeños y tenían los colmillos cortos, cosa que era

improbable, pero la naturaleza era así. Los hipopótamos aparecían de la nada en las pozas, las huevas de las tilapias se adherían a las patas de las aves acuáticas y ellas las transportaban de una charca a otra. La vida se aferraba a la vida.



En Nueva York, James había conocido a un viejo poeta serbio; un hombre que siempre había vivido una existencia precaria y al día, al margen de todo, y estaba resentido porque su vecindario yugoslavo había acabado siendo haitiano.

Junto a su edificio había una cancha de baloncesto adonde iban a jugar los jóvenes.

—Putos negros mamones. No paran de gritar. Qué ordinarios son. Les daría una buena tunda, pero mírame: estoy tan viejo que hasta me dan ganas de ir a misa, ¿entiendes?

Sus erres eran más suaves. Las oes, más cavernosas.

El cuarto era pequeño. El tipo le ofreció un vaso de algún alcohol transparente y le habló de cuando observaba los rostros de los soldados de la Ustacha durante la Segunda Guerra Mundial, a pesar de que James había acudido a él por un tema relacionado con la guerra de los Balcanes de los años noventa.

El poeta le explicó que, de joven, hubo un día que estaba apartado, debajo de un roble. Era octubre.

—No podía ser noviembre, no, debía de ser octubre, claro. Uno de esos días en que ya no es verano, pero tampoco invierno; cuando ya hay setas, pero todavía quedan bayas. Cuando a los ustachas les pegaban un tiro, les salía una especie de nube de la cara, ¿sabes? O del cogote, sí, como una exhalación. Me acuerdo de que el suelo estaba mojado, y yo tenía las botas empapadas. No hacía calor, porque estábamos en las montañas, cerca de Plitvice.

El poeta había salido de Yugoslavia durante los sesenta, y los poemas que escribía en el exilio lo habían convertido en el mascarón de proa de un grupo paramilitar serbio.

—Llegó un momento en que no podía más con Tito. Nos había vendido. Bueno, eso da igual. Me llamaron y me dijeron que le pegase un tiro a uno de los ustachas en la cabeza. Pero yo no era capaz. O sea, se me había ocurrido mil veces, pero... un arma de verdad, un hombre de carne y hueso... Ni hablar.

Los interrumpió el chirrido del último convoy de metro elevado, la línea Jamaica, según le dijo el poeta; después, el canto de un pájaro en la calle y, por último, nada. La cancha de baloncesto estaba vacía. Había un cuaderno abierto sobre la mesa con un lápiz afilado.

—Tiene gracia —dijo el poeta— cómo les damos vueltas a las cosas en la cabeza. En las tiendas de juguetes del centro llaman a esas cosas *molinillos*. Aquí estoy, en la ciudad de Nueva York, pero no estoy en Nueva York. Nací en un reino. El reino de los serbios, los croatas y los eslovenos. Sí, estuve en la guerra, vine a Estados Unidos... ¿Cómo lo explico? Floto. Empieza la temporada de béisbol, acaba, llega la nieve, se va. Pero el dinero no. Y el tiempo se ha parado para mí, como si todos los días tuviese que fichar.

Alzó las manos. Su lenguaje corporal era muy neoyorquino.

—Vienes a preguntar por el futuro. Por los hombres que se esconden. Por la Bosnia de ahora. ¿Qué sé yo? No es conmigo con quien hay que hablar, yo no puedo ir ni atrás ni adelante.



Según el Corán, Alá creó a los ángeles a partir de la luz y después a los yinn con llamas de las que no salía humo. Al hombre lo hizo con arcilla y no le infundió vida hasta que los yinn decepcionaron a Alá trepando hasta el cielo para escuchar las conversaciones de los ángeles. Alá ahogó a los yinn, o los destruyó de otras maneras, pero les permitió a todos que vivieran en paralelo y cohabitasen el mundo.

Los yinn pueden ver a los hombres y tomar posesión de sus cuerpos, pero que los hombres vean a los yinn es mucho más difícil, pues su mundo no tiene intersección con el nuestro. En algunas tradiciones, todo aquel que le ve el rostro a un yinn muere de miedo.

Se dan algunas señales que delatan a los que viven entre nosotros. Los ojos y los patrones del habla, o los pies, que a menudo están colocados hacia atrás. Los yinn tienen libre albedrío igual que el hombre, pueden escoger ser creyentes o no, ser buenos o malos. «Y, entre nosotros, los yinn, existen aquellos que son rectos y los que se desvían mucho de esa virtud. Somos sectas con normas diferentes», dice el Corán.

Las armas para combatir a los yinn malignos son la certeza religiosa y la educación, dos cosas que generan un hervidero de ideas que ellos no soportan. Los que eligen dar el paso a nuestro mundo prefieren ocupar cuerpos en estado liminar: mujeres con la menstruación o embarazadas, lunáticos, una persona presa de la furia y por tanto incoherente, o un hombre y una mujer en pleno acto sexual, cuando la conciencia no es sino una lámina de cobre batido que nada más refleja el instante presente.

De la serpiente del jardín del Edén se dice que era un yinn capaz de cambiar de forma. A ellos se les atribuye las obsesiones de la noche y, entre los clérigos musulmanes, no hay acuerdo sobre si tienen entidad física o si son sutiles. Según los relatos de algunos religiosos, son gigantes, espantosos y de rasgos úrsidos, con pelaje enredado y dientes largos y amarillentos; son los abominables hombres de las nieves del Hindu Kush y del Himalaya. A esta clase de yinn se les da muerte disparándoles pepitas de ciruela o de otras frutas con una honda. Los clérigos académicos prefieren describirlos como energía, una pulsación que responde a las leyes de la física y adquiere vida en los márgenes del sueño o de la locura y se expande hacia otros estados semiconscientes de la existencia. La noción de que los yinn son la continuidad de los pensamientos presentes en el mundo antes que el hombre es una extensión de esa idea.



Seguía sin acercarse a Saif. No sentía simpatía por el hueco que tenía entre los dientes ni por sus arrebatos, y estaba decidido a evitar cualquier insinuación sobre el síndrome de Estocolmo, según el cual el secuestrado desarrolla afecto por su secuestrador. Sin embargo, cuando cocinaron patas de oveja, fue Saif quien se aseguró de que comiese y también le dio té; fue Saif el que se acercó a hablar con él. Sentados juntos, contemplaron Somalia. De día las vistas alcanzaban el salar, pero de noche la oscuridad se lo tragaba todo y no se veía ni una sola luz.

Lo llevaron con Saif y los extranjeros a una cueva en la cima de una colina. Saif insistió en entrar, pero el resto de los soldados tenían demasiado miedo para seguirlos.

—Ven conmigo —le ordenó Saif.

Así que se adentró en la gruta.

En el centro había un agujero en el suelo.

—Llega hasta el infierno —le susurró Saif.

Se tumbaron boca abajo y se arrastraron poco a poco hasta el borde. Saif lanzó una piedra al interior, y ésta se perdió sin hacer el menor ruido.

—Vamos a ver —dijo Saif.

De dentro salía una corriente fresca. En algún lugar del manto terrestre o en otro territorio de la existencia o presente en las diatomeas que crecían en las paredes, Saif estaba convencido de que había una ciudad yinn. James descubrió un centelleo en el pozo, como de gotas de agua, aunque tal vez fuese otra cosa.

¿Qué ocurriría si se lanzase al interior? ¿A qué parte del mundo llegaría? En cuanto lo pensó, sintió un mareo abrumador. Por su lado, Saif temblaba sin control. Sin dirigirse la palabra, se retiraron.

El miedo que más a menudo acompaña la presencia de los yinn es el miedo a perder la facultad de la razón. Eso fue justo lo que sintió. La roca cedía bajo su cuerpo, algo intentaba cogerlo y hacerle dar vueltas en el aire. Había voces, movimiento. Estaba asustado, pero sentía una felicidad curiosa, porque el miedo no tenía que ver con el secuestro.

Saif quiso recitar una oración en voz alta a la entrada de la cueva, pero se le trababa la lengua y no acabó el último verso. El resto de los soldados daban voces colina abajo. Se habían convencido de que había varios yinn hurgando entre las piedras de su alrededor, buscando huesos. Saif le quitó el seguro a su arma y echó a correr cuesta abajo. Él lo siguió. En ese momento era igual que él, y compartían la misma incertidumbre.

Saif creía en los yinn. La CIA era una agencia yinn, igual que las personas para las que James trabajaba en realidad. Según él, también había yinn honrados, y en las batallas les susurraban en el pecho a los que iban a morir.

—A lo mejor no sabes, Agua, que los judíos controlan a los yinn —le contó Saif al día siguiente.

—¿Y eso?

—Siempre ha sido así. ¿Crees que los judíos han ganado riquezas y poder sólo a base de trabajar? No, no. El mismísimo Salomón usó a los yinn para construir el templo en Jerusalén. Si algún día encuentras una lámpara con uno atrapado dentro, verás que el hechizo mágico está escrito en hebreo. Eso es: en hebreo, no en árabe.

Si los yinn eran manifestaciones —de apariencia monstruosa y úrsida— de los pensamientos que existían en la Tierra antes de la aparición del hombre, ¿qué aspecto tendrán las criaturas de los pensamientos que el hombre deje atrás?



James le hizo el amor en su habitación. La puso de rodillas sobre la alfombra de seda. La empujaba hacia delante y ella no se agarraba a nada.

Era su última noche en el hotel Atlantic. Insistió en que ella compartiese su cama. Danny se durmió en sus brazos de inmediato. Él notaba el peso en el

pecho; no podía dormir —la comida, la cafeína, la despedida—, y estando allí tumbado, a pesar de la dicha navideña y de que la velada hubiese acabado con el barco de esclavos hundido, no podía quitarse una cosa de la cabeza: su cuerpo, que sus músculos sólo contenían líquido.

Pasaron la mañana en la cama. Ella lo cabalgó con ritmo. Se sentía agotada, derrotada; el giro que los había juntado estaba a punto de separarlos. Estaban en un hotel. Allí uno llegaba y se marchaba.

—Esta tarde iré a bañarme al mar —dijo ella mientras se vestía.

—Sola no.

—Soy fuerte. No me alejaré de la orilla. —Vaciló un momento. Estaba nerviosa—. ¿Y si voy a verte a Nairobi?

—No lo digas por decir —contestó él, y sonrió, pero al mismo tiempo pensaba: «No puede venir»—. Te llevaré a Lamu.

—Quiero nadar en tu piscina.

Él se marchó después de comer. Tenía que coger el Eurostar de la tarde que cubría el trayecto de París a Leeds. Lo esperaba el mismo taxista, el mismo Mercedes.

Ella estaba en los escalones de fuera. De pronto, el cartel del hotel Atlantic tenía un aspecto chillón y chabacano. Ella le pareció una desconocida; no sabía quién era. Todo transcurría a la inversa, al revés de cuando se conocieron en la playa. El sol se asomó entre las nubes y hasta la nieve parecía estar elevándose. Él bajaba la escalinata de espaldas, pero de pronto algo extraño le ocurrió a la luz; los colores cambiaron, el bosque se tiñó de azul, y ella bajó los escalones, lo rodeó con los brazos, y él la besó en los labios con ternura. Ambos comprendieron que se habían enamorado. Él la conocía, siempre la había conocido, siempre la conocería. Nada discurría al revés —ni la nieve ni ellos—, todo era como debía ser.

Ella lo apartó y se cubrió las manos con las mangas del jersey. Cruzó los brazos.

Él la miró una vez más. La absorbió. Ella era distinta. El espacio entre los lugares desaparecía, había personas atravesando el cielo en cabinas presurizadas, pero ella estaba abriendo camino hacia otro mundo en el interior del mundo.

Subió al taxi y cerró la puerta. Ella le dijo adiós con la mano una sola vez y

entró en el hotel. El argelino lo saludó casi con afecto, y él contestó con la misma amabilidad; la frialdad del taxi se redujo.

Las estaciones de ferrocarriles más cercanas estaban cerradas por la nevada, así que tuvieron que hacer un viaje de una hora a un pueblo más grande por donde pasaba una de las líneas principales. En un momento dado, subieron una cuesta empinada y el coche se deslizó por la carretera y se metió en una zanja. James se bajó y empujó. Fue fácil sacarlo. Siguió al vehículo colina arriba y, al llegar a la cima con el coche delante, las luces de freno encendidas, el humo del tubo de escape, se dio cuenta de que estaba al borde de un acantilado. Al fondo, el Atlántico rompía contra las rocas.

Unos kilómetros más allá, le sonó el móvil.

—Soy yo, Danny —dijo ella—. Quería decirte que ya te echo de menos.

—Déjame que regrese.

Lo habría hecho. Ella no respondió de inmediato, él oyó el viento. Entonces su voz sonó con más claridad; debía de haber tapado el micrófono del móvil con la mano.

—Voy a nadar. Feliz Navidad.

—Feliz Navidad, Danny.



En la última escena de *A orillas del ancho mar*, de August Strindberg, un inspector de pesca arrogante y maniático llamado Axel Borg sufre una crisis al enfrentarse a su propia mediocridad, característica despreciable que él identifica con casi todos los que lo rodean.

Un barco de vapor naufraga en Huvudskär, una isla en el archipiélago de Estocolmo en la que el protagonista está destinado. La nave yace escorada cerca de la orilla, con la chimenea de color blanco y negro rota, y el casco bermellón brillando como un pecho reventado y ensangrentado. Su comportamiento es febril, enloquecido; va dando tumbos por una costa desnuda de árboles, resbalando sobre el gneis rojo que el hielo ha dejado limpio de líquenes, y entre los mástiles y los palos del barco alcanza a ver figuras flotando, siluetas oscuras y retorcidas como gusanos en un anzuelo.

Se adentra en las aguas heladas y atraviesa las olas bajas. Recoge montones de niños vestidos con colores alegres:

Algunos llevaban en la frente un flequillo claro, otros oscuro. Tenían las mejillas blancas y rosadas, y sus ojos —grandes, azules y abiertos— miraban el cielo negro sin moverse ni pestañear.

Era una remesa de muñecas.



Hay otro mundo dentro de nuestro mundo, pero tenemos que vivir en éste. Medusas somos, arrastradas a la orilla por las olas.

Sabía que debía mantenerse alerta. Se había resistido al síndrome de Estocolmo. Sentía repulsión por los musulmanes que lo rodeaban: lo habían encadenado y apaleado; lo llamaban *sínior Aggua* y, aun así, lo consideraban sucio —mono, rata, desperdicio—, se negaban a tocarlo a menos que fuese para pegarle, le daban agua y comida en un plato y un vaso que nadie más usaba porque les parecía que estaban sucios, y no le dedicaban ni una sonrisa. Cuando se arrodillaban de espaldas a él para rezar, les escupía. Para él no valían más que eso: saliva. Les escupía igual que se masturbaba cuando estaba en la prisión de Kismayo, para reavivarse y distanciarse de ellos. Por sórdidos que fuesen, no tenía otros medios.

Eran de mentalidad débil, tergiversaban su propia religión. La yihad los tenía maneados y se mentían, no sólo a sí mismos, sino entre sí. Carecían de estrategia. Sus dos opciones eran seguir luchando y matar a más inocentes o ser aniquilados, y era evidente que escogerían la desaparición antes que rendirse. Había un vacío en su expresión, fruto de su certeza absoluta. De cara al mundo, algunos de los chicos somalíes ya habían muerto, igual que Saif. Eran como el suelo agrietado y desteñido del malpaís: ni vivos ni muertos. Una cicatriz. Delante de la choza del pastor, con el ciprés como telón de fondo, cada uno grabó su vídeo anunciando un ataque suicida, su martirio por la yihad.

Estaban copiando a la secta estadounidense Puerta del Cielo: el primer grupo en documentar suicidios con testimonios grabados en vídeo. Sus miembros vieron que compartían la determinación de quitarse la vida después de haber pasado el día en una feria. Grabaron el testimonio y dejaron atrás el mundo a lomos de un cometa —o eso creían ellos— mientras sus cuerpos permanecían en las literas de California: cadáveres, carne, pelo, un billete de cinco dólares recién impreso metido en el bolsillo, zapatillas de correr nuevas. Murieron por turnos, ayudándose unos a otros. Los últimos miembros no tenían a nadie que recogiese los vómitos de la mezcla de vodka y fenobarbital que habían tomado, nadie que les quitase las bolsas de plástico con las que se asfixiaron.

Paró. Tal vez él no escapase a esa cualidad gris, quizá estuviera atrapado en una grieta. Sus anécdotas siempre giraban en torno a ritos mortuorios. El filo de

un hacha en el espinazo de un niño.



Viajaron durante un día entero sin detenerse, y el camión los dejó en un pueblo de la costa, al sur de Kismayo. Lo encadenaron a la baranda de madera de un dhow que usaban para la pesca de tiburones y zarparon con rumbo hacia el sur. Navegaron toda la noche y parte del día, con el viento en contra y el mar picado. Los pescadores caminaban descalzos por la cubierta, ajustaban y reajustaban la posición de la vela latina. Estaba seguro de que iban a los campamentos de entrenamiento que Al Qaeda tenía al sur, en los manglares de Ras Kamboni, en la frontera con Kenia.

Las cadenas tenían la longitud suficiente para permitirle asomarse a la borda y mojarse con las salpicaduras del mar. También podía ponerse a la sombra, pero lo que no podía evitar eran las rozaduras que lo tenían en carne viva. Navegaban a distancia suficiente de la orilla para que él se plantease la profundidad del agua. Sus vigilantes le llevaron un cubo para que se lavase, y mientras se aliviaba (no había otra palabra para describirlo) miraron hacia otro lado.

Bajo el peso de un cargamento tan poco apropiado, el barco se escoraba. Ahora había más hombres armados y, además de los tiburoneros, a bordo había cabras, redes y ganchos, un brasero donde cocinaban pescado y un cesto de arroz, plátanos y mangos. Las armas de la bodega estaban tapadas con los tiburones limón y de punta negra.

«Pero más allá —continúa Tomás Moro en *Utopía*—, algo más lejos, todo empieza poco a poco a hacerse más agradable. El aire, suave, templado y dulce. El suelo se cubre de verde hierba. Menos salvajismo en las bestias.»<sup>[9]</sup>

El dhow no tenía motor. Sólo se notaba el chapoteo del océano Índico cediendo a la proa y el hedor de los tiburones y del aceite de tiburón que usaban para calafatear el casco. Los pescadores llevaban un mes embarcados. Habían ahumado los tiburones y los peces vela en las mismas islas deshabitadas donde también habían fabricado cal con corales. Los quemaban hasta que llegaban a temperaturas tan altas que explotaban al echarles agua de mar.

Al día siguiente, por la noche, no podía parar de cagar. Le dieron una lata de Fanta. El cielo estaba oculto detrás de las nubes y pusieron rumbo a aguas más profundas para evitar los arrecifes y los bajíos, donde el barco podía embarrancar en los bancos de lodo fino. El viento empezó a aullar, llegó una

cortina de lluvia. Él resbaló varias veces sobre la cubierta y se estampó contra la borda. Saif y los demás estaban acurrucados como si fueran insectos a punto de morir, acorazados y arrepentidos. Oyó sus plegarias y no pudo evitar pensar en los discípulos en la tormenta del mar de Galilea. A bordo sólo quedaba un tiburón vivo, que azotaba la cubierta con la cola. La tierra estaba en lo más remoto de la noche: caliente y sin luz, la misma luz que había en el malpaís. No era el gris invernal de la costa francesa, sino una costa del todo distinta, peinada durante siglos por una mezcla heterogénea de tiburoneros, comerciantes y religiosos. Los bajuni, que no se alejaban mucho de sus islas ignotas; los somalíes; el pueblo suajili, de lugares tan meridionales como Mozambique; los habitantes de las islas Comoras; los malgaches, los portugueses, los omaníes, la flota china, los yemeníes, los persas, los gujaratíes y los malayos.

El pirata Edward England capturó el tesoro de una nave de peregrinos que navegaba hacia Yeda y lo enterró en la costa somalí. England había cavado un hoyo en un barranco y había tapado el cofre con una roca. Jamás lo encontró nadie. La tripulación se amotinó y, en honor a su carácter misericordioso (un rasgo muy poco común entre los piratas), abandonó a su capitán en una isla desierta de la costa de Madagascar. England dio vueltas en busca de agua y comida. Su estado de ánimo debía de ser mucho más bajo que el del estafador que, apaleado y tirado en una zanja a las afueras de Verona, se sacudió el polvo de la ropa, en cuyo dobladillo llevaba cosido un ducado, y atravesó los Alpes hasta Múnich bajo el sol primaveral.

James miró el mar embravecido. En alguna parte estaban el oro y las joyas destinados a La Meca, encerrados en un cofre, sin brillar. En ese momento, ay, la escala de las cosas adquirió carácter planetario; Somalia era poderosa y, a la vez, sólo una pieza del todo. El mar era aún más grande y el océano ocupaba las profundidades bajo la quilla de la nave en la que viajaba.

Sostenía la bebida con ambas manos y daba sorbos como si fuese la fuente de la vida. Fanta, Fanta, fantasía, fantástica, néctar de naranja, la bebida con burbujas de la Nueva Atlántida, y a pesar de correr peligro de muerte —o tal vez por eso—, su excitación iba creciendo, como si flotase hacia *Las mil y una noches*, y se consolaba pensando que los guerreros sagrados de Al Qaeda que en ese momento navegaban mareados no representaban un choque de civilizaciones. Más bien eran un puñado de forajidos que tendrían su justo merecido.



«Catedrática Danielle Flinders, biomatemática, autoorganización», era lo que decía su página oficial en el sitio web del Imperial College. Era una de las principales investigadoras del mundo en materia de dinámicas de población de la vida microbiana oceánica. Lo microscópico era una realidad intangible que para ella era enorme, y sus clases eran populares porque iban muchísimo más allá de las matemáticas y tocaban los campos de la biología, la física, la geología e incluso la filosofía y la literatura.

Le había escrito una carta en la que afirmaba con mucha seriedad que el conocimiento y la comprensión de la vida microbiana de la zona hadal eran necesarios para la supervivencia de los humanos en el planeta:

*Sin esos conocimientos, seremos incapaces de comprender la escala de la vida en la Tierra ni su capacidad de regeneración. El hecho de que la vida exista en completa oscuridad y se nutra de elementos químicos cambia nuestra concepción de la vida en todo el universo.*

Era una de las científicas de mayor rango, pero no la jefa. Eso era lo ideal. Su trabajo conllevaba responsabilidad, pero no la carga burocrática que soportaba el líder de la expedición, cuyas labores incluían equilibrar las personalidades y los objetivos de los que querían extraer muestras del suelo, los que querían tomar mediciones de la columna de agua y los que perseguían una clase concreta de pez de las profundidades. Ya había desempeñado ese papel en una ocasión, y había sido un desastre. Ella había heredado la inteligencia de su padre, pero no su encanto y su trato fácil. Era frágil. Destacaba sobre los demás, pero no soportaba a los necios: ése era uno de los problemas. El otro eran los individuos políticamente correctos. Para ellos, Danny era negra y acarreaba el peso de la historia de los negros, la precariedad de la ciencia negra, y no eran capaces de criticarla abiertamente. Eso llevaba a una falta de comunicación, a comportamientos pasivo-agresivos y, cuando la expedición fracasó, a recriminaciones. Con los franceses todo era más fácil, porque ellos valoraban su soltura, percibían su frialdad como elegancia, y la intensidad que aplicaba a su trabajo los seducía.

En Londres se mantenía en forma, y en el mar más todavía. Lo de soltar puñetazos en las expediciones científicas no era más que el castigo que infligía al saco de arena que había en el gimnasio del buque. Hacía entrenamiento cardiovascular. En el pasado, después de trabajar, algunas veces se había juntado

con algún científico o con uno de los marineros. Daba igual qué placeres encontrase en las literas: le ponía fin al acuerdo entre ambos en cuanto el barco regresaba a puerto.



Aunque la Fanta estaba caliente, él atado como un perro y los tiburones de la bodega enterrados en sal, el hecho de navegar a vela por el océano le hacía sentir vivo y enorme. Tenía que ver con que el dhow volase con el viento, sin la ayuda de ninguna otra fuerza, y también con la superficie lisa de la cubierta, donde no estaba permitido llevar zapatos y a lo largo de muchos años los pies descalzos habían ido puliendo la madera.

Zarpar era otra de las pequeñas verdades. La carencia de tierra firme, la mecedura. El grito del arponero «¡Por ahí resopla!» era otra manera de decir «Ahí respira». Vivía en un tiempo en que los barcos no navegaban con brújula, en el que no había velas de lona ni sogas, y tampoco carros ni caballos en los puertos; entretanto, a bordo de los superpetroleros, había congeladores del tamaño del camarote del almirante llenos de carne y de fruta, y armarios metálicos cargados de envases de leche tratada envueltos en plástico. Todo eso era un tremendo avance en comparación con los barriles de agua de manantial, los vinos, las almendras, los limones, el pan seco y la variedad de salsas para la carne en salmuera que llenaban las bodegas de los navíos del siglo XVIII.

La tormenta amainó. Las oraciones y los murmullos continuaron. Se oían las salpicaduras rítmicas de las bellotas de mar que se aferraban al casco y el ruido de los tablones cediendo al peso del agua.

Entonces se hizo de día y el sol iluminó el mar. James observó las aves que rozaban la espuma de las olas en pleno vuelo. Vio un tiburón ballena aspirando formas de vida invisibles al ojo humano; era tan grande que podría haberse tragado a Jonás, y tenía marcas doradas en el lomo. Según las creencias de los pescadores, eran monedas que Alá esparcía sobre ellos como recompensa por ser peces sin dientes ni apetito para la carne.



Un informe de alto secreto elaborado recientemente por el ejército de Estados Unidos predice que en los próximos años se producirán cantidades masivas de muertes entre los africanos. Los principales puntos del informe se filtrarán a la

prensa y se compararán con los titulares de otros informes igual de deprimentes, redactados por diplomáticos, espías y politólogos, incluyendo los que hablan de muerte por hambruna, nuevas epidemias, el cambio climático, plagas de insectos, burbujas de gas metano y hasta meteoritos. En un contexto semejante, resulta un alivio releer al príncipe anarquista ruso Piotr Kropotkin.

De niño, Piotr sirvió en el Cuerpo de Pajes de San Petersburgo. La hacienda de su padre incluía la propiedad de mil vidas humanas. Escapó de la vida en la corte alistándose en el regimiento de cosacos de la región siberiana de Amur y, más tarde, como anarquista exiliado, trató de usar el estudio del mundo animal para resolver los dos grandes movimientos de su época: la libertad del individuo y la cooperación de la comunidad. La teoría de la selección natural de Darwin era brillante, decía Kropotkin, pero no lo explicaba todo. La revolución requería tener en cuenta otras cosas.

Kropotkin creía que el instinto moral tenía un origen anterior al de los humanos, una ayuda mutua que nos acerca:

Siempre que veía vida animal en abundancia, como, por ejemplo, en los lagos donde decenas de especies y millones de individuos se reunían para la crianza de su prole, en las colonias de roedores, en las migraciones de aves que en esa época tenían lugar a lo largo del Usuri a escala verdaderamente americana y, sobre todo, en una migración de gamos que presencié en el Amur y durante la cual decenas de miles de estos animales inteligentes se reunían desde distintos puntos de un territorio inmenso, huyendo de las espesas nevadas que pronto caerían, para cruzar el Amur en su punto más estrecho. En todas esas escenas animales que tuvieron lugar ante mis ojos, fui testigo de una ayuda y un apoyo mutuos llevados a tal extremo que me hicieron sospechar que encerraban un rasgo de importancia primordial para la conservación de la vida, la continuidad de las especies y su consiguiente evolución.

Dicho de otro modo, las especies poco sociables están condenadas. El ejemplo que cita Kropotkin de los gamos cruzando el Amur no deja de ser intrigante. ¿Cómo sabían que su causa común era cruzarlo en masa por el punto más estrecho? ¿A cuántos de ellos arrastraba la corriente mientras trataban de descubrir ese punto? ¿Daban pistas los pájaros a los gamos? Cuando encontraban el lugar más estrecho, ¿cómo se ponían de acuerdo? ¿Había alguno que se negaba a apoyar la decisión? ¿Había disidentes? La ayuda mutua afecta también al hombre. Durante su exilio, Kropotkin entrevistó a un barquero de Kent que había arriesgado la vida para salvar a unas personas que se ahogaban. ¿Qué le había hecho remar hacia una tormenta?

«Ni yo mismo lo sé —le había dicho el hombre al príncipe—. Vi hombres aferrados al mástil, oí sus gritos y de pronto pensé: “¡Tengo que ir!”.»

Hay más ejemplos, como el del anciano de Karelia que un verano cavó su propia tumba a modo de servicio a sus vecinos de cara al invierno, cuando la tierra estaba congelada. O la ayuda mutua que se brindaban las tripulaciones de

los navíos mercantes de la Hansa en los mares Báltico y del Norte, que, si arreciaba la tormenta y creían que se ahogarían, proclamaban la igualdad de cada hombre con los demás, y todos a merced de Dios y de las olas.



La estatua de *El Cristo del abismo* está sumergida a una profundidad de diecisiete metros en el puerto de La Spezia. Incluso a esa distancia de la superficie, el mundo que conocemos ya se aleja. El sol parece contraerse y endurecerse como una pupila ante el haz de luz de una linterna. El agua es azul. El rojo ya no se ve en el espectro: si te cortas, la sangre parece negra.

Aquellos que, con botellas de oxígeno, se sumergen a mayor profundidad encuentran algo más oscuro. Flotan a la deriva enfundados en un traje de neopreno, el mayor Tom llamando al control de Tierra, sin apenas mover las aletas. Allí el mar ya está mudando a océano. Miran hacia abajo y ven un hoyo. El cofre de Davy Jones.

Ni se te ocurra bajar más. El océano ya intenta atravesarte los oídos, las fosas nasales, la sien, la esfera blanda de los ojos y las cuerdas de clave que tienes debajo de las rótulas.



Le llevaron arroz y pez vela. Bebió cantidades abundantes de agua de lluvia. Se quemó con el sol. Se dijo que permanecería en pie, pero estaba doblegado. Era un inglés sin sombra donde refugiarse, retenido por enemigos cuyas vidas no alcanzaba a comprender, como esos personajes que aparecen en los dibujos animados sin contexto alguno. Armados hasta los dientes para reivindicar una importancia de la historia que él no era capaz de descifrar.

Consiguió taparse la cara con un pedazo de tela. Cerró los ojos y vio las patas de un cisne en un estanque helado; desde abajo, apartando la aguanieve. Cisnes blancos en el boreal, cisnes negros en el austral. Se vio a sí mismo sumergirse en su piscina de Nairobi y salir a la superficie a por aire. En su delirio, navegaba hasta el puerto de una isla plana del norte cuyo contorno parecía cortado con la concha de una vieira. Era una isla azotada por los vientos, donde sólo había un puñado de árboles; pálida, con matas de gramíneas y de brezo, y una colina oscura y solitaria que se alzaba en la distancia desde otra isla del archipiélago. Por todo el muelle de piedra del puerto había esparcidas nasas y las cajas de plástico de color naranja que se encontraban en los puertos pesqueros del norte de Inglaterra y de Escocia, y al final del muelle había unos

grandes almacenes estrechos contruidos con piedra arenisca de la zona. Un edificio como el Flatiron, y la opulencia y el resplandor de los artículos del escaparate contrastaban con la naturaleza inclemente y solitaria de aquella Nueva Atlántida.

Reinaba el sopor. El dhow surcaba el agua despacio. Estaban llegando a Ras Kamboni, y desde allí el trayecto hasta Kenia era corto. ¿Cuánto podía tardar hasta Lamu en lancha? Tal vez esa noche se duchase como hombre libre en el Peponi Hotel y cenase en la galería, mirando al mar. Ensalada de cangrejo y mango, y vino fresco. Pero eso no era más que una fantasía.

Bordearon una península y encallaron el barco en la orilla de una playa con forma de media luna que era, en todos los aspectos, lo contrario del puerto de la Nueva Atlántida.

Los italianos llamaban al pueblo Chiamboni; los británicos, Dick's Head. Algunos de los edificios eran bajos, con tejados de chapa que emitían destellos a la luz del sol; otros eran altos, como las casas de Lamu, con tejados planos cobijados bajo la sombra de toldos de colores vivos, al estilo somalí. Lo desataron. Le pegaron el cañón de una pistola a la espalda, y él saltó por la borda con el kikoy y vadeó hasta la orilla por aguas indescifrables.

Lo empujaron y lo arrastraron por Chiamboni. Tropezó y cayó. Se rio. Se escuchó a sí mismo, como un pájaro que repara en su canto deficiente y se pregunta de dónde ha salido ese sonido. Su risa se parecía más a un cacareo. ¿Era posible que se tratase de él? Se sentía humillado.

Las callejuelas de Chiamboni eran estrechas y estaban ocupadas por las ruinas de las casas derruidas. Por una alcantarilla abierta se vertía despacio un agua lechosa y apestosa, llena de boñigas. Había puertas de decoración minuciosa al estilo suajili, y otras que no eran más que un pedazo de tela; las familias se agolpaban en una sola habitación y callaban a su paso, igual que callaban los niños que jugaban al fútbol en las calles de Kismayo, y todo eso se repetía como en un laberinto, hasta que salieron a la arena de las afueras del pueblo y se encontraron frente a un edificio colonial italiano extraordinario. Justo delante de las dunas, como una casa de cuento.



La primera noche después de zarpar de Islandia, el *Pourquoi Pas?* se mecía en un mar picado. Danny estaba en su litera, escuchando la quinta sinfonía de Bruckner con sus auriculares de alta fidelidad. Tenía una luz encima de la

cabeza, y las sábanas eran blancas y tersas: siempre se llevaba las suyas.

El camarote olía a diésel. Le entró sueño. Se empapó de Bruckner y pensó en el mar de Groenlandia como si fuese el foso de la orquesta; imaginó a la Filarmónica de Los Ángeles al completo sumergida en él. El sonido cambió, bajo el agua se propagaba como el canto de las ballenas.



La casa estaba construida siguiendo el modelo de Enrico Prampolini, el futurista cuyo mural decoraba la oficina de correos de La Spezia. Era una indulgencia que se había permitido un funcionario colonial de Turín que quería dejar su huella en el punto más meridional del imperio italiano. En el momento en que construyeron la casa, uno debía de poder sentarse en una hamaca con un cóctel y contemplar el océano Índico desde allí. En la entrada había una inscripción y las partes de un reloj que habían sobrevivido. Todo lo demás había desaparecido, excepto la calidad del edificio en sí, el hormigón liso, las escalinatas que subían por todos los flancos, la inmensa chimenea que habían usado un día al año, las siluetas de motivos orgánicos grabadas en el yeso y las baldosas que formaban los diseños arlequinescos característicos de la policromía de Prampolini. Era un lugar espacioso, con los suelos cubiertos de arena. En el patio había cabras y ovejas. A primera vista, la materia que rebosaban las letrinas podía confundirse con barro amarillo. Los hombres dormían juntos en una habitación; el tejado era para las mujeres y los niños.

Lo llevaron a una habitación donde Yusuf *al-Afghani* rezaba arrodillado. Cuando acabó la oración, Yusuf levantó la cabeza, dio unas palmadas y besó a cada uno de sus soldados en la cabeza y en las manos. James estaba entre Saif y Qasab, y Yusuf no hizo caso de su presencia. Lo condujeron a empujones hasta una sala contigua, la que había sido el comedor original y estaba llena de reclutas nuevos. La escena era la habitual: armas, cajas de munición que usaban a modo de asiento como en la mezquita de Kismayo, comida en el centro. Pescado y espaguetis. Había un televisor y una cámara de vídeo conectados a una batería de coche. Yusuf no aprobaba el entretenimiento: había prohibido la televisión y también la música popular. En los campamentos de Al Qaeda de Afganistán ponían películas de acción de Hollywood —John Rambo en Afganistán, luchando con los soldados muyahidines contra los ufanos soviéticos—, pero esa época ya había pasado a la historia. Allí tenían cedés con decapitaciones y atentados suicidas en Somalia e Iraq que ellos mismos habían grabado. En

cambio, Yusuf tenía la manga ancha con los clásicos de Disney; le encantaban *Blancanieves y los siete enanitos*, *Dumbo* y todas éstas. Su favorita era *Bambi*.

El comedor estaba lleno de gente, y James tuvo la sensación de estar en una escuela. Los reclutas nuevos eran muy jóvenes, y los demás se comportaban como alumnos mayores y los mandaban callar a collejas. Se preguntó cuál de ellos se ofrecería voluntario para un atentado suicida. ¿Qué les dirían para conseguir que la autodestrucción tuviese sentido? Ésas eran las preguntas que quería plantearle a Saif, pero el momento no se había presentado.

La atmósfera era de excitación. Hasta Qasab sonreía, y cuando Yusuf puso *Bambi*, el checheno prestó atención. Al llegar a una de las canciones, pararon la película. Le desataron las manos y le untaron pomada en las partes de las muñecas donde la cuerda le había hecho herida. Le dieron papel y bolígrafo y le pidieron que escribiese las palabras. La reprodujeron varias veces. James escribió la letra y les pasó la hoja:

Doquiera que voy,  
voy cantando al amor,  
pues me siento feliz.  
Estoy enamorado.  
Doquiera que voy,  
voy buscando un amor,  
un romance feliz,  
voy cantando al amor.

La pausaron de nuevo al final, en la escena en la que el bosque arde, Bambi cae en las llamas y su padre lo levanta, el gran príncipe ciervo. Transcribió: «Es el hombre. Ha vuelto. Esta vez son muchos. Debemos escondernos en el bosque. Corre, ¡sígueme!».

Yusuf se levantó y, con la imagen de las llamas fija en la pantalla, instó a los jóvenes a identificarse con Bambi. Los cruzados eran el hombre. El bosque, el manglar donde los creyentes estaban a salvo. Que estuviesen viendo una narración norteamericana no suponía ningún problema para Yusuf; para él, era pura. Tenía valor desde el punto de vista religioso.

James miró a su alrededor. Los soldados estaban cautivados, pero allí había algo más. En cuanto lo comprendió, le pareció obvio. Sus rostros estaban bañados en los colores de Disney: los mismos tonos de rosa, azul y verde que dominaban en los retratos de los yihadistas. Los plasmaban con pajaritos cantores que revoloteaban alrededor de los turbantes, ramos de flores en los brazos y el arma en el regazo, y al fondo siempre había un bosque con un cielo de color azul lavanda y un sol amarillo, sacado de *Bambi* en forma de fondo de escritorio chino. Los dibujos los tenían tan atrapados como la historia. Los

cruzados habían prendido fuego al Estado islámico y Bambi era el combatiente inocente, tal y como ellos se representaban en los vídeos que grababan antes de un atentado.



Las ventanas estaban abiertas. Los mosquitos estaban ahí fuera, con el viento. Desde el pueblo llegaba una música que hizo enfurecer a Qasab. Envío a dos chicos a ponerle remedio: uno llevaba una granada en el cinturón. Hubo gritos, lamentos. Al cabo de unos momentos, regresaron con una radio destrozada.

James oía los rebuznos de un burro herido, pisadas a su alrededor, soldados engrasando sus armas, y, más tarde, ni tan siquiera eso. Sólo el estruendo de las olas al romper en el arrecife.

Los hombres de Chiamboni estaban pescando atún claro a la luz de la luna llena. Se metían en el agua y nadaban con las redes y las lanzas. Las mujeres se quedaban en la playa recogiendo cauris, que vendían a los comerciantes kenianos, y éstos, a su vez, empleaban a chicos para vender las conchas a los turistas por toda la costa de Kenia.

Las playas de Somalia eran las mejores de África, y aquélla era virgen, hermosa, de arena blanca como la luna y a resguardo de las dunas del oeste. Las estrellas estaban todas en sus puestos oceánicos, las tortugas ponían huevos, y en los bajíos y entre las raíces de los mangles que sujetaban la tierra firme nadaban peces de dientes grandes. Había olas, pero en otras partes el agua ni se movía, estaba caliente como la sangre y llena de vida. Imaginó a los cangrejos jaspeados correteando hacia sus cangrejeras. ¿Cuántos había? ¿Cuántos viajes daban? Vio un montón hecho de trozos de conchas y huesos, un conchal que resumía diez mil años de residuos de seres humanos.

Soplaba un viento del sur que levantaba los pañuelos del suelo. Esparcía papeles y pasaba las páginas de un devocionario abierto. En los callejones del pueblo se formaban nubes de polvo. De cada edificio salía un reguero de aguas residuales que corría hacia la playa, y ya no era lechoso, sino verde por las algas y las reacciones químicas. Mojaban el casco de una barca de caoba que estaba tumbada de costado.

Se acordó de un dato de su infancia: de cómo los antiguos britanos adoraban al viento del sur y dividían los elementos en flores, fuego, cielo, tierra, niebla y agua dulce. En cambio, el agua salada los desconcertaba.

Pensó en muchas otras cosas, cosas más personales. Por supuesto que sí.

El deseo de escapar lo consumía. Estaba previsto que al día siguiente lo llevaran a un campamento oculto en un manglar; eso significaba entrar en un lugar de mártires. Para ellos, él sólo era el señor Agua, una curiosidad; sin embargo, sabía demasiado. Estarían atentos a él. ¿Soborno? ¿Tiros? Algo tenía que intentar. Pero había soldados durmiendo a ambos lados de la puerta y vigilantes en el piso de abajo, la luna iluminaba la noche y él estaba tan débil que le costaba erguirse; necesitaba atención médica. Además, tenía las manos atadas a los pies, y que desde donde estaba tuviese vistas a la ventana futurista era mera casualidad.

Por la mañana habían aparecido dos esquifes en la bahía. Lo metieron en uno a empellones. Cargaron harina de maíz y espaguetis, además de mangos y papayas secos, pescado en lata, carne de tortuga, medicinas, mosquiteras, velas, queroseno, combustible, cuchillos, armas de fuego, municiones y explosivos: hasta la yihad más pequeña necesitaba provisiones. La escena era somalí —el barullo de yihadistas, los pañuelos, los dientes, una orla de olas y marismas, y, más allá, los matorrales—, pero justo antes del alba los esquifes se recortaban sobre el cielo oscuro y por todas partes flotaba una lluvia plateada. La marea estaba alta, y cuando zarparon de prisa, la bahía y Chiamboni tenían el color gris plomo del Támesis, de Londres, de los primeros días de otoño. El cautiverio era humillante y producía una soledad que te hacía desear ver otras cosas a tu alrededor. Viraron hacia una laguna y notó la embestida del calor tropical. Pulsaron el acelerador de los fuerabordas Yamaha (comprados o robados en la sucursal de Captain Andy's Marine Supplies de Mombasa) y las embarcaciones se deslizaron sobre el agua como un par de esquís sobre el hielo. Desde allí entraron en una ría, un estuario, otro, hasta llegar al campamento oculto en las marismas. El paisaje, cada vez más tenebroso, iba cubriéndose de vegetación. Recogieron los fuerabordas y a partir de ahí los hombres impulsaron las embarcaciones con pértigas. Más de una vez, los soldados bajaron de los esquifes y los empujaron por un banco de arena. Las raíces de mangle estaban sumergidas con la marea alta y expuestas durante la marea baja; eran tubulares, estaban vivas. Parecían manos de marionetas expresando terror. Igual que cuando estaban en el uadi, les preocupaban los estadounidenses. Se escondían debajo de las ramas. El Tío Sam no sabía nada. El Tío Sam lo veía todo.

Recorrieron estuarios más estrechos, capilares, hasta llegar a una isla plana adonde los elefantes podían cruzar desde tierra firme. El campamento estaba donde el foso que la rodeaba se hacía más profundo. Había sobrevivido al bombardeo etíope y estadounidense, pero lo habían abandonado y a partir de ahí

se había convertido en un asentamiento del pueblo de cazadores-recolectores boni, en el extremo norte de su territorio.

Ante ellos aparecieron varios hombres boni. Lo primero que James pensó de ellos fue que no eran un pueblo del paraíso, sino niños asilvestrados.

Cuando Saif los interrogó sobre la pesca, se echaron a reír.

—¡No pescamos! —contestó uno en suajili—. ¡Somos boni! ¡Nosotros cazamos!

Cavaban hoyos en la arena. Los animales caían dentro y los atravesaban con lanzas.

—Hay espacio para vosotros —apuntó otro—. Hay dic-dics. Y cerdos.

—¡Cerdos! —gritó Saif—. ¿Por quién nos toma?



Si conocemos el antiguo pueblo cazador-recolector de los boni, es gracias al relato que hace Kropotkin de la simbiosis que tienen con un pájaro que ellos llaman *mirsi*. Silban al *mirsi*, y éste devuelve el silbido. Los conduce hasta la miel del bosque, y ellos trepan por los árboles, espantan a las abejas con humo, se llevan la miel y los panales, y nunca olvidan dejar al pájaro su ración generosa de cera y larvas de abeja.

Los boni son inmunes a las picaduras de este insecto y no dan muestras de sufrir vértigo ni en las ramas más altas. Son un pueblo muy antiguo relacionado con los pigmeos twa del Congo. Van descalzos y su paso es de una solidez particular, desde la pelvis y muy distinto de las zancadas de los somalíes, que salen más o menos del hombro.

Un chico boni alcanza la madurez al matar un búfalo, un elefante u otro animal grande con la lanza. La noche antes de su primera cacería, las chicas dan placer a los chicos y les untan aceite de coco en la cabeza. A los que no superan la prueba, se les niega el derecho a casarse. Las novias son muy caras y hay que pagar el precio en carne de caza, pieles, azúcar o dinero. Es común que los hombres que no puedan permitirse la dote secuestren y violen a mujeres.



Estaba junto a la borda. El viento era salvaje. El *Pourquoi Pas?* se aproximaba a la isla de Jan Mayen, y Danny quería verla. Tenía salitre en los labios y salpicaduras del mar en el jersey islandés y en los vaqueros de color mandarina. Se envolvió en un saco de dormir, se sentó en una hamaca y abrió la *New Scientist*. Plegó bien la revista para protegerla de la corriente y leyó las últimas

noticias sobre nanotecnología. Al acabar, contempló el espectáculo matinal: niebla y mar. Las gaviotas revoloteaban sobre las olas frías y opulentas. Había témpanos e icebergs; calderones cabalgando la ola de proa. Era una vista preciosa. Una orca describía círculos por debajo de una formación de ocas migratorias y, cada vez que salía del agua, centelleaba. Vio por la aleta dorsal que se trataba de un macho viejo y cansado. La vibración de las turbinas parecía molestarlo. Eso le recordó los cambios que había sufrido el mar de Groenlandia durante su existencia. Cuando nació, apenas había barcos, no había submarinos. Nada de motores, bocinas ni ruidos de invención humana. Había muchas focas y peces, mientras que ahora la competencia se había acentuado tanto que a las orcas no les quedaba más remedio que seguir a las aves con la esperanza de que alguna se desplomase del cielo.

La industria pesquera estaba vaciando el océano de peces; el agua estaba envenenada y la acidificación iba en aumento. Sin contar los buques, había sistemas de sonar y electrónicos que interferían en la orientación de los mamíferos marinos. Y si los mamíferos marinos se desorientaban lo suficiente como para acabar varados en una playa, el hombre era capaz de destruirse a sí mismo de igual manera. El hombre apenas había tenido tiempo de respirar desde la Edad de Piedra y, sin embargo, alteraba el curso de los ríos, excavaba montañas y desechaba materiales que los futuros geólogos sabrían identificar con facilidad. El antropoceno: una era geológica marcada por el plástico.

No había suficiente financiación para la investigación oceánica. Si la crisis financiera continuaba, las cantidades disponibles seguirían reduciéndose. La expedición al mar de Groenlandia era la mejor oportunidad que Danny tendría de recabar datos en muchos años. Según su opinión, la perspectiva era errónea: la mirada hacia arriba, hacia el exterior. Superar las dificultades hacia las estrellas, pero no hacia las profundidades. La preocupación por la piel, pero no por los pulmones. El océano era demasiado inmediato, demasiado reconocido. No hacía falta una plataforma de despegue: podías dejarte caer dentro, sin más. Podía esperar.

No obstante, no podía hacerse una labor seria en torno al cambio climático sin antes comprender los sistemas de vida marina. El cambio era real, de eso estaba segura. La temperatura del agua por la que navegaba el barco y que la corriente de Groenlandia oriental hacía pasar por el estrecho de Fram había aumentado 1,9 grados centígrados desde 1910. 1,4 grados centígrados más que durante el período cálido medieval de los siglos X a XIII.

Ella estaba haciendo su aportación. Había defendido y participado en la

iniciativa Census of Marine Life y en su proyecto de estudio de la biogeografía de los ecosistemas quimiosintéticos de las profundidades Deep Water Chemosynthetic Ecosystems; era asesora en Southampton, en el Ifremer y en las instalaciones de sumersión de la institución oceanográfica nacional de Woods Hole. Estaba convencida de que los sumergibles tripulados eran un elemento vital; hacían de puente de la imaginación y conectaban a los humanos con las profundidades. Podían complementarlos con máquinas, cientos de drones que volasen grandes distancias bajo el mar a cualquier hora, sin hacer ruido, y enviase un flujo constante de datos a la superficie.

La revolución biológica también existía. Ya era posible ver criaturas de las que jamás nos habíamos percatado, la materia viva de la minestrone. Se calculaba que una única especie de picoplancton fotosintético que acababan de descubrir en las capas superiores del océano ya tenía una biomasa equivalente a la de los insectos de toda la cuenca del río Congo. La diversidad era abrumadora. A ella le interesaban las cifras, la propagación, aunque había descubierto especies nuevas casi por accidente; había supervisado la elaboración de sus genomas, les había asignado un código de barras genético y los había incluido en el libro de la vida (lo que otros llamarían *el disco duro de la vida*). Uno de los trabajos de investigación que había escrito con Thumbs había ayudado a reforzar la opinión de algunos biólogos de que en el mar había microbios que eran de una rareza deliberada. Esos microbios esperaban a un cambio en las condiciones antes de proliferar. La idea le resultaba muy potente y había afectado a su concepto de la duración de la vida. Un microbio que esperaba un millón de años y durante todos esos amaneceres y atardeceres se sometía a otro ritmo. ¿Qué era ese ritmo?

El *Pourquoi Pas?* se mecía y el agua del mar bañaba los ojos de buey. La proa del barco se levantó y Danny vio brillar los cristales de toda la cubierta. La niebla se espesaba. Canturreó una canción:

En el sur de Australia, mi madre patria,  
tierra de ladrones, rocas y arena,  
querría estar en una de sus playas,  
abrazado a una botella.

Era una canción marinera que le gustaba cantar a su padre. Si el mundo olvidaba esas canciones, si olvidaba el mar, hablar de las cosas extrañas que había bajo las olas sería aún más complicado.

Atravesaron el banco de niebla y Jan Mayen apareció con la nitidez de una

fotografía tomada con una cámara de altísima calidad. Playas estrechas, los azules y los grises de la augita y los piroxenos. El volcán parecía el monte Fuji, pero más espectral; el cono tosía cenizas y el fuego del interior hacía resplandecer la parte baja de las nubes. El mineral de hierro de la ladera, la nieve perpetua y la niebla que permanecía alrededor de la boca conformaban una entrada sulfurosa. Mientras lo contemplaba, teniendo en cuenta que se precipitaba al mar, se agitaba con temblores sísmicos y supuraba magma, Danny pensó que comprendía lo que había dicho san Brandán al ver el volcán durante su increíble viaje del siglo VI: que aquél era el camino al averno, la abertura hacia las regiones infernales por la que todas las almas condenadas debían pasar.

Sacó un cuaderno de la bolsa y un rotulador. Se puso a escribir una carta para James. Hacerlo la reconfortaba. Esos pensamientos grandilocuentes eran como icebergs ennegrecidos; incluso a ella, con su sentido del compromiso, le resultaban demasiado grandes para aferrarse a ellos. Sin embargo, cuanto más los trabajaba, menos desesperada se sentía. Le provocaban una emoción casi religiosa; no era sumisión —porque pensaba trabajar—, sino un sentido budista de la resignación y de la responsabilidad que se debía a sí misma como ser viviente. Que le debía a Danny Flinders. La precariedad de su estado y, de manera más general, del estado de la humanidad convertían su cuerpo y sus decisiones en algo mucho más valioso. Le correspondía vivir con plenitud; dar y recibir. Sólo pensar que él estaría en algún lugar de África le despertaba ternura. Lo que le escribió era muy íntimo, e incluía de forma deliberada detalles de las cosas pequeñas que se olvidan con facilidad: se había resfriado, había conseguido no tener que compartir el camarote, a Thumbs se le caía el mundo encima porque estaba perdiéndose un festival de rock y allí el *streaming* no funcionaba, tenía excrementos de pájaro en el saco de dormir. Escribir en un lugar como aquél usando papel y bolígrafo, en ese estado de ánimo, le producía una sensación agradable. De permanencia.

Los colores palidieron. El ambiente era gélido. Su aliento, nubes de vapor. En las cubiertas inferiores se formaban amistades heroicas y en el hangar de popa estaban equipando el *Nautile* para la inmersión del día siguiente, pero ella prefirió quedarse en cubierta un rato más, arropada, contemplando las aguas productivas, las pardelas, los patines y los eideres.



Al hablar de la aceleración que tiene lugar en el mundo, hay que mencionar los avances en el rendimiento de los equipos informáticos. Hace no mucho se celebró que una computadora del laboratorio de Los Álamos, en Nuevo México, había alcanzado la velocidad de un petaflop. Mil billones de cálculos por segundo. ¿Cómo se concibe esa cifra? Si a todas las personas del mundo nos diesen una calculadora y nos pidiesen que hiciésemos cálculos durante seis horas al día, necesitaríamos hasta el siglo XXIV para hacer lo que una computadora petaflop hace en un día.

El siguiente paso en la historia de la informática es el exaflop: un trillón de cálculos por segundo. Después viene el zetaflop, el yotaflop y el xeraflop. El objetivo no es otro que ralentizar el tiempo y colonizarlo. Como es de esperar, una computadora petaflop utiliza más electricidad de la que se consume en toda la red de una ciudad africana. Y después está el problema que supone plantearle cuestiones útiles.



Alrededor del campamento, la arena estaba minada de espinas. Algunas eran largas, de acacia, y otras, esferas cubiertas de pinchos que parecían cargas de profundidad. Incluso llevando chanclas, James se pinchaba a cada paso.

Uno de los boni dejó un rifle Enfield británico y un subfusil soviético PPS en el suelo junto a un puñado de munición y tiras de carne seca. Después llamó a una de sus hijas para que se acercase. La niña no podía comer, tenía el vientre hinchado y la piel de los tobillos y de las pantorrillas cubierta de llagas. Cuando el hombre pidió ayuda, Saif hizo que le pegasen con palos; uno de los golpes le partió la pierna y con eso terminó la paliza. Era extraño: Saif quería ver un yinn, pero se negaba a mirar a los boni a los ojos.

—No sois buenos musulmanes —les recriminó—. Adoráis a los árboles. Coméis cerdo. En esta isla no sois bien recibidos. Debéis marcharos.

Los boni no mostraron expresión alguna. En su rostro no había miedo, rabia ni amargura evidente, sólo la resignación de los esclavos. Se marcharon enseguida con el cazador herido y las pocas posesiones que tenían: arcos y flechas, lanzas, ollas y esteras de hoja de palma. Una mujer hizo un hato de ropa y se lo sujetó a la espalda, mientras que las más jóvenes cargaban con los niños. Los yihadistas les dieron queroseno y azúcar.

James intercedió a favor de los boni y por eso le propinaron un puñetazo en la cara. Tal vez porque había sido testigo de su mal comportamiento, o quizá por la grosería con que miraba el callo de color vino que uno de los pakistaníes tenía

en la frente, justo donde la apoyaba en la tierra para rezar. Puede que hubiera sido sólo porque la moral estaba por los suelos.

No era cierto que los yihadistas fuesen autosuficientes y no necesitaran más que una alfombra para la oración. Tenían muchas esperanzas puestas en ese campamento, donde antes que ellos había habido tantos mártires. Creían que iban a encontrar algo mejor. Los más desconsolados eran los chicos de Mogadiscio: habían visto un documental sobre el ejército británico en un Video Shack y se habían convencido de que la yihad contaba con las mismas instalaciones. Pero en lugar de un módulo de duchas y un comedor, allí tenían chozas en ruinas con el tejado hundido, y el agua a un paseo entre los matorrales.

En el centro del campamento había un baobab que les proporcionaba sombra y resguardo de la lluvia. Le ordenaron que se hiciera su propio cobijo debajo del árbol. Cogió tallos de mangle, los clavó en la tierra y colocó la mosquitera encima. Se hizo un techo de hojas de palma y excavó la arena. Dentro de la mosquitera lo ataron de nuevo, pero con una cuerda tan larga que podía gatear con libertad y ver el trajín del campamento.

Pasaron los primeros días reparando las chozas, abriendo caminos a machetazos entre la espesura, recogiendo leña para el fuego y cavando las letrinas. Era una labor dura. Reforzaron la choza principal con sacos de la ayuda humanitaria llenos de tierra mojada. En cada uno de los sacos había una bandera de barras y estrellas y las palabras: «Regalo del pueblo de Estados Unidos».

Un soldado cayó en una trampa boni y lo enviaron de regreso a Chiamboni con el fémur roto. Había una plaga de moscas y de escorpiones. Dormían al raso, encima de plásticos, debajo de las mosquiteras. Había escasez de comida: puñados de harina de maíz, pescado y cangrejo. Racionaron los espaguetis.

Colgaron una fotografía de Osama bin Laden. Su cuerpo se había hundido en el mar, pero para ellos seguía vivo. Jugaban a videojuegos con un portátil; entre otros, jugaban a luchar contra los cristianos en la Tierra Santa del siglo VI. Se entrenaban en el uso de los lanzagranadas y los explosivos. Aprendían a utilizar cuchillos. No había cobertura de móvil; la única conexión con el mundo era por lancha motora.

Pasaron los días. Las semanas. Los babuinos rodearon el campamento; las hembras tenían un culo rojo comparable con los testes azules de los colobos macho. James se fijaba en las idas y venidas de los babuinos, que se peleaban por la fruta y los restos de comida. Estudiaba sus personalidades y les ponía los nombres de sus secuestradores. Eran perros humanos; meaban como los perros, pero tenían cara de persona.



Fue el explorador polar francés Jean-Baptiste Charcot quien, durante uno de sus muchos viajes al mar de Groenlandia,[\[10\]](#) descubrió que la temperatura de la zona hadal es uniforme: cuatro grados centígrados en todo el planeta. Su única virtud es la constancia. Sus procesos son uniformes: el agua fría penetra en la roca, se sobrecalienta y sale a chorro por las chimeneas de las fuentes hidrotermales. Disuelve los minerales y los metales presentes en la roca y, de ese modo, proporciona los ingredientes necesarios para la vida química en un lugar que, de lo contrario, no sería más que una noche sepulcral a la que sólo llegaría materia desde arriba.

Hasta que en 1977 se descubrieron las fuentes hidrotermales de las islas Galápagos, los científicos daban por sentado que la vida en la Tierra era fotosintética y pertenecía a la superficie. Pero en realidad había sido al revés: la fotosíntesis vino más tarde, después de que las células pasaran millones de años subiendo a la deriva hasta la superficie y cocinándose con el sol antes de evolucionar para absorber la luz. Mientras tanto, la vida quimiosintética del abismo evolucionaba hasta alcanzar una estabilidad que nosotros no podemos esperar.

Las fuentes hidrotermales son sólo una pequeña parte del todo. En las fisuras, las grietas, las hendiduras y los resquicios, en el pus volcánico y en los asombrosos entramados de las profundidades hay organismos protistas hipertermófilos a los que les encanta el calor, arqueas, hongos y, sobre todo, bacterias que, en conjunto, constituyen la forma de vida más antigua del planeta. Son quimiosintéticas y no necesitan al sol. Viven a base de hidrógeno, dióxido de carbono o hierro y excretan metano, o se lo comen. Algunas respiran óxido para producir hierro magnético. Se alimentan de lo anaeróbico y de todo aquello que ya no vive. Si las colocas en una placa de Petri, se multiplican hasta formar una colonia visible al ojo humano. Y, si te detienes a pensar en ellas, te cambian el concepto que tenemos de nosotros mismos. Son los trabajadores de la fábrica, son dinámicos, incondicionales: la base. Hemos identificado menos de un uno por ciento de estas especies, pero forman parte de ti. Llevas una gran cantidad en el vientre y en la piel.

La vida microbiana de las profundidades existe en el plano más extraño, en

un lugar donde los gusanos viven en pozas de agua sobrecalentada y en el lomo tienen un vello de microbios aún más extraordinarios que los que viven entre nuestras pestañas.



En la noche blanca del cuarto día tras haber zarpado desde Islandia, el *Pourquoi Pas?* echó el ancla sobre el mundo submarino que buscaban. El de Enki era el campo de fuentes hidrotermales más septentrional que se conocía, y contaba con los depósitos de sulfuro más grandes de los que se tenía constancia. El agua que salía de sus chimeneas estaba a trescientos noventa y nueve grados centígrados y se tenían pruebas de un ciclo vital quimiosintético en cuya base había bacterias que se alimentaban de ácidos y, más arriba, anélidos poliquetos formadores de tubos, almejas blancas y otros bivalvos. Era de una extensión y una antigüedad extraordinarias. Más allá de eso, las cosas no estaban claras. La expedición de 2011 había descubierto el campo cerca del lugar donde se unían la dorsal de Knipovich y la de Mohns, después de pasar semanas arrastrando una sonda CTD (*C* de «conductividad», *T* de «temperatura» y *D* de «profundidad», en inglés) en zigzag. La sonda buscaba anomalías y, cuando las encontraba, tomaba una muestra de agua de la fuente que después se analizaba para comprobar si había niveles delatores de hidrógeno disuelto y de metano oxidado por los microorganismos de la columna de agua. Su desafío para 2012 era raspar el interior de alguna fisura para obtener un material más rico que tuviese valor a nivel matemático.

Las primeras inmersiones programadas eran a modo de orientación y para la elaboración de los mapas de Enki. Las siguientes eran para los geólogos. Las de los biólogos y los matemáticos tendrían lugar hacia el final de la expedición. Había varios equipos de biólogos: el trabajo del grupo de evolución se centraba en la extracción de ADN. Otro estudiaba los virus; querían averiguar cómo extienden sus enfermedades de una fuente hidrotermal a otra. Los astrobiólogos franceses y suizos con los que Danny y Thumbs trabajaban en estrecha colaboración estaban tomando muestras para la Agencia Espacial Europea y esperaban identificar nuevos microorganismos. Claude, el líder francés del equipo, había apostado dinero a que durante sus inmersiones encontrarían formas de vida en los océanos de metano de Titán. Mantenía que la búsqueda de vida extraterrestre se veía afectada por el chovinismo superficial: se indagaba sólo en la cara externa de los planetas, las lunas y las rocas, no en lo más

profundo de las grietas, donde era más probable que estuviera. Ella concurría. La obsesión del hombre con las fachadas, con la apariencia externa, era otro de los motivos por los que la oceanografía no despertaba suficiente interés.

Tenía una visión optimista: la vida microbiana era tenaz; proliferaba incluso en cuevas y en los pozos de las minas. Vistas de cerca, las grietas del fondo marino eran como el sombreado de una placa metálica grabada. Estaba convencida de que algunas de ellas se adentraban hasta ocho kilómetros en el manto y de que estaban forradas con una capa de vida microbiana de tal densidad que, sumada a la biota de las profundidades, era más grande que el total de vida fotosintética presente en la superficie del planeta. A fin de probar su tesis, había tenido que diseñar métodos de recuento de arqueas metanógenas y de bacterias autotróficas hipertermófilas del hierro, además de las clases y los estados peculiares de las arqueas y las bacterias. También había tratado de identificar la frontera que separaba la parte viviente de la parte donde no había vida, y comprender el paso entre la existencia y la no existencia.

Lo que hacían en el mar era el inicio. Una vez que Thumbs y ella estuviesen en Londres, recopilarían los datos y enviarían problemas —complejidad matemática, los niveles de jerarquía que actúan de puente entre el microbio y el ecosistema— a distintos equipos de biomatemáticos de España y América.

Preparaban el *Nautile* por las noches y hacían las inmersiones de día. Por la tarde, cuando estaba regresando a la superficie, tocaban una campana en el barco y la gente salía a cubierta a tratar de adivinar por dónde emergería el embarazo de las aguas. Desde la distancia, el *Nautile* parecía pequeño y dramático; blanco y azul, una pieza de porcelana. Los buzos se acercaban en lanchas neumáticas, se lanzaban al agua y lo enganchaban para poder remolcarlo hasta el buque. Una vez que habían hecho todas las comprobaciones, los tres tripulantes emergían por la escotilla con aire triunfal y cansado. El éxito inicial tenía menos que ver con la ciencia que con lo humano: habían regresado. A menudo se veían expresiones de asombro. Algunos de los científicos meneaban la cabeza con incredulidad: habían ascendido como Orfeo de una sopa que contenía la magnitud de las especies y que sería un santuario de vida en la Tierra mientras ésta continuase girando, siendo primitiva, consistente, constante, y ofreciendo protección contra las llamaradas solares, la radiación nuclear, los cometas y otros crímenes humanos aún por descubrir.



Había un ogadeni arrodillado fuera de la mosquitera, observándolo con atención y dándole toques con un palo como si él fuese un animal en el zoo. Lo miró con rabia. En los ojos del hombre vio el desierto. Delataban los problemas de riñones de los pastores de camellos, y en lugar de ser cristalinos y rápidos están envueltos en una neblina reumática y surcados de venas de resultas de haber pasado años bebiendo agua con tierra, leche de camello y orina.

Se dio media vuelta. No podía dormir más de una hora seguida, y a veces el cielo daba vueltas. Sentía náuseas. No paraba de arrastrarse más allá de la sombra del baobab: creía que se le caía encima.

Para entonces ya llevaban meses allí. Los días se juntaban. La podredumbre de la mosquitera lo enfermaba y hacía demasiado calor; pero fuera, por las noches, había puntos que zumbaban de un lado a otro. Mosquitos. Su ira ya no tenía determinación alguna. Estaba perdiendo los arrestos, la noción de sí mismo y de su historia. Su capacidad para solucionar problemas se reducía. Nadie lo quería.

En realidad, era un perro. Todos los días le ordenaban salir para darle de comer y, dependiendo del humor particular de los soldados, lo ayudaban a cruzar el campamento o le pegaban y le gritaban. Había aprendido a identificar el lenguaje corporal, y si cualquiera de ellos se le acercaba deprisa, se aovillaba buscando protección. Una de las veces que lo molieron a patadas, no paraba de repetir un verso de una canción en la cabeza: «*Like some cat from Japan*».



Una tarde, Danny organizó una velada de puertas abiertas en el laboratorio. Thumbs seleccionaba vinilos y los ponía en el tocadiscos; primero rock clásico y después funk. Ella molía granos de café.

Sus compañeros llegaban e intercambiaban pastas recién horneadas por cafés. La conversación giraba sobre todo en torno a la música, al menos al principio. No hubo discusiones políticas; en ese sentido, da la impresión de que los científicos existen al margen del tiempo. Cuando sacaron el alcohol, hubo comentarios sobre el metabolismo microbiano, sobre los *cagahidrógeno* y sobre lo que eso podía implicar para la nueva generación de pilas de combustible y para el santo grial de las energías limpias. Hablaron también del abismo, de la contribución de las salpas a los sumideros de carbono y de si podía extraerse la contaminación del aire o inyectarla de nuevo. A menudo acababan hablando sobre el cambio climático, porque había dinero disponible para la investigación y puestos para cualquier joven académico inteligente capaz de convertir las inmensas profundidades en un motor o en un vertedero. Apoyados por el ritmo

del funk, la conversación viró hacia el transporte vertical en el océano global: el proyecto VÉRTIGO. En concreto, cómo hacer un seguimiento de las corrientes oceánicas usando elementos como el torio, que se pegaba a la nieve marina y se descomponía a un ritmo constante.

Entonces, Thumbs tomó la palabra.

—Imaginaos en el futuro —les dijo—. En el espacio. Sois promotores inmobiliarios y habéis encontrado un planeta a una buena distancia del Sol. Compráis el planeta y ahora tenéis que animarlo. Metéis aire, agua y vida microbiana. ¿Cómo hacer que parezca que no está sin estrenar? Para eso hay que ir a lo básico: excavar estanques y marismas, cubrir las montañas de hierba, plantar robles y arboledas, viñedos... Introducir ciervos y zorros.

—¿Qué tipo de casas construiríamos?

Thumbs alzó la mano y bebió un buen trago de su copa.

—Una villa romana, sin dudarlo. Una de las que había en Inglaterra en el siglo III con suelos de mosaico, baños y chimeneas. El mobiliario y los acabados serían de la era espacial, claro, y el jardín llegaría hasta un arroyo y tendríamos establos llenos de caballos.

—¿Sin coches?

—Eso es. Lo venderíamos como el planeta adonde vas a relajarte. Llegas desde el hiperespacio, te aclimatas, te hacen la transfusión o lo que sea, y luego cambias el traje espacial por una toga y cabalgas hasta casa por una carretera empedrada, atravesando bosques y campos a la luz de las lunas gemelas. El efecto otoñal, la escarcha y demás sería simple control climático.

Las veladas como ésa la hacían muy feliz; momentos en los que la ciencia parecía una empresa común en lugar de un rompecabezas de vanidades. Thumbs iba cambiando de disco y bajando el ritmo. Cuando llegaron al acid jazz, abandonaron toda clase de conversación.

Trabajaron de noche con los ayudantes de laboratorio. El *Pourquoi Pas?* había echado el ancla al norte de la isla de Jan Mayen, justo encima del campo Enki. Hubo tormenta; lluvias y aguanieve bajo el sol de medianoche. El mar los zarandeaba, pero los ordenadores y el instrumental estaban atornillados a las mesas de madera y atados con cuerdas elásticas, y las agujas de los diales no se movían sino por sí solas.

Hicieron turnos para preparar las muestras que había recogido el *Nautilé*. El tratamiento era mecánico. Las raspaduras eran blandas y blanquecinas, y hedían a huevo podrido. Los fluidos de las fuentes se recogían en botellas de titanio, que no se corroían. Cada una tenía un tubo retráctil y un resorte que podía activarse

desde el interior del sumergible.

Usaban un espectrofotómetro para comprobar la absorción de luz de los sulfuros y un microscopio que mostraba las bulliciosas ciudades amarillas que tenían en los portaobjetos. Realizaban sus propios cultivos cuantitativos y aprovechaban la microscopia, las microsondas y las espectroscopias que llevaban a cabo los astrobiólogos. Se trataba del extremo encarnado de las matemáticas.

Danny terminó de trabajar a las tres. Durmió unas horas y después fue al gimnasio a correr y a entrenar con el saco. Comió un *brunch* compuesto de tostadas, pasta y una manzana, y entonces asistió a una reunión del equipo de científicos que se celebró en el puente de mando para determinar la carga de instrumentación necesaria para cada inmersión.

Estaba distraída. Junto a la puerta donde ella estaba había una especie de secador soltando aire caliente, y no paraba de mirar el mar por las portas.

Cuando acabó la reunión, permaneció en el puente y estudió la cartografía del mar de Groenlandia. Eran pura ficción, las batimetrías no eran reales. A pesar de lo amontonadas que estaban las curvas de nivel, las cartas no representaban la profundidad del océano, el día que se tardaba en hundirse en él.



*Odile* es una novela corta de la primera época de Raymond Queneau, cuya protagonista, Odile, espera a su marido Travy en el puerto de Marsella cuando él regresa de Grecia. Desde la cubierta del barco, Travy contempla las ruinas del puerto y al final alcanza a verla junto a una barricada detrás de la caseta de la aduana, rodeada de trabajadores y mozos.

Vivir en la Francia de los años veinte en las condiciones en que lo hacían Travy y Odile era más difícil que morderse la cola o hacer equilibrios sobre la cabeza de un alfiler. La gente a menudo se acostaba en ayunas. Y, pese a todo, Travy se enamoró de Odile de verdad. La historia acababa y el chico empezaba a vivir; o, mejor dicho, empezó a vivir de nuevo.

Si Queneau la escribiera hoy en día, la escena del puerto de Marsella sería muy distinta. No podría escribirla igual. Él llegaría en un vuelo de Atenas a París con una aerolínea barata, no con una de verdad. Habría menos tensión, y el hecho del regreso no tendría la misma magnitud. Travy saldría por la puerta de llegadas del Charles de Gaulle sin hacer caso de taxistas ni policías y seguiría las indicaciones que ella le habría enviado por mensaje de texto. Se abrazarían junto

al quiosco, un poco más allá.



La mosquitera era la única barrera que separaba a James de los monos. Un colobo la agarró con manos diminutas y tiró de ella para desgarrarla. Él lo apartó de un manotazo y se sorprendió de lo enclenque que era el animal, de lo poco que pesaba.

Reflexionó sobre la violencia presente en su vida. No la de su juventud, la de las operaciones de combate, sino la que había vivido desempeñando trabajos de inteligencia más recientes. Él era como todos: tenía varios rostros.

Hay que dar fuerte y rápido. Lo mejor era soltar una ráfaga de puñetazos. Se había ocupado de dos mercenarios galeses que querían vender armas a los yihadistas somalíes: uno era de un pueblo minero y el otro de linaje somalí. En lugar de seguir el procedimiento, buscó a un ugandés que les diera una paliza y les echase arena en los ojos. Les hizo pensar que habían sido los yihadistas.

Viajar a Chiamboni ya no era seguro: le dijeron que Yusuf se había ido a Kenia y, desde allí, había viajado a Tanzania. En el campamento, el agua se convirtió en un problema; los filtros se habían roto. No quedaba yodo. Hervían el agua del pozo; pero, aun así, la vomitaban. Chupaban fruta dulce y bebían leche de coco, y no lograban saciar la sed. El agua de manantial que habían bebido en vasos de metal en la choza del pastor del malpaís era un lujo de otra vida. Mantenían la esperanza de que lloviese, y al final un chaparrón los salvó. Cuanta más sed tenían, más solícitos se volvían los soldados. «¿Cómo hacemos para almacenar el agua? ¿Cómo evitamos que se contamine?» Él se lo explicaba. Cuando la lluvia llenó las cisternas improvisadas, gritó hasta que lo amordazaron. Fue vergonzoso. Su ira era ridícula, pero ellos eran pueriles. Su ambición era dominar y, en cambio, no tenían la capacidad de alimentarse. Eran como las hienas del cuento africano, que, subidas unas encima de otras, hicieron una torre hasta el cielo porque les habían dicho que la luna era un dulce que se podía comer.

El Támesis plomizo, el agujero de los yinn, la piscina de Muthaiga. De pronto, Winckler, el espía francés con el que había colaborado, estaba ahí plantado, guiñándole el ojo. ¿Winckler? El hombre no era digno de recordar. Se veían en los bares más bulliciosos de Nairobi y de otras capitales africanas, y

despachaban sus asuntos sin entretenerse. Winckler siempre insistía en que la cerveza fuese de botella. Era culpa suya que James hubiese vuelto a fumar. ¿Qué más? A Winckler le silbaba el pecho. Tenía un tic que hacía que le temblasen los párpados. Un puente dental amarillento. No había nada más. Era como lo de los rusos huesudos. No había motivos. Winckler nadando, Winckler sumergido: labios grises y carnosos, dientes afilados, un pez abisal con un farol bioluminiscente donde antes tenía la frente pelada.

Un día alzó la vista y vio un avión de línea volando muy bajo. Parecía de Yemeni Airways y era probable que se dirigiese a Saná. El mero hecho de notar que el mundo que lo rodeaba se movía era muy importante. Trató de recordar cómo era ser un niño pequeño, y todas las cosas sin importancia que su madre hacía por él y que ya había olvidado. La hora de acostarse, pero mucho antes: la cena, el baño, leerle un libro, tumbarse a su lado hasta que se dormía.

Por las noches lo llevaban al río para que se lavase. Miraba a los niños cazar cangrejos en la orilla. Pesaban menos que una pluma, pero se hundían en el barro fino hasta las caderas; cogían palos largos y curvos y los introducían en las cangrejeras. En cuanto un cangrejo atacaba el palo, tiraban deprisa. Tenía que ser un único tirón para impedir que el animal regresase al agujero, y después los cogían por las patas traseras. Una de las únicas veces que los veía reír: cuando sujetaban los cangrejos con el brazo extendido y los miraban pellizcar el aire con las pinzas.

Se había convertido en el hombre con los huesos hechos de niebla que no encontraba orilla sólida. Había moscas, zumbido de escarabajos. Quería acabar con todo eso y sumergir la cabeza. Allí todo estaba en silencio. Imaginó a los soldados en el agua; la mayoría no sabían nadar. Lo harían a ciegas, agitando brazos y piernas, pero sin avanzar; se les contraería el pene y se les arrugaría como un caballito de mar y, cuando abriesen la boca, el agua les entraría a borbotones.

Los rescoldos de una hoguera titilaban en la oscuridad. Veía bocas moviéndose. Una exclamaba, otra la mandaba callar. Disputas teológicas y cuentos de mártires.

Una noche le permitieron sentarse con el grupo mientras Saif contaba la historia del ataque aéreo de Estados Unidos que había matado al jeque Ahmed

Salim Swedan en suelo pakistaní. Que Alá lo bendiga.

Sonrió. Swedan era un keniano que tenía un negocio de transportes en Mombasa y a quien Al Qaeda había reclutado a través de un equipo de fútbol dirigido por Usama al-Kini. El equipo captaba jóvenes de familias pobres, chicos frustrados que no tenían empleo ni dinero para casarse.



En el hangar de popa cabía hasta un helicóptero. El *Nautile* estaba en el interior, sobre unos calzos. El grupo de rock francés se oía desde fuera.

Le había llegado el turno —se sumergiría por la mañana—, pero se mantuvo al margen y dejó que la tripulación se encargase de todo. El *Nautile* hacía cien inmersiones al año y los preparativos eran cuestión de rutina. Lavaban el sumergible con agua dulce para reducir la corrosión y después hacían una serie de comprobaciones metódicas: válvulas, radios; encendían el ordenador de a bordo; enganchaban los flotadores y, por último, cargaban el instrumental científico en cestas; botellas, cámaras, dispositivos de termografía y el brazo mecánico que extendían para raspar muestras. Cuando comprobaban las luces de la embarcación, era como si un ovni hubiese aterrizado en el hangar.

—Profesora Flinders, ya estamos listos.

Ella examinó la carga; tenía una lista que repasó punto por punto. Al acabar, sonrió.

—¡Perfecto! Gracias.

Les regaló unas botellas de vino, y todos salieron juntos a beber y a fumar. En aquel momento, el cielo era un tesoro veteado de oro. Hicieron una barbacoa. Cocinaron a la brasa lo que ellos mismos habían pescado con el sedal que lanzaban por la borda. Ella comió lomo de salmón con ensalada y pan, y lo acompañó con vino. Todos hablaban en inglés. Un científico noruego servía Aquavit. En un momento como aquél, ella podría haberse enamorado de alguien, en el Ártico, tan vasto y balsámico. Pero sentía que era una mitad de un todo, y eso ya no le interesaba.



Estaba concentrada: durante las horas que pasase bajo el agua, quería conservar toda la agilidad mental que pudiese.

Debajo del suelo, en el fondo del sumergible, había una palanca roja que, si se accionaba, activaba los flotadores y la nave salía disparada hacia la superficie. No era precisamente un paseo: el *Nautile* podía quedar atrapado en alguna parte,

podía partirse. Si eso ocurriera, pensaba ella, la fuerza del agua que entrase en la cabina la empujaría hacia arriba y la estrellaría contra la parte superior de la esfera. El frío desencadenaría el mismo reflejo de inmersión que tienen los mamíferos como las focas: le bajarían las pulsaciones y los vasos sanguíneos de la cavidad torácica se llenarían para evitar un colapso pulmonar, pero el instinto de abrir la boca y respirar sería más fuerte que la certeza de que hacerlo implicaba la muerte. La abriría, pero su laringe se estrecharía. Se le llenarían la nariz y la garganta de agua. Y el laringoespasma no cedería. Los pulmones quedarían sellados, y ella se asfixiaría por acidosis respiratoria e hipoxia, con la cabeza echada hacia atrás y la mirada vidriada y aterrada, como la de una muñeca.



Saif adoptó la costumbre de tumbarse junto a James por la noche y hablarle. Su comentario más elocuente fue sobre la futura construcción en Yeda del edificio más alto del mundo.

—¿Has estado en Nueva York?

—Sí —contestó James.

—Éste será mejor. ¡El doble de alto que las Torres Gemelas! Una pureza jamás vista. El islam y el futuro se mezclarán en el cielo. En los ascensores se oirán versos religiosos. Podrás ver la puesta de sol desde la planta baja y después subir al último piso en ascensor y admirarla de nuevo.

Más que nada, Saif predicaba el martirio.

—Supongo que moriré pronto —le dijo un día mientras chupaba una piel de mango—. Y no rechazo la idea; todo lo contrario. Estoy bastante seguro de que tú también morirás. —Saif se volvió hacia él—. Por eso quiero que te conviertas al islam.

—No —respondió James con firmeza.

No existía la posibilidad de que se convirtiese. No era sólo una cuestión del islam, sino de cómo se construía la vida. Un hombre vivía setenta años,<sup>[11]</sup> menos que una ballena, menos que un reloj del Atlántico, y la única manera de reconciliarse con su mortalidad era formar parte de algo que continuase más allá de su muerte; un campo limpio de piedras, una pieza de joyería, un monumento, una máquina. Todo hombre era partidario de lo que conocía: hasta los vagabundos defienden la vida errante. Pero la vida era demasiado corta como para que James renunciase a su parroquia anglicana, antes católica, con sus

tumbas de caballeros, reclinatorios acolchados, ramos de flores y el facistol de latón con forma de águila. No, la tranquilidad de esos lugares —la puerta antigua, el cementerio, el prado, la humedad— le proporcionaba sensación de pertenencia. Les era fiel. Ya era demasiado tarde para abandonar el canon inglés: de Chaucer a Dickens, los poetas de la Primera Guerra Mundial, Graham Greene escribiendo a máquina envuelto en llovizna y niebla tóxica... Ya lo había dicho en otras ocasiones: era un agente de inteligencia que tendía puentes, hablaba árabe y leía mucho, pero si se mentaba las cruzadas —cosa que Saif hacía—, él era un cruzado. Si tenía que morir a manos de fanáticos, deseaba mantener la coherencia y no alienar a aquellos a quienes quería y que lo querían a él.

Vivían en proximidad con las aves y con los bancos plateados de tarpones y los elefantes que cruzaban por el paso. Las mareas iban y venían. Si tenían suerte, llovía. El paisaje era muy verde. Surgió la cuestión del paraíso. Saif no hablaba de relaciones sexuales con las huríes que esperaban a los que sufrían su martirio durante el Ramadán (a las que él tenía derecho), sino de todos los ruiseñores del paraíso, de la fragancia de las flores, de las amplias pasturas. La imagen era persa y de una iridiscencia muy poco convincente, sobre todo viniendo de un saudí que no conocía más jardines que las franjas de césped que había detrás de los hoteles y de los bloques de oficinas de Yeda y de Riad, que se regaban con aguas residuales depuradas antes del amanecer. Saif *el León* era más feliz en el uadi comiendo carne de camello, porque allí la vida se asemejaba más al universo constante de la alfombra de oración y la arena, y el calentamiento y el enfriamiento de los días.



Es habitual que los católicos ingleses consideren que *El libro de los mártires* de Foxe no es más que propaganda protestante. Algunos incluso coinciden con los jesuitas, que en su momento dictaminaron que se trataba de «una gran montaña de estiércol de vuestros mártires hediondos».

Foxe era un fanático, si bien era un hombre amable y bondadoso, y según la opinión de muchos un gran amigo. Fue tutor de los hijos de Henry Howard, conde de Surrey, que fue ejecutado por traición en 1547. Entre esas criaturas estaban Thomas, cuarto duque de Norfolk; Jane, condesa de Westmoreland; Henry, conde de Northampton y su primo Charles, comandante de la flota inglesa en la batalla contra la Armada Invencible. A pesar del estrecho vínculo que mantenía con los Howard católicos, Foxe estuvo involucrado en la supresión

del culto a la Virgen María. Durante el reinado de la reina católica María Tudor, huyó de Inglaterra y vivió en la miseria entre los protestantes de Amberes, Róterdam y Frankfurt. Escribió su primera historia de los mártires cristianos en Ginebra, prestando especial atención a los mártires protestantes, y cuando Elizabeth accedió al trono, regresó a Inglaterra. Las catedrales y todas las parroquias adineradas se hicieron con un ejemplar del libro, igual que todos los obispos y clérigos entusiastas. Foxe se convirtió en una celebridad literaria, y las consiguientes ediciones de *El libro de los mártires* llegaron a tener miles de páginas en las que detallaba la muerte de cada mártir con una formalidad y un nivel de minuciosidad que ningún yihadista alcanzará jamás. Si el estándar del martirologio se fijase de acuerdo con la pauta oscura de Al Qaeda, Foxe sería ensalzado, en comparación, como historiador de referencia.



Era católico e inglés, y estaba muy alejado de la insistencia diastémica de Saif. Era descendiente de santo Tomás Moro y, por parte de madre, del beato William Howard, que fue ejecutado tras el complot papista de Titus Oates y después beatificado por el papa Pío XI. Veneraba a Donne, leía al Milton republicano y celebraba a sus antepasados recusantes y a los capitanes de balleneros que los siguieron, además de abogados, granjeros, curas y párrocos, jesuitas que trabajaron en la Misión Inglesa y fueron enterrados en Roma, muchas monjas benedictinas que ingresaron en conventos de Lovaina y Cambrai, ministros de colonias, reporteros, personas que espían para Roma, o para Londres; su padre se llamaba Tomás Moro XVI.

Que Dios lo asistiese. Era una gran bolsa de líquido vaciándose sobre la arena.

Quería huir como el agente de seguridad francés en Mogadiscio, que se alejó de sus secuestradores de puntillas mientras éstos dormían y escapó de noche, descalzo por las calles en ruinas de la ciudad. Tras varias horas llegó sano y salvo a Villa Somalia, que sirve como palacio presidencial del gobierno de transición somalí.

Inglaterra había perdido a James, igual que Gran Bretaña. Estaba rodeado de verde por todos lados, pero aquello no era un paraíso. El barullo de las hojas, las enredaderas, las arenas movedizas y el cieno le recordaba a los cómics que había leído de niño, que a menudo trataban de las batallas contra los japoneses que tuvieron lugar en Birmania durante la Segunda Guerra Mundial. Los japoneses llevaban gafas de lentes gruesas, entornaban los ojos y recorrían la jungla con las bayonetas caladas, como insectos, hasta que en el bocadillo

aparecía la leyenda: «¡Dales una buena, Tommy!», y los británicos y los estadounidenses se liaban a tiros con los *japos*, como los llamaban en las viñetas, y éstos salían disparados hacia atrás con un sonoro «¡Aieeee! ¡Aieeee!», que de pequeño él creía que eran palabras japonesas.

La base naval estadounidense de Manda Bay estaba más cerca que Lamu, a tan sólo unas horas en lancha motora. Sabía que oculto en su interior había un helipuerto y varias cabañas que pertenecían a una unidad encubierta que llevaba a equipos de tierra, mar y aire, y demás personal especializado, hasta Somalia después de los ataques aéreos sobre el enemigo. La unidad se encargaba de reunir pruebas de los asesinatos: muestras de ADN de los cadáveres tras un ataque aéreo.

El cielo siempre podía abrirse. En 2010, un misil estadounidense mató a Saleh Ali Nabhan, uno de los principales comandantes de Al Qaeda. Viajaba en un convoy por una carretera costera entre Mogadiscio y Kismayo, y unos minutos después del asesinato, los hombres de Manda Bay descendieron en rápel desde varios helicópteros. Apenas rozaron Somalia con la suela de las botas y no llegaron a desabrocharse los arneses, pero metieron los cadáveres de Nabhan y de los demás en bolsas y los izaron a los helicópteros.

La cantidad de dedos y partes del cuerpo de mártires musulmanes de los que se habían apoderado los Estados Unidos de América era macabra. Los congelaban y les asignaban un número. Quién sabe dónde o durante cuánto tiempo almacenaban esas reliquias, y si llevaban a un capellán musulmán para que rezase por ellas.

No tenía modo de hacer señales a los estadounidenses. El campamento era indetectable por satélite, a menos que supiesen dónde buscar. Pero incluso si lo encontraran, les sería casi imposible matar a los soldados de la yihad y salvarlo sólo a él.

Las cuentas de la *misbaha*, sudor, gotas de lluvia. Los hombres se sentaban sobre los plásticos con las piernas cruzadas. En medio de tanta desilusión, cada vez hablaban más sobre batallas. A él lo habían educado para ser compasivo, pero el combate siempre acababa siendo de película de acción: sus secuestradores merecían morir. Merecían ser mártires. Y era importante liquidarlos antes de que llevasen a cabo otro ataque cuyo objetivo fuesen inocentes, como el de Kampala de 2010. La yihad no podía ganar.

Pero digamos que lo consiguiesen. El califato dispondría de sus propias

estructuras de poder y de sus arribistas. Habría que frotarlo todo con jabón barato. Las mujeres irían con capuchas y las pondrían en su lugar. La macroeconomía no estaría al alcance del régimen, y el crimen organizado prosperaría porque los clérigos sólo saben combatir la pornografía, el juego y la adicción a las drogas con palizas y ejecuciones públicas.

Leía la literatura yihadista, recitaba las palabras en voz alta y con respeto. El árabe de los textos era poderoso, pero él tenía otros libros en mente. Prefería la *Nueva Atlántida* de Bacon a *Utopía* de Moro. Lo había leído una y otra vez. La primera ocasión fue por casualidad, en el ejército. Le proporcionó casi tanto consuelo como el rosario que rezaba para guarecerse: postulaba celebrar una sociedad organizada en torno a la adquisición de conocimientos y el deber de la compasión.

Una vez más, se transportó al barco que en 1623 zarpó desde Perú con rumbo a Japón. La nave se desvió de su derrota en la vastedad sin explorar del Pacífico. Los marineros se quedaron sin víveres, pero cuando ya se preparaban para la muerte, avistaron tierra en el horizonte: la Nueva Atlántida. Al acercarse, se maravillaron, pues no era el atolón escuálido que esperaban, sino una isla con la vegetación cierta y baja de un país norteño, parecida a Gotland o Anglesey. Navegaron hasta el puerto de la capital, Bensalem, una ciudad pequeña de arquitectura exquisita y de un estilo que recordaba a Dalmacia y al Somerset señorial, donde fueron objeto del cordial recibimiento de un hombre con un pañuelo en la cabeza de factura más delicada que un turbante turco. Aquel personaje oriental, que tenía aspecto de amable sufí y cuya cabellera caía en cascada por debajo de la tela, era un cristiano. La Nueva Atlántida se había convertido al cristianismo muy pronto, mediante el milagro de un arca de cedro que se había hundido en el Mediterráneo, había hecho un viaje inverosímil arrastrada por las corrientes y había emergido cerca de la Nueva Atlántida. Encima tenía una esfera de luz y, cuando un grupo de barcos se le aproximó, se hizo trizas y reveló un pilar luminoso «no rostrado, sino en forma de una columna o cilindro, que se elevaba desde el mar un gran trecho hasta el cielo: en su cima se veía una gran cruz de luz, más brillante y resplandeciente que el cuerpo del pilar».[12]

Mientras reparaban el barco y se abastecían de víveres, los marineros desembarcaron, y los hospedaron en alojamientos lujosos. Tras unas semanas de recuperación, les mostraron la Nueva Atlántida, poniendo especial cuidado en que guardasen las distancias con los nuevos atlantes de las ciudades más alejadas.

La Nueva Atlántida era un país en el que los gremios y la iglesia, los granjeros y los comerciantes, vivían un matrimonio feliz. En sus montes había cuevas con pozos en el interior, a cuyo fondo bajaban a los científicos con cuerdas y donde coagulaban, endurecían y refrigeraban materiales. Los ermitaños se sentaban aparte en esa oscuridad, sin velas. En la cima de las montañas había torres de piedra y madera para observar los meteoritos, los rayos, el viento, la nieve y el granizo.

Los nuevos atlantes estudiaban la naturaleza y la imitaban. Habían desarrollado máquinas voladoras con las que planeaban desde las laderas y disponían de «barcos y botes para ir bajo el agua y corrientes de los mares».

En las ciudades había instituciones similares a las universidades modernas donde se llevaban a cabo proyectos de investigación, y de aquellas cunas de la invención habían salido giroscopios como los que más tarde se desarrollaron para los submarinos nucleares y «diversos relojes curiosos, y otras mociones oscilatorias», todos ellos «raros por su igualdad, finura y sutileza». Los inventores, científicos, los hombres del misterio —los que comerciaban con la iluminación y con el paso del tiempo—, todos pasaban por las ciudades. De entre los que habían conseguido avances en el conocimiento, los mejores eran inmortalizados en un salón de estatuas, «de bronce, de mármol y jaspe, de cedro y de otras maderas doradas y adornadas; otras son de hierro, de plata o de oro».

A menudo, cuando más abatido estaba, se sentaba en algún rincón fresco del salón de los inventores de la Nueva Atlántida. Era lo opuesto de aquel campamento yihadista del siglo XXI y, sin embargo, en su mente estaban conectados, como suponía que para algunos musulmanes lo estaban las ciudades yinn, del mismo modo que el mundo subacuático de Danny aún no lo estaba. Las paredes del salón eran de factura excelente, los ladrillos rojos, venecianos, y la luz entraba al bies por las ventanas altas y parecía distinta de la que se filtraba por las ventanas de las habitaciones que frecuentaba Yusuf al-Afghani.

Si pudiera quedarse en el salón de los inventores, los nuevos atlantes lo acogerían y lo curarían con bondad. Recuperaría la salud, y ellos le mostrarían algunas de las curiosidades, tal vez una paloma mecánica que, cuando le daban cuerda, volaba la distancia de un prado y regresaba batiendo un par de alas de madera cada vez más despacio, con apariencia cansada, para acabar posándose en su mano.



Él lo veía con claridad: en cuanto las autoridades religiosas se enfrentasen a la cuestión de la supervivencia de las especies, no tendrían posibilidades de éxito. La moral dejaría de revolver en torno a la bondad para fijarse en la necesidad. El islam y el evangelismo perderían su dominio igual que la Iglesia católica en el Quebec de 1968. ¿Qué podía conseguirse con un Día del Juicio Final que no fuesen a conseguir los gobiernos fascistas del futuro? Estaba convencido de que nuevos cultos centrados en la cosecha de órganos, partes del cuerpo y cerebros absorberían la labor mística de los ángeles, los demonios, los milagros y la creación de mitos. Las creencias religiosas se reducirían a las partes más sensatas.

En cuestiones políticas, la yihad acabaría desfasada; sus métodos y argumentos, algo secundario. Agitadores entre los agitadores, como en los últimos días del anarquismo.

En el tenis, el futuro decide el pasado: el lugar donde vaya a estar la raqueta influye en el punto hacia dónde se dirige la pelota. Todo depende de la parte final del golpe. Eso no existía en la política moderna, y era evidente porque los políticos no habían conseguido hacer de tripas corazón con el tema del cambio climático, y también por lo mucho que hablaban los filósofos de malgastar la vida.

Estaba seguro de que los miles de inmigrantes ilegales que viajan por mar se convertirían en millones. Cuando obligasen a los barcos y a las balsas a dar media vuelta, cuando embistiesen contra ellos y los hundieran —pues eso era inevitable—, lo siguiente en llegar sería el autoritarismo. De nuevo tendrían lugar disturbios raciales. Ya estaban construyendo muros más altos, un laberinto de muros, y él era uno de los que colocaban los ladrillos. Había sido testigo de ello en las embajadas británicas en África, donde las nuevas normas dictaban que un africano que quisiera un visado para entrar en el Reino Unido sólo podía conseguir cita con el personal administrativo local —un pseudorromano—, nunca con un funcionario consular británico.

No obstante, ni que decir tenía que nada de eso se aproximaba a la cuestión que había planteado Danny sobre un reinicio de la humanidad en el que los rasgos genéticos distintivos de los seres humanos desapareciesen.



Una de las características de las criaturas marinas es el movimiento constante. Nada puede detenerlos; ni siquiera la pena. No hace mucho, un atún que había

sido identificado y catalogado cerca de Martinica fue capturado cincuenta días después en Breisundet, Noruega, cerca del pueblo pesquero de Ålesund.

El ballenato de Cuvier se sumerge, roza el ligamento de la garganta del mar y sube de nuevo. Emerge a respirar a la luz y regresa a las profundidades. En cambio, después de la crucifixión, Jesucristo partió del infierno y atravesó todos los cielos visibles e invisibles hasta llegar a la morada más alta de Dios.

La palabra del latín que señala el día de la Ascensión es *ascencio*, que describe la forma en que se supone que Jesucristo se elevó de la tierra por sí mismo, dejando una huella en la roca.



Danny llevaba consigo una calculadora de bolsillo, una cámara digital, un cuaderno, lápices de mina blanda, un termo de café y un pícnic compuesto de pan, queso y salami que había comprado en un supermercado islandés. Thumbs le dio una recopilación musical para poner en el sumergible.

La mañana estaba despejada. El mar, en calma. El primero en entrar fue el piloto; después el otro científico y, por último, ella. Dos hombres y una mujer. Danny llevaba las mismas zapatillas de correr que usaba en la cinta. Subió la escalera y se metió por la escotilla. Se trataba de una esfera gruesa hecha de níquel donde la descompresión no era necesaria: la presión del interior era constante y se mantenía a una atmósfera. Las paredes estaban cubiertas de interruptores y de pantallas digitales. Había tres ventanillas para ver el exterior y tres bancos acolchados. Olía a lejía y, por debajo de la lejía, a vómito. La moqueta era muy fina, marrón, brillante; de esas que hay a la entrada de una prisión o de unas instalaciones militares. Se puso el gorro de lana. Les cerraron la escotilla y la sellaron.

Izaron el *Nautile* con un cabrestante y lo bajaron por la borda del buque hasta el mar de Groenlandia. Las cadenas resonaron al chocar con el batiscafo, se hicieron las últimas comprobaciones, y se sumergieron. Los colores que se veían desde el interior de la nave cambiaban como el color del cielo visto desde un cohete en el momento en que lo lanzan al espacio, aunque la densidad era distinta: tinta escolar, azul, negro azulado, negro. Vio salvelinos, estrellas de mar y gambas pequeñas que hacían piruetas. La nave empezó a respirar. Se inyectaba oxígeno en el habitáculo y el dióxido de carbono que ellos expulsaban se

limpiaba con un filtro de hidróxido de litio. La ventana más grande era para el piloto; la de Danny tenía el tamaño de una pantalla de portátil, y ella acercó la cara hasta tocar el grueso panel de cuarzo. Quería sentir el temblor del otro lado. No veía gran cosa, los monitores de las cámaras eran una guía más fiable. Aun así, para ella era importante mirar con sus propios ojos. Contempló las profundidades, y el fondo del mar le devolvió la mirada.

Los submarinos nucleares se sumergían sin ventanas a profundidades que un reloj de pulsera podía soportar y a sus tripulantes no les preocupaba no ver. Bastaba con escuchar sin hacer ruido. Pero un sumergible era todo lo contrario. Era un dispositivo de búsqueda: desde el *Nautile* se había observado el casco del *Titanic*.

—Venga, Danny, pon música —dijo Peter, el científico alemán.

—Es la típica basura que le gusta a Tom —protestó ella.

—Vamos a pasar todo el día juntos —le advirtió Étienne, el piloto.

Así que entregó la recopilación de Thumbs, y las letras de la primera canción resonaron: «*I travel the world and the seven seas*».

Étienne manipuló los propulsores de popa. Se hundieron más y más y más. Las aguas se cerraron sobre sus cabezas: seiscientos siete metros, seiscientos treinta y cuatro metros... Pasaron de la zona mesopelágica a la zona batial. Hubo un tiempo en el que la soberanía de los países alcanzaba cinco brazas de profundidad: la quilla de un barco, la longitud de un ancla. Enki estaba a tres mil ciento trece metros de profundidad, mil setecientos cuarenta y una brazas.

La esfera era demasiado pequeña para estar de pie y, al cabo de una hora, se le durmieron las piernas. Secó la condensación de la ventana con la mano y miró hacia fuera. Aún faltaba una hora de descenso.

—Étienne, ¿puedes apagar las luces? —pidió Peter.

—¿Todas?

—Sí, por favor.

Todo lo que les pertenecía desapareció, excepto la luz de los interruptores y la de la palanca de emergencia. El agua cobró vida, llena de peces bioluminiscentes y anguilas. Cuando el *Nautile* las rozaba, las salpas y las medusas hacían un despliegue de luces de discoteca. Allí abajo todo hablaba luz: era la forma de comunicación más común del planeta. Los peces más insignificantes tenían las linternas más luminosas. Había algunos que llevaban una cota de malla plateada que reflejaba la luz. La transparencia era otra forma

de protección, igual que emitir luz roja para parecer negros y, en consecuencia, invisibles. O llenar el vientre de tinta y desaparecer como si te hubieses calzado un anillo mágico.

A esa profundidad, todo adquiría una lentitud que hacía juego con la canción de Ray Charles que sonaba en ese momento: «*Here we go again, she's back in town again*».

—Habla de ti, Danny —dijo Peter.

—Ya te gustaría.

La oscuridad tenía tal fuerza que deformaba el recuerdo que ella tenía del crepúsculo veraniego en Londres.

Se hundieron aún más.

—¿Puedes encender las luces? —pidió Peter.

—Por supuesto —contestó Étienne.

Todo estaba iluminado. El pin de un delfín dorado que llevaba el piloto en el gorro de lana relucía.

La esfera crujía. Los micrófonos captaban un gemido fantasmagórico, golpes, lamentos, chillidos, lloros y estallidos. Las paredes se enfriaron, parecían húmedas al tacto. Ella empezó a oler a los hombres, y tal vez ellos la oliesen también. Quitó más condensación del ojo de buey con el codo. Novecientos veintitrés metros. Mil cuarenta y tres metros.

—¡Calamares membranosos a estribor! —exclamó Peter.

Detuvieron el batiscafo para echarles un vistazo. Ella hizo un zoom con la cámara.

—Tienes razón —concedió.

Eran unos calamares blancos con apariencia de estar recubiertos de incrustaciones de esmeraldas y amatistas. Tenían un ojo enorme de zafiro con el que miraban a su alrededor, y otro más pequeño que, a diferencia del otro, no sobresalía. Nadaban en un ángulo de cuarenta y cinco grados para poder usar ambos.

Peter era enjuto y tenía el pelo encrespado; era activista medioambiental. Étienne era más clásico y tenía una nariz romana muy precisa; un sacristán encantado con la vida, o consigo mismo.

Peter empezó a hablar de los cadáveres de las ballenas con su acento alemán marcado. Su voz era aguda.

—O sea, ¿te imaginas estar mirando por el ojo de buey y ver a una ballena muerta caer? Se hunde deprisa, así —dijo, y lo ilustró con un gesto que hizo con la mano—. ¡Menudo festín para los del fondo! Imagínate el peso de las lombrices y los piojos del estómago.

Mil ochocientos treinta metros..., mil ochocientos treinta y dos. Estaban

totalmente cubiertos. Toda Gran Bretaña podría hundirse sobre sus cabezas y en el pico de Ben Nevis no se vería ni rastro de luz solar.

Había hileras de medusas con forma de campana de cristal y numerosos estómagos transparentes que palpitaban. El océano estaba hambriento. Era una boca y una tumba.

Un zifio tiene un ataque al corazón en el mar de Liguria y muere. Al hundirse, se roza la cabeza en la pared de un cañón submarino. Los carrillos se le llenan de bacterias de inmediato. En una sola vértebra ya se alimentan gusanos, centollos y toda clase de criaturas. El pez pelícano es capaz de tragar el equivalente de su peso en un minuto y después no come durante semanas. Algunas especies de lofiformes se ocultan haciendo que su piel parezca el excremento brillante de la nieve marina. Cuando otro pez intenta comerse ese excremento, abren la boca y lo atrapan con los dientes afilados.

Había un pez con un ojo que le cubría la mitad de la cabeza. Vio otro de una palidez espectral cuya cabeza era como una esponja con agujeros del tamaño de un lápiz. Cada uno de esos orificios era un poro sensorial que detectaba hasta el movimiento más leve de su alrededor.

El *Nautilé* se detuvo en una capa de agua fría. Se ladeó, se enderezó, tembló y continuó el descenso. Las capas térmicas eran como una escalera hacia abajo. Dijo «capa térmica» y le vino a la cabeza una litografía de su barco de esclavos atrapado en una de esas capas, incapaz de seguir hundiéndose, transportado por la corriente del Atlántico Norte; el fuego sofocado, los esclavos intactos, encadenados y con los pulmones llenos de agua.

—Da miedo —dijo Peter. Hablaban de las profundidades—. Me refiero a que hay un motivo para que el infierno esté abajo. Y otro para que el cielo esté arriba. Lo condiciona la evolución.

Étienne creía que, a nivel geológico, el hombre sería una especie de vida muy corta.

—Somos venenosos. Rápidos. Somos los fideos de la evolución.

—Fideos instantáneos —apuntó ella.

Si el mundo continuaba girando, si el agua seguía como estaba, el fondo sería constante hasta el fin del tiempo geológico. Hechos al instante y desaparecidos con la misma rapidez. Si el hombre tenía un concepto de la proporción, moriría de vergüenza. Su única salvación era que vivía negando la realidad. Ella no había abandonado, pero el futuro estaba por decidir. El *Homo*

*sapiens* se encontraba, o bien al inicio de un viaje muy largo, o acercándose al final de uno muy corto. Si finalmente lo suyo era una odisea, la historia de todo lo sucedido desde Sumeria acabaría pareciendo salvaje e inestimable. Si finalmente no era más que una incursión breve, la huella del hombre sería toda la basura que había enterrado en la Tierra.

—Ni siquiera siendo miles de millones y con todas las vacas, manzanas y demás que comemos, no tenemos ni punto de comparación con la vida que hay ahí abajo. Esa vida es indestructible, se alimenta de la muerte, o de menos incluso; se reconfigura y va más allá, a aguas más calientes.



Mucho dependerá de la capacidad de los científicos de manipular la vida microbiana, para que en un futuro podamos untarla sin reparos en las grietas de un orbe irradiado e implantarle la vida. En cuanto sepamos cómo montar una cúpula sobre la roca y calibrar la gravedad para que su efecto no nos estire ni nos marchite, no nos haga enfermar ni nos deprima o nos entorpezca la mente, la luna animada puede servir de recipiente. Estará en el centro de una bola de agua del tamaño de Saturno y navegará por el espacio dentro de su cascarón, una miniatura de Abzu, una canica dentro de otra canica.

Los retos del nuevo mundo serán parecidos a los del fondo del mar: evitar a los depredadores, alimentarse, encontrar pareja.



Es comprensible que queramos regresar a un país de las maravillas de colores tan nítidos como los de la Reina de Corazones de una baraja aún por estrenar, y además siendo nosotros mismos. Pero hacer eso, regresar siendo uno mismo, es una resurrección. No es muy común. Podría superar incluso el alcance de las matemáticas.

No podemos hablar de nuestras almas con exactitud, pero que nos descompondremos es una certeza. Puede que parte del polvo de nuestro cadáver acabe en un caballo, avispa, gallo, rana, flor u hoja, pero por cada una de esas unidades sensoriales hay un trillón de microorganismos. Es mucho más probable que la gran mayoría acabemos siendo organismos protistas que siendo un lirón gigante. Y también que, tarde o temprano, arrastrados por el viento o por la corriente de un río, o cuando el mar se trague nuestra tumba, una porción de cada uno de nosotros tendrá una nueva vida en las grietas, fuentes o pozas de sulfuro fundido por donde se deslizan los peces lengua.

Estarás en el Hades, morada de los espíritus de los muertos. Te sumirás en el olvido del río Leteo y tragarás sus aguas para borrar todos los recuerdos. No estarás al abrigo del útero en el que empezaste la vida, será una inmersión. Ocuparás tu puesto en las fisuras hirvientes, entre hordas ingentes de microorganismos sin nombre que no imitan ninguna forma porque son los cimientos de todas. Tras la reanimación, sólo serás consciente de que eres un fragmento de lo que fuiste y ya no estás muerto. Algunas veces esto sucederá como una sensación eléctrica, otras con la del ácido que ingieres o por la caldera que tienes debajo. En la oscuridad, pasarás una aparente eternidad robando y expoliando otras células, pero no habrá consecuencias. El Hades ha evolucionado hasta alcanzar un estado máximo de simplicidad. En cambio, tú eres una torre que se tambalea; en cuestión de evolución, eres muy joven y, además, adicto a la conciencia.



Había visto a los corderos retozando en la montaña donde estaba el pozo de los yinn. El futuro sería ecológico y hasta el gas de las incineraciones se capturaría para generar energía. Sin embargo, su experiencia en Somalia —la oscuridad y la privación, el estado de hambruna del pueblo somalí, la desolación de los uadi, su conflicto a favor de la Ilustración (o, al menos, eso se decía él)— les parecería a muchos de los habitantes de ese futuro una vida de bucaneros, una existencia envidiable frente a un mundo en el que todos los bebés se registrarán en el instante de su nacimiento y se podrán localizar en todo momento gracias a un implante incrustado en los huesos.

En otra de las cartas que Danny le había escrito, le había hablado del placer inesperado que le había supuesto cuidar del perro de un amigo; sacarlo a pasear, cepillarle el pelaje, tratar de interpretar sus expresiones por la noche. Después, como siempre, le había hablado de los nuevos humanos que estarían disponibles al cabo de unas décadas:

*Me pregunto si quedará algo de Jenny en nosotros. Sus ojos, el meneo alegre de la cola, el ansia por complacer a los demás. Es probable que no. Nos saldrán músculos y ligamentos nuevos, piel nueva, ojos y orejas distintos. ¿Cuál es el lema olímpico? «Más rápido, más alto, más fuerte», ¿verdad? Es depredador. Iremos a por las serpientes, los halcones y los tiburones. Hasta cierto punto el asunto consistirá en jugar con los genes, en empalmarlos, pero la mayor parte dependerá de la tecnología. Exoesqueletos metálicos, por ejemplo. Más flexibilidad y mejor protección. Tal vez encontremos la manera de vincular los recuerdos de los humanos a un servidor central...*

Ahí, la carta se desviaba y hablaba de la ciudad y de planes para las vacaciones, pero después regresaba al tema.

*Las personas que rechacen las mejoras acabarán en parques de remolques y en lugares sin urbanizar. En comparación con los demás, serán más lentos y débiles. Con el tiempo, se convertirán en curiosidades, bestias humanas, hasta que la novedad se extinga, igual que se desvaneció el interés por el artista del hambre de Kafka, que ayunó en una jaula hasta morir y fue sustituido por una pantera.*

El cerebro de James era materia blanca: espermaceti, galantina. Las formas que se movían en el interior de sus párpados eran vívidas, y cuando se refugió aún más en el seno de la Nueva Atlántida, vio que la carrera de caballos más importante de la temporada se celebraba en un hipódromo muy parecido al de su ciudad del norte de Inglaterra —una carrera que tenía lugar desde el reinado de Jorge III—, y se dio cuenta de que los nombres de los pueblos de la Nueva Atlántida eran anglosajones, y que eso era algo natural, porque los anglos y los sajones provenían de un paisaje similar al de aquella isla remota y su lengua era sensible a los desniveles del paisaje, a los arroyos subterráneos, a las lomas y los montículos; allí había prados, valles, arboledas, hondonadas y páramos, igual que en Inglaterra. Los somalíes debían de tener palabras similares. La tierra que habían atravesado con el camión era un rostro ceñudo. Sin agua, sin marcas, sin nombre; sólo había uadis, árboles huérfanos de compañía y las sombras de las grietas del malpaís.

Algunos días, antes de la lluvia soplaba un viento fuerte, y él tenía que anclar la mosquitera con piedras. El estuario se volvía jade, y más cangrejos de los habituales correteaban por la orilla embarrada, de una colonia a otra. Subió la marea y se oyeron tiros y gritos en el bosque.

Casi todos sus episodios de pensamiento lúcido tenían que ver con personas que habían muerto mucho tiempo atrás. Deseaba estar en Inglaterra, paseando por el borde de un bosque... Por Dios, ya bastaba de tonterías. Deseaba estar con ella. Nada más. No le importaba dónde. El entrenamiento le había enseñado a no pensar en las cosas que podrían haber sido, pero ahora estaba en un lugar de mártires perdiendo el contacto con la realidad, y no le quedaba más espacio para la muerte, sólo para la vida, para ella. Danny le parecía muy hermosa, muy fuerte y auténtica. Lo que más quería en el mundo era abrazarla; la sentía entre los brazos, en su camisa, en los hombros; le apoyaba la cabeza en el hombro, sentía la caricia de sus manos y sollozaba, lloraba como en los sueños, sin inhibición alguna. Había recreado todas las palabras, toda su experiencia con ella; había tratado de comprenderla. Y lo que le hacía sentir dicha, lo mejor de todo, era que no se lo había inventado. Ella sentía lo mismo. Se lo había dicho en

las cartas que le había enviado, siempre cartas escritas a mano, en papel, para que él jamás pudiera tomarse la libertad de archivarla, decía, ni de compartirla en una pantalla.



Pero la muerte es despiadada. La muerte es la marea que arrastra la conciencia. Es el cero absoluto que detiene toda aceleración. La poesía habla del océano y lo llama *tumba*, mientras que la ciencia lo considera un útero. Si no te queda más remedio que consumirte o perecer de forma violenta con la luz del alba, un entierro en el mar podría resolver esa dicotomía. A una hamaca me atarán y me lanzarán a la profundidad...[\[13\]](#) ¿Preferirías hundirte hasta las profundidades, o yacer a una braza, sobre un arrecife donde las olas te meciesen hasta que tus huesos fuesen corales y todo en ti en mar se haya transformado, y sea todo hermoso, y sea todo extraño?[\[14\]](#)



Un año antes, más o menos —porque podría haber sido en otra vida—, James estaba en una cena en una granja cerca del monte Kenia. Los asistentes eran personas distinguidas, muy elegantes, pero el ambiente estaba muy apagado: un miembro de la realeza europea, amigo íntimo de los anfitriones, estaba muy enfermo en su palacio con vistas al mar del Norte. Este miembro de la familia real había prometido —haciendo gala de su extravagancia, u obedeciendo a un impulso junguiano— que, de ser posible, en el momento de su fallecimiento, su alma tomaría la forma de un demon y se aparecería ante sus amigos. Después de que les sirviesen el plato principal, un pájaro con las plumas del pecho de color carmesí apareció en la galería. En la mesa nadie había visto uno igual, y más de uno lo comentó. El pájaro no se posó en el brezo del tejado con los tejedores, sino que fue directo a un jarrón situado justo enfrente de la anfitriona. La miró, ladeó la cabeza como hacen las aves, y después fue dando saltitos, observando a todos los comensales.

—Dios mío, es Bernhard —dijo la anfitriona.

Todos enmudecieron.

—¡Bernhard! —lo llamó, y el pájaro cantó, agachó la cabeza y emprendió el vuelo.

—Disculpadme —les pidió la anfitriona—. Debo hacer una llamada a Europa.

Como era de esperar, la informaron de que el príncipe había fallecido unos

minutos antes.

¿Qué forma adquiriría él a su muerte? Si pudiera aparecerse ante Danny, sería un pequeño búho africano revoloteando junto a su ojo de buey. Si sólo pudiera enviarle un mensaje, una señal de que había otra vida, le devolvería la inscripción de Job que ella le había escrito dentro de uno de sus libros:

¿Has entrado por las fuentes del mar o paseado por la hondura del océano? ¿Te han enseñado las puertas de la muerte o has visto los portales de las sombras? ¿Has examinado la anchura de la Tierra? Cuéntamelo, si lo sabes todo.[\[15\]](#)

Tendría mensajes para sus amigos y familiares, pero el pasaje de Job sería una señal sólo para Danny.

La Kaaba era el vacío hacia el que todos los musulmanes dirigían sus oraciones. Él era escéptico —católico, inglés; anhelaba una Nueva Atlántida, el campus azotado por el viento del All Souls College—, pero la Kaaba le daba escalofríos. Si le permitiesen una petición sobrenatural, sería que le concediesen a Danny una dispensa especial para estudiar la vida microbiana del interior.



Estaba en el agua, lavándose; abluciones sin ritmo ni convicción. Lo vio llegar segundos antes de que cayese: el color de la cabeza era del mismo granate que la insignia del primer batallón del regimiento de paracaidistas. Era su color. Estaba ahí para él.

Vio cómo giraba sobre sí mismo, hacia el suelo. Se quedó paralizado. Le recordó a un tobogán gigante de feria, a bajar la espiral montado en un saco de arpillera rodeado de todos esos colores, dando vueltas y más vueltas. «No temas los colores, ¡arróllalo, destróvalo!»

Brillaba. Sacaba fuego por la cola. Era una creación asombrosa. Completamente humana, del todo estadounidense. Lo habían disparado por encima de la curvatura de la tierra desde un submarino situado frente a la costa de Somalia. La viscosidad del agua del mar a una cantidad de brazas determinada, el aflojamiento del motor de propulsión durante el vuelo, la carga de explosivos, el efecto Coriolis aplicado al ecuador; mentes y máquinas habían tenido todo eso en cuenta y, sin embargo, en el momento final era imposible no ver el misil como algo más.

Hubo disparos de metralleta.

«¡Me desangro!», gritó alguien en árabe.

«*Allahu akbar!*» fueron las últimas palabras que oyó.

Se sumergió en el agua y pataleó hacia el fondo con todas sus fuerzas. Suma, resta. Su mente se detuvo en seco, como una ruleta. Su último pensamiento, por peculiar que pareciese, y por fortuna, fue sobre los mercados de lana de *Pedro el labriego* de Langland. El vendedor de vino gritando: «¡Vino de Alsacia! ¡Vino de Gascuña! ¡Vinos del Rin!».

La superficie estalló como una estrella. Las márgenes del estuario volaron por los aires. El ruido había sido tan alto que se convirtió en silencio. Después hubo una luz secundaria de platino, de esas que reducen los cuerpos a cenizas.

El sol se movía rápido y las estrellas aún más, pero no tanto como el cuerpo del joven Moro hacia la tierra. Salió a respirar a la superficie y a su alrededor las aguas iban ganando sangre, cangrejos cocidos, mártires. Miró toda aquella muerte, se sumergió de nuevo y se alejó a nado, hacia los boni, hacia Kenia. En ese sentido, al menos su inmersión no era profunda.



Tres mil ochenta y ocho metros... Tres mil ciento veinte.

—Aquí está, Danny —anunció Étienne con emoción—: tu Enki.

Avanzaron despacio hacia una columna del tamaño de un bloque de oficinas. Las chimeneas despedían chorros como un montón de turcos soltando el humo del tabaco por la nariz con la cabeza echada hacia atrás.

Tenía el estilo de Gaudí: nudosa, picada, oxidada, con partes negras y otras encaladas a base de capas de bacterias. Alrededor de las fuentes danzaban los anfípodos. Los gusanos de tubo gigantes oscilaban como grandes penes. Había mejillones y otros bivalvos; peces ciegos dando vueltas a su alrededor. Los turcos estaban muy quietos, fumando sin quitarles ojo.

Después de pasar un rato en la base de la columna, Étienne elevó el *Nautile* y lo dirigió hacia un lugar donde el fondo de la tierra estaba agrietado. No había fuego ni hogar; el magma era vidrioso y frío. La luz se abría paso entre la gruesa nevada marina. Era inútil pensar que se podía iluminar el abismo con yoduro de talio. Danny estaba emocionada, concentrada; pero al mismo tiempo pensó que los lugares en los que tendremos que vivir como especie son terribles. Nos hará falta acomodarnos a terrenos para los que la evolución no nos ha preparado, alojarnos dentro de ellos, articular nuestro cuerpo desde el interior de un traje hecho de titanio y otros materiales. Era muy consciente de la cavidad de metal que la rodeaba: el aire viciado, el sudor de Peter y Étienne, el olor a vómito, a lejía...

Con mucho cuidado, el piloto posó el *Nautile* al borde de una grieta, y

extendieron el brazo mecánico para raspar bacterias del interior. Ella se acomodó en el banco y, a su vez, la nave se asentó en el fino fango de sílice, en esa masa diatomea de criaturas muertas que en tierra se utilizaba como limpiador en polvo.

Étienne apagó los faros.

—Comprobando sistemas.

No hablaban, sólo se oía el ruido de su respiración. Ella pegó la frente al cuarzo. Fuera, la masa negra y viscosa fluía en la negrura. Por Dios, aquello era un trance, el cuadro más absorbente. De pronto le sobrevino un ataque fuerte de vértigo como no había experimentado desde el día que intentó entrar en el bosque con James, en las inmediaciones del hotel Atlantic. Notó que el *Nautila* estaba demasiado cerca del borde, que estaban a punto de tambalearse y lanzarse al submundo. Al verdadero submundo. Sintió que el *Nautila* iba a partirse, que los tres caerían de dentro y ella se precipitaría como Alicia, pero no al País de las Maravillas. Su cuerpo sería un soplo de vida que desaparecería al instante sin posibilidad alguna de ascender, y lo mismo les ocurriría a Peter y a Étienne. Cada uno rodaría hasta caer en la sopa química.

Te elevas al cielo, te hundes en el infierno. Sales despedido al espacio, te ahogas en un barco de esclavos. El mar de Abzu que rodeaba la tierra tenía más sentido que cualquier plano astral propuesto por las grandes religiones. ¿Por qué no podía haber un mar detrás del universo que sujetase las estrellas en su sitio?

Danny admiraba la musculatura de los bailarines de ballet, pero comprendía que eran seres líquidos, vidas como los zarcillos de las enredaderas. La vejiga natatoria de los peces reventaba y les llenaba la boca cuando los pescadores recogían la red. Las salpas perdían su estructura, morían y en la superficie se convertían en materia indefinible. En un momento u otro, todas las criaturas vivas se desarmaban; la cuestión era dónde acababan sus partes y cómo se hacía algo nuevo con ellas. El volumen de la vida presente en las profundidades, su complejidad y su autoorganización, asimilaría durante millones de años todo lo que llegase desarmado desde tierra, se deshiciese en el mar y fuese arrastrado por los ríos y las lluvias. Decir que las almas condenadas se cocían sufriendo un martirio de dolor mientras las putas de Satán les arañaban con las uñas y otras, de cuerpos flácidos y escamosos, los estrellaban contra la obsidiana reluciente era demasiado dramático.

En cierto modo, era un lugar tranquilo. No había tormentas ni riadas, el agua estaba en calma. ¿Cantaba el abismo sobre sí mismo? Vista desde abajo, la superficie parecía el cielo. Vista desde el cielo, pensó, era un mar embravecido,

un aire oscuro que resultaba infernal.[\[16\]](#) Los seres humanos estaban entre dos mundos, eran seres intermedios que no sabían dónde moraba la luz ni cuál era el lugar de la oscuridad.

Se le acostumbró la vista. De nuevo vio el resplandor tenue de los interruptores, como el indicador de no fumar de los aviones viejos por la noche. La asociación con una vida perfecta, el consuelo de la conciencia colectiva, la nostalgia común. Distinguió la silueta de Étienne, inclinada hacia delante. Se le pasó el vértigo y sintió que pertenecía al presente de forma más clara.

—Bueno —dijo Étienne—. Vamos a subir.

Otro epitafio sería de Horacio, el poeta romano: «Sumérgelo en agua; emerge más bello».

## Agradecimientos

Me gustaría recordar:

A Denis Alex, agente secreto francés de la Dirección General de Seguridad Exterior, que fue capturado por una facción de Al Shabab vinculada a Al Qaeda en Mogadiscio el 14 de julio de 2009 y sigue retenido.

A los cientos de marineros y aficionados a la vela que son capturados en el mar por piratas somalíes y atracados a punta de pistola en la costa de Somalia.

A Asho Duhulow, que fue lapidada en Kismayo el 27 de octubre de 2008. Tenía trece años.

A las decenas de miles de víctimas de la hambruna de Somalia de 2011.

En otoño de 2011, unos meses después de que se publicase la primera edición de *Inmersión*, se dispararon misiles a los manglares de Ras Kamboni. Murieron docenas de yihadistas. Desde entonces, Kenia ha invadido el sur de Somalia y sus tropas avanzan hacia Kismayo. Los yihadistas que están allí se mantienen en pie y le dicen a la gente: «Cada uno de los que muráis aquí sois un muyahidín y entraréis en el paraíso».

También desde la primera edición, el director de cine y explorador oceánico canadiense James Cameron llegó al fondo del abismo de Challenger. El 26 de marzo de 2012, Cameron viajó once kilómetros hasta el punto más profundo de nuestra biosfera en un sumergible de una sola plaza que él mismo ayudó a diseñar. «Lo que sentí fue un aislamiento total de toda la humanidad», dijo.

Gracias a:

La Woods Hole Oceanographic Institution, a la Universidad de Columbia y a la Escuela Politécnica Federal de Zúrich, cuyos científicos me han introducido en el mundo de la oceanografía con paciencia y saber hacer.

Mis amigos de la todopoderosa nación de Somalia, que en un momento de angustia me recibieron con los brazos abiertos.

*The Economist*, por permitirme seguir la historia.

Al Tasmanian Writers Centre por su generosidad al proporcionarme un lugar donde escribir.

## Notas

[1]. Entrevista a Nabokov de Herbert Gold aparecida en *The Paris Review*, 1967, número del verano/otoño. Obtenida de *Conversaciones con los escritores*, edición de George Plimpton. Barcelona: Editorial Kairós, 1980. Traducción de David Rosenbaum. (*N. de la t.*)

[2]. Referencia a *Danny el campeón del mundo*, de Roald Dahl. (N. de la t.)

[3]. Referencia a *Los treinta y nueve escalones* de Alfred Hitchcock. (N. de la t.)

[4]. Salmos 33:7. (*N. de la t.*)

[5]. *Benedicite, aquae omnes, quae caelos sunt, Domino, benedicat omnis Virtutis Domino.*

[6]. Daniel 3:60, edición de la Conferencia Episcopal Española. (*N. de la t.*)

[7]. *El Paraíso perdido*, John Milton. Canto XII. Traducción de Esteban Pujals. Madrid: Espasa/Austral, 2015.

[8]. Thomas More, *Utopía*, libro primero (punto 38). Barcelona: Bosch, 1977. Colección Erasmo, textos bilingües. Traducción de Joaquim Mallafrè Gavaldà a partir de la versión inglesa de Ralph Robynson de 1551. (*N. de la t.*)

[9]. Tomás Moro, *Utopía*, libro primero (punto 41). Barcelona: Bosch, 1977. Colección Erasmo, textos bilingües. Traducción de Joaquim Mallafrè Gavalrà a partir de la versió inglesa de Ralph Robynson de 1551. (*N. de la t.*)

[10]. El barco de Charcot, el *Pourquoi Pas?* original, se hundió frente a la costa de Islandia en 1936, y Charcot se ahogó junto a gran parte de su tripulación.

[11]. *Threescore years and ten* en el original. Referencia bíblica y shakespeariana que se traduce siempre como setenta años. (*N. de la t.*)

[12]. *Nueva Atlántida*, Francis Bacon. Madrid: Akal/Básica de bolsillo, 2006. Edición de Emilio García Estébanez. (*N. de la t.*)

[13]. «Billy encadenado», poema final de *Billy Budd*, Herman Melville. Madrid: Ediciones Cátedra, 2004.  
Traducción de Julia Lavid. (*N. de la t.*)

[14]. Referencia a *La Tempestad* de Shakespeare. Acto I, escena II, líneas 397 a 400. Edición bilingüe del Instituto Shakespeare. Madrid: Cátedra, 1997, 2.<sup>a</sup> ed., pág. 155. Traducción de Manuel Ángel Conejero y Jenaro Talens.

[15]. Job 38:16. (*N. de la t.*)

[16]. Referencia a la *Suma teológica* de santo Tomás de Aquino, parte III, cuestión 52, artículo 2 (final). (*N. de la t.*)

*Inmersión*

J. M. Ledgard

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Título original: *Submergence*

Diseño de la portada: Planeta Arte & Diseño

© de la fotografía de portada: Louise Butterworth

© J.M Ledgard, 2011

© por la traducción, Maia Figueroa Evans, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.edestino.es](http://www.edestino.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Imagen del interior: © Khabarushka – Shutterstock

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2017

ISBN: 978-84-233-5289-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre

[www.eltalldelllibre.com](http://www.eltalldelllibre.com)

**¡Encuentra aquí tu próxima lectura!**

# NARRATIVA **LITERARIA**

---



**¡Síguenos en redes sociales!**





Inmersión

J. M. Ledgard

DESTINO